HARLEQUIN

BIANCA

aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón

Cásate conmigo

Emma Richmond

330 Ptas

UN BESO = UN VIAJE
(busca las bases en el interior)



Cásate conmigo

A Paris no le gustaban los actores, a los que juzgaba fatuos, egoístas, superficiales... Oliver Darke parecía diferente, pero sólo eran apariencias. En el fondo, era como todo o, al menos, eso quería creer Paris, aunque nada le resultaba más difícil...

Oliver era encantador, amable, considerado... ¿Cómo podía ella luchar contra un hombre así? A pesar de su determinación, no pudo evitar enamorarse de él, aunque sabía que el encanto de Oliver era superficial y que sólo se sentía atraído físicamente... Los actores nunca se enamoraban y él no era una excepción.

1

TE parece que hay suficiente ambiente?

El la ignoró y continuó inspeccionando la cabaña de piedra que se agazapaba miserablemente junto al río de rápida corriente. Paris estaba molesta. Tenía frío, estaba mojada y lo que menos necesitaba era estar allí en mitad de la nada con Oliver Darke, el actor famoso. Él era impaciente, irritable, sarcástico, cínico y probablemente se creía su propia publicidad. También era perturbador. Yeso era lo que más la molestaba.

Llevaba dos semanas trabajando para Oliver Darke y estaba de él hasta la coronilla. Examinó la figura alta y ágil del actor; él continuaba de pie con la mirada perdida y Paris trató de ser imparcial. El era un gran actor. Carismático, habría dicho su hermana. Pero ella siempre decía cosas así. A su hermana le gustaban los actores.

Al oír que se cerraba la puerta del coche, se volvió para ver qué hacía Henry. Ese hombre, que siempre iba vestido de negro, era el ayuda de cámara, el mensajero, el chico de los recados y el guardián de Oliver.

-No tardes -le advirtió Paris a Oliver antes de dejarlo solo. Según su experiencia, la única forma de tratar con los actores era comportarse como un monstruo.

Paris regresó a la fría comodidad del coche. Era alta y delgada; tenía el pelo oscuro ligeramente ondulado y unos pícaros ojos azules. Y se vestía bien, pensó con un desafío divertido. Siempre. Compraba lo mejor que pudiera pagar. Por eso le habría gustado que alguien le hubiera dicho que iban a filmar en el barro.

-¿Ya estará listo Oliver? -preguntó Henry esperanzado.

-No tengo ni idea.

-¿Y tú ya has hablado con los lugareños?

-Sí.

-¿Y no causarán problemas?

-No.

-¿Les has dicho que hay que mantener la zona despejada? ¿Que no intervengan cuando regresemos con el personal?

-Sí.

-¿Y Oliver está satisfecho con el lugar?

-No lo sé. No se lo he preguntado. ¡Hizo un gesto de disculpa y tocó a Henry en el hombro. El trabajo de interpretar no siempre resultaba divertido.

El director le había dicho que llevara a Oliver y a Henry a ver la nueva localización y que regresara antes de la comida.

Pero las carreteras estaban resbaladizas por la lluvia y el propietario del campo estaba fuera. Henry presentía que iba a enfermar de gripe y Oliver Darke, el famoso actor, estaba de un humor pésimo. Magnífico. Paris encendió la calefacción y subió la temperatura al máximo.

Cinco minutos después, Oliver regresaba por los campos resbaladizos. Estaba mojado y de mal humor, pero muy atractivo, de una forma casi imposible. Tenía un cuerpo magnífico, y unos ojos castaños de mirada penetrante. Era increíblemente sexy. Su pelo era rubio oscuro, probablemente teñido, se dijo Paris. Hacía gala de unos dientes parejos y blancos, que seguramente se debían más a los buenos servicios del dentista, y una barbilla magnífica, obra de algún cirujano plástico. Y probablemente no estaba acostumbrado a andar por el barro en mitad de la Costa Verde de Portugal en el peor tiempo imaginable.

La puerta trasera se abrió y ambos hombres entraron.

-Vámonos -dijo Oliver brevemente.

Paris puso el coche en marcha. Henry parecía estar peor de su gripe y Oliver estaba extremadamente silencioso.. Torvo, podría decirse.

-¿Cuánto tiempo tardaremos? -preguntó abruptamente.

-El mismo que para llegar, media hora -tal vez, si no se perdía, sí conseguía encontrar el camino correcto.

-¿Algo te divierte?

Ella miró el espejo retrovisor, no se había dado cuenta de que estaba sonriendo.

-No -murmuró. Nada que Oliver Darke pudiera hacer la divertía. Se sintió agradecida al ver la señal de Espinho. Tomó la carretera correcta y treinta silenciosos minutos después llegaron al estudio.

George, el director, se adelantó con rapidez halagadora. Abrió la puerta, ayudó a su estrella a salir y lo escoltó por entre los largos trailers blancos. Henry se apresuró detrás como un perrito. Cuando llegaron al plató, se enfrentaron con un terrible caos. Ella no sabía mucho sobre filmaciones, pero siempre había pensado que había más organización que la que tenía enfrente. Por supuesto, la lluvia no ayudaba, convertía todo en barro. Paris también había supuesto que en las películas trabajaba mucha más gente que la que había allí. ¿Y donde estaba la silla del director?, se preguntó. ¡Siempre había una silla de director! Había cámaras, varios técnicos, expertos de luces y sonido, y un guionista, apoyado contra un árbol con una expresión de profundo aburrimiento en su rostro.

Mirando al otro extremo del pequeño campo, ella observó

hipnotizada cómo una joven, vestida con un traje de época, protagonizaba una rabieta con un hombre alto, esbelto, vestido con un uniforme destrozado de una de las tropas de Wellington, todo cubierto de sangre artificial.

-¡Está todo lleno de barro! -exclamó ella.

-¡Por supuesto! ¡Ha estado lloviendo durante semanas!

-¡Bien, pues no hay nada en mi contrato que diga que tengo que arrastrarme por el barro!

-¡Tampoco hay nada en tu contrato que diga que tienes que montar rabietas cada cinco minutos! Se supone que eres la heroína intrépida, por Dios -girando sobre sus talones, él regresó al campo a grandes zancadas.

Obviamente los nervios estaban a flor de piel; ya se habían pasado del presupuesto y el tiempo pasaba... Lo normal, de hecho.

Paris se subió el cuello del impermeable, se dirigió hacia el campo y se encontró con el actor a mitad del camino.

-¡Te has tomado tu tiempo! -refunfuñó él con irritación.

-Sí.

-Hmm -obviamente incapaz de pensar en nada más de que acusarla, el hombre dirigió su atención a otra parte; miró al gordo director y le gritó-: ¡George! ¡Voy a beber algo! -sin esperar la respuesta, se dirigió a uno de los trailers más pequeños y desapareció en su interior. La chica rió. Ese actor desconocido era el doble de Oliver, el que hacía las partes más peligrosas y a quien le había irritado la nueva y excitante joven estrella Melissa Bright.

Divertida por el intercambio, porque era, después de todo, lo que ella esperaba de los actores, continuó su camino. Se detuvo junto a George, el director y le preguntó amigablemente:

-¿Es alcohólico?

Él se volvió sorprendido y preguntó asombrado:

-¿Qué?

-El actor -explicó ella con un ligero movimiento de la cabeza hacia el trailer.

-¿Alcohólico? ¡Por supuesto que no! -aclaró él con la misma irritabilidad que el soldado-. Y tenías que haber regresado hace horas.

-Lo siento -se disculpó ella, ausente, porque su atención se dirigió hacia la joven actriz que se contoneaba por el barro con gran esfuerzo; iba a su propio trailer, sosteniéndose la falda sobre las rodillas; cuando llegó al escalón, se volvió para expresar una última declaración dramática.

-¡Y te advierto, George, si no logras que ese imbécil cambie de actitud me iré del estudio! ¡Ese hombre es un absoluto cerdo!

George suspiró.

-¿Siempre es así, verdad? -preguntó Paris con compasión.

-Sí. No. ¡Si al menos dejara de llover! y si continúa su disgusto con Oliver...

Ella era no podía hacer nada para mejorar el tiempo, pero sí podría solucionar algo hablando, y tal vez tratando de hacer algo para enmendar su propio malhumor, preguntó amablemente.

-¿Quieres que hable con ellos?

-¿Lo harías? -preguntó él agradecido.

-Seguro.

Por alguna razón, ella era la única que podía llegar a algún lado con la temperamental joven actriz. Probablemente porque Paris no implicaba competencia para ella.

-Gracias, Paris -con una leve sonrisa, que parecía muy forzada, él añadió-: Luego, será mejor que tomes una taza de té.

Con otro suspiro, él avanzó pesadamente para hablar con el camarógrafo.

Ella se dirigió hacia la caravana de Melissa. Diez minutos después, cumplido el deber, aunque no muy agradablemente, se apresuró hacia el vagón del té. Para su sorpresa, Oliver estaba sentado en una mesa con las piernas extendidas y una taza en las manos. Ya se había puesto su uniforme de soldado, con el barro, la sangre y Dios sabe qué más cosas; sin embargo, de alguna manera lograba parecer el ser más satisfecho que ella había visto en toda la semana.

Mientras se hacía el té y se preparaba algo de comer, Paris lo miró por el rabillo del ojo. Estaba impaciente, inquieto, malhumorado... y chorreando sangre, por supuesto.

-¿Todo listo para la filmación? -preguntó ella con ligereza.

-Qué perceptiva -murmuró él con rudeza.

Se encogió de hombros, consciente de que ella le gustaba a él menos de lo que él le gustaba a ella, luego continuó llenando los silencios que tendían a alargarse entre los dos.

-No me parece que te encuentres a gusto con todo este jaleo. Estas historias no son lo tuyo.

-¿Ah, no?

-No.

Ella no lo conocía, claro, sólo sabía lo que había leído en las revistas y, aunque no era tan tonta como para creer todo lo que leía, normalmente las historias se basaban en los hechos; y recordó aquella horrible historia en la que se hablaba de lo mal que había tratado a una joven hacía poco... Y, verdadera o no, Paris aún no había encontrado ningún motivo para formarse una buena opinión sobre él.

Pero dejando aparte su vida privada, ella siempre lo había visto interpretando a hombres de negocios o policías.

-Nunca habías interpretado un drama histórico, ¿no es así?

De mal humor, él soltó una risa breve y seca.

-Ciertamente, si algo sale mal aquí, no es culpa del drama,

-No. ¿Siempre es tan difícil Melissa?

-Ya lo creo.

-¿Pero los productores sólo aceptaron financiar la película si Melissa aparecía? ¿Porque ella es el rostro del mes?

Se suponía que Melissa tenía que representar a Isabella Soares, una joven portuguesa que siguió a su amante, el capitán Richard Marsh, representado por Oliver, que había sido herido en Almeida y capturado por los franceses. Ella lo rescató, cruzó con él el país y, finalmente, lo llevó a la cabaña de piedra en la que acababan de estar.

-No sé cómo pudo Ilevarlo tan lejos -comentó ella meditativa.

-En una carreta.

-No veo ninguna carreta. Tampoco hay ningún caballo.

-No.

¿Por qué no se callaba? Porque desde la primera vez que lo había visto, dos semanas antes, había sentido esa Incontrolable urgencia de fastidiarlo.

-El caballo estaba cojo, ¿no es así? ¿Y la carreta se rompió?

El no contestó y ella sonrió irónicamente. Oliver ya había hecho las escenas españolas antes de que ella llegara al estudio. Luego, Paris tuvo el honor de recogerlo en el aeropuerto cuando él llegó en su avión privado.

-No estás igual que en la pantalla -dijo ella en voz alta.

-¿No?

-No. Y no me parece que te vayan este tipo de películas.

-¿No?

-No.

-Son sesenta minutos de ficción basada en hechos. Isabella siguiendo al ejército de Wellington a través de España para rescatar a su amante.

-¿En una hora? -preguntó divertida-. ¿Entonces por qué lo haces? ¿Por el dinero?

-No. Le debo a George un favor.

-¿Qué clase de favor?

Él puso con furia su taza sobre la mesa y se levantó.

-Dios, ¿nunca dejas de hacer preguntas? ¡Pareces pariente de Torquemada!

-¿Ah, sí? -inquirió ella suavemente-. ¿Porque son preguntas que no

puedes contestar sin el guión en la mano?

Él abrió la boca, la cerró y la miró con agudeza.

-Te estás pasando -dijo, arrastrando las palabras y no muy amablemente.

-¿Perdón? -preguntó ella sorprendida.

-Sé por experiencia -continuó él en el mismo tono frío- que semejante impertinencia como la que has estado demostrando se debe a falta de educación -con una pequeña inclinación de cabeza, Oliver se dirigió a la puerta justo cuando ésta se abría para dar paso al director.

-Estamos listos para empezar -explicó disculpándose.

Oliver asintió, le dirigió a Paris una mirada de disgusto y salió.

-Maldición -murmuró ella-. Yo creo que soy una persona muy educada.

-No -rogó Henry-. Por favor, no lo molestes.

-Más -corrigió ella malhumorada-. No lo molestes más.

-Más -consintió él y se inclinó para buscar algo en una de las alacenas.

-Es muy vanidoso, ¿verdad?

-¿Quién, Oliver? -preguntó Henry con asombro-. No.

¿No? Posiblemente no. Paris se arrepintió de haberse comportado de esa forma con él. De alguna manera se avergonzaba de sí misma, se sentía indispuesta e irritable; distraída, sacó una hoja de té de su taza. Se sentía incapaz de dejar las cosas como estaban, necesitaba saber más, por lo que preguntó:

-¿Por qué le está haciendo un favor a George?

-Porque George le dio su primer gran oportunidad.

-Ah.

-y ésta es la última oportunidad de George. Sus dos últimas películas fueron un fracaso. ¿Has visto algunos limones?

Con una genuina sonrisa, más parecida a su verdadero yo, ella preguntó con gentileza:

-¿No mejora tu resfriado?

-No -dijo él tristemente-. Más bien empeora. Sólo espero no contagiar a Oliver.

-¡Válgame! Eso sería una tragedia.

El la miró largamente con sufrimiento.

Sin arrepentirse, Paris miró por la ventana brumosa. Luego sonrió al ver a los amantes que caminaban penosamente por el barro para encontrarse. Henry se unió a ella y suspiró.

-No estaba previsto que lloviera -murmuró tristemente.

-¿Ah, no? -bromeó ella-. ¿Realmente esperabas un sol cálido en noviembre? De cualquier modo no le vendrá mal pasar unas cuantas

dificultades.

-Eres muy mordaz.

-No me gustan los actores.

No estaba diciendo estrictamente la verdad. En realidad, ella no conocía a muchos actores, así que no podía saber si le gustaban o no. Pero difícilmente podía decirle a Henry la verdadera razón de su comportamiento infantil hacia Oliver, pues ni ella misma lo entendía totalmente.

-Pequeñas estrellas -murmuró Paris-, que constantemente sufren por su arte.

-Oliver no es así.

-¿No?

-No.

-Te creeré.

Tal vez no era como la rata de su cuñado: quisquilloso, infantil, tramposo y mentiroso, que cuando no tenía trabajo pedía dinero prestado indiscriminadamente a todo el mundo sin pensar en devolverlo. ¿Así que por qué insistía en tratar de creer que Oliver era así? ¿Por los extraños sentimientos que provocaba en ella? Paris no se amedrentaba fácilmente. ¿Y por eso, para librarse de estos sentimientos estaba dispuesta a odiarlo? Debía reconocer que no era justo. De cualquier modo, su cuñado era así. Rupert también era así y era actor. Rupert había pensado que ella debía de estar agradecida por su interés y se había asombrado de que a ella le importara su relación con otra mujer. Se había burlado de ella y había destruido su confianza en sí misma.

Apenas consciente de que Henry estaba allí, Paris continuaba cavilando en silencio sobre sus sentimientos hacia Oliver y sobre sus propios problemas; su hermana Athena, y el lío en el que se había metido a causa de su maldito esposo, el no muy famoso Chris Lowery, que en ese momento se estaba pavoneando en Estados Unidos con los ahorros de Paris, en busca de algún trabajo. Ella deseaba que gustara en Hollywood. No, deseaba que le dieran trabajo, así podría enviar por Athena, que estaba en el apartamento de Paris porque no tenía dinero para estar con su esposo en Estados Unidos, y a causa de eso, Paris tenía muchas deudas, lo que significaba que tenía que aceptar cualquier trabajo. Y por mucho que quisiera a su hermana, ya estaba empezando a hartarse.

Siguió observando la confusión que había afuera y sonrió al observar que Oliver daba grandes zancadas hacia la plataforma rudimentaria que había sido artificialmente arreglada enfrente de la hilera de árboles y se sentaba a esperar. Paris no podía ver su

expresión pero se imaginaba que estaba rechinando los dientes. Melissa finalmente llegó al fin de su camino de puntillas por el lodo hasta él. Sostenía la falda levantada y se arrodilló afectadamente.

-No han dado la orden de acción -murmuró Paris.

-¡Por favor, se les habrá olvidado! -murmuró Henry irritado-. ¿Quieres que vaya a decírselo?

-¡No! -dijo ella con un gorjeo de risa y se volvió para mirar a su compañero. Estaba tirado miserablemente en el sillón-. Pobre Henry -se condolió ella. Tomo un paquete de aspirinas, disolvió dos tabletas en un vaso de agua y se lo entregó a Henry. Encendió la cafetera, preparó té y lo puso sobre la mesa.

-Gracias, Paris -él logró sonreír y le preguntó con curiosidad-: ¿Por qué te gusta tan poco todo esto?

-Oh, no lo sé.

-¿No te agrada ninguno de ellos?

-Tú me agradas... -bromeó ella.

-¿Pero Oliver no?

Ella sonrió con ironía.

-Él me fastidia.

-¿Y eso es todo?

No lo era, por supuesto. ¡Ojalá fuera tan simple! Henry tenía una sonrisa muy dulce y, cuando estaba de buen humor, se podía decir que tenía un corazón amable. Pero ella estaba muy irritable últimamente. Tenía muchos problemas y eso la afectaba demasiado. No podía quitarse de la cabeza, a pesar de las evidencias, que Oliver era como todos los actores... egoísta, cínico y vanidoso.

Se disculpó a sí misma con una sonrisa y meneó la cabeza. Normalmente, ella era fácil de tratar; era amigable y divertida pero muy terca. También tendía a hacer juicios rápidos de la gente y no sabía si la razón por la que raramente cambiaba de opinión era porque estaba en lo cierto o porque era terca. Aunque en el caso de Oliver Darke no era la terquedad lo que mantenía el prejuicio, sino el miedo.

No podía oír lo que se decía en el extremo del campo, pero notó que algo andaba muy mal. Melissa se levantó bruscamente, su espalda formaba una línea recta llena de dignidad. Oliver se apoyó sobre un codo; parecía como si estuviera diciendo algo mordaz. El director gritó:

-¡Corte!

Hubo exclamaciones de irritación y luego la puerta se abrió de golpe y uno de los técnicos asomó la cabeza.

-Paris, George quiere que vayas con los espectadores -le dijo con burla-. ¡Esta vez Melissa dice que no puede concentrarse!

-¡Te lo agradezco! Me estaba calentando -se quejó ella.

Él sonrió.

-No castigues al mensajero.

Paris dejó su taza y su sándwich a medias, levantó el cuello de su impermeable húmedo y se apresuró a salir.

Los espectadores no estaban realmente en el plató, observó ella, pero una excusa era una excusa. Se dirigió hacia un grupo disperso de espectadores, la mayoría niños, logró esbozar una sonrisa y les pidió amablemente que retrocedieran unos pasos porque estaban en el campo visual de una cámara, cosa que no era cierto; y luego les dijo que permanecieran en silencio hasta que terminara la filmación. Ellos obedecieron y guardaron silencio. Era agradable encontrarse con gente que hacía lo que se le pedía sin aspavientos.

Permaneció donde estaba y observó a Oliver y a Melissa, que, muy profesionales, representaron la escena como si de verdad estuvieran desesperadamente enamorados. Y, como Paris ya había leído el guión, sabía que él iba a morir por sus heridas. Algo muy melodramático. Los observó abrazarse, besarse, trató de conservar la objetividad y falló. Se sintió excitada y miró para otro lado hasta que la escena de amor terminó. Desgraciadamente, el director decidió que había que repetirla. Melissa se volvió para mirar a George. No encontró consuelo, él estaba inflexible, pero ella parecía estar dispuesta a perder un tiempo precioso quejándose, así era Melissa. Tal vez se sentía intimidada por tener que actuar con la estrella más grande del mundo... Quizá sólo necesitara una palmadita.

La maquilladora corrió a donde yacía herido el capitán Richard Marsh. Le puso sangre fresca en el muslo, en el pecho, en el rostro. Le puso polvos a la nariz brillante de Melissa. George examinó la escena desde todos los ángulos y finalmente asintió.

-Está bien. Vamos.

Melissa se arrodilló, tocó el rostro de Oliver y miró sus ojos llenos de dolor. Él levantó los brazos fuertes para apretarla y sus bocas se encontraron en una demostración ardiente de pasión que logró que Paris se excitara aún más que antes. Casi podía sentir esa boca tocando la suya, entre abriéndose ansiosa... Se alejó y miró los árboles que goteaban, miró a los espectadores, deseó estar en Japón a donde había querido ir primero y donde alguien más estaba en su lugar.

-¡Corte! Vale. ¡Cinco minutos para todos, hay que cambiar de escena!

Hubo varios «gracias a Dios» y un «viva» irónico de alguien. Melissa se levantó a la carrera, su vestidora la envolvió en una manta. Henry se apresuró a hacer lo mismo con Oliver, pero fue despedido

con un gesto de mano.

George miró el cielo e hizo la observación optimista de que parecía más claro. Preguntó a Oliver si quería, intentar la escena de la cabaña, para terminar todo en un solo día.

-Si podemos... ¿Qué hora es?

-Doce y media... Una hora para estar allí, una hora para filmar, si tenemos suerte...

Los empleados cargaron los trailers. Paris fue a su automóvil y encontró a Oliver allí.

2

BUEN O, no te quedes ahí con la boca abierta sube, yo conduciré -dijo Oliver.

-Yo no quiero que conduzcas -dijo París airadamente-. ¿Y por qué quieres ir en mi coche? ¿Dónde está Henry?

-Preparándose su dosis en el vagón del té. No voy a tolerar que se suene la nariz detrás de mí la próxima media hora o algo así. Prefiero oír tus críticas, así que entra, por favor.

De mala gana, Paris miró los trailers, preguntándose si sería de muy mala educación marcharse en uno y dejarle allí plantado.

-No tengo ninguna enfermedad contagiosa. ¡Y quiero que estas escenas queden terminadas hoy! Además, no necesito agradarte, sólo llévame al campo -concluyó él más amablemente.

.Si se negaba, él se preguntaría por qué. Y quizás se diera cuenta de que ella normalmente se las arreglaba para no estar nunca con él.

-Se supone que tú no debes conducir. Lo haré yo.

-¡París! -gritó él apretando los dientes-. ¡Sube al coche!

Ella obedeció y él murmuró al encender el motor:

-Ya es suficiente con las restricciones que tengo que soportar. No necesito que inventes más.

No las estaba inventando. Se suponía que él no tenía que conducir. Por si ocurría algún accidente.

-Debiste haber ido tú primero -comentó ella cuando la proximidad y el silencio ya eran demasiado-. Así no tendrías el barro que arrojan todos sobre tu parabrisas.

-Lo que habría hecho -respondió él irrefutablemente-, si cierta persona no hubiera puesto tantos reparos en viajar conmigo.

Por eso, Paris se sintió culpable cuando un tractor muy cargado surgió frente a ellos. Subía por la colina despacio y cuando finalmente torció por otro camino, ellos ya habían perdido de vista al último vehículo de la caravana. Oliver aceleró para alcanzarlos y como no los alcanzaban, él preguntó:

-¿A dónde diablos han ido?

Ella se quedó callada porque no sabía la respuesta. Sólo continuó mirando a través del sucio cristal, tratando de ignorar el muslo fuerte que estaba junto al suyo, a trémula tensión entre ellos, la excitación, al menos por parte de ella.

-No nos habremos pasado el desvío, ¿verdad?

-No creo.

-Bueno, pues tú ya has conducido por esta ruta dos veces.

-Es verdad -él también había recorrido ese camino dos veces, pero antes ella había estado atenta al camino y esta vez no. Obviamente,

tampoco él. ¿Qué estaría pensando? Ciertamente, no en ella.

-Tal vez George conociera un atajo -dijo Paris sin mucha esperanza de que fuera cierto. Tomó el mapa que estaba sobre el tablero y observó las áreas marcadas con la ubicación de cada lugar-. Nosotros vamos bien, son ellos los que se han equivocado. Han debido desviarse hace más de un kilómetro.

-¿Crees que se han equivocado?

-Puede.

-Tal vez sí haya un atajo.

-Tal vez.

-Bueno, ¿no lo sabes? -preguntó él irritado.

-¡Obviamente no!

Él detuvo el coche murmurando para sí mismo. Finalmente pudo girar en la estrecha carretera y empezó el camino de regreso. Paris se mantuvo callada. Ella habría continuado por el camino que conocía.

Diez minutos después, todavía sin ninguna señal de los trailers, Paris lo miró de reojo. Estaba tenso y de muy mal humor.

-Esto es absurdo -dijo ella suavemente.

-Lo sé.

Ella hizo un gesto y miró esperanzada al frente; de pronto, vio lo que había estado buscando.

-Detente allí -intuyó ella, y, para su sorpresa, él obedeció sin discutir y sin preguntar nada.

-¿Ahora qué?

-Preguntaremos.

Él se volvió para mirarla como si Paris hubiera perdido la razón.

-Excelente. Un ligero gesto que implica un mundo de significado -abrió la puerta y agregó-: Iré a ver qué puedo averiguar.

-¿En dónde?

Ella señaló.

-¿En un cobertizo? -preguntó él con incredulidad.

-Sí, Oliver, en un cobertizo.

Sin molestarse en explicarle que era un café, salió del coche. De pronto aparecieron algunas gallinas de entre unos árboles. Paris las ignoró y subió los cuatro escalones de la entrada. Consciente de que Oliver iba tras ella, entró y le sonrió a la anciana, que se volvió cuando ellos entraron. La mujer miró a su alrededor como si su pequeña empresa pudiera transformarse mágicamente en un lugar para turistas, miró nuevamente a Paris, luego a Oliver, soltó un gemido y se quitó el delantal.

Igualmente sorprendida, Paris se volvió a mirar a Oliver y estalló en risas. El había olvidado que todavía llevaba puesto el uniforme

manchado de sangre y que parecía que iba a morirse en cualquier momento. Paris le explicó a la mujer lo de la filmación, que Oliver era un actor, que no era un soldado y que ciertamente no estaba herido.

La mujer no parecía muy convencida.

-¿Sim? -preguntó.

-Sim -replicó Paris.

Mirando con preocupación a Oliver, la anciana sonrió. Oliver sonrió también.

-¿Café? -preguntó Paris con esperanza.

-¿Dois?

-Sim. ¿Sanduiche? ¿Queijo?

Todavía dudosa, la dama asintió e indicó que se sentaran y se apresuró por una cortina de abalorios que estaba en una esquina.

-He pedido café y sandwiches de queso, ¿te parece bien?

-Sí, está bien, gracias. ¿Le has preguntado si ha visto algún trailer?

-No, todavía no, no parecía de humor para responder preguntas -sin poder contenerse ella sonrió.

-No. ¿Qué le pasaba?

-Estaba impresionada por tus heridas mortales -explicó ella secamente.

El se sorprendió, se miró y sonrió.

-Había olvidado mi aspecto. ¿Ella pensó...?

-Sí.

Oliver tenía una sonrisa agradable, si era genuina; una boca que prometía mucho y probablemente entregaba más. También tenía una voz agradable, pensó ella sin querer, profunda, rica, suave... «Detente, Paris».

Miró a su alrededor, escogió una de las dos mesas destartaladas y se sentó a esperar. Oliver miraba un cartel pegado sobre una pared y ella lo observó. Era tan atractivo... Incluso chorreando sangre y medio muerto, resultaba guapo.

-1957 -leyó y soltó la risa reuniéndose con ella en la mesa-. ¡Ni siquiera viven en la misma década!

-No -convino ella-. ¿No es maravilloso?

-¿Maravilloso? Es una palabra curiosa para describirlo.

-¿Ah, sí? ¿Por qué?

-Porque la mayoría de la gente podría...

-¿Tenerles lástima? -preguntó ella-. ¿Burlarse?

-Ni siquiera se habrían molestado en detenerse aquí -pensativo, continuó en voz baja-. Porque habrían pensado que estaba sucio, desatendido... -miró a su alrededor el suelo bien barrido, el mostrador rudimentario pero escrupulosamente limpio y volvió a mirar a Paris-.

Tú eres una chica rara.

-¿Por qué? -preguntó ella a la defensiva-. ¿Porque me gusta la sencillez de lugares como éste, de los que quedan tan pocos?

-¿No tocados aún por el materialismo? Parece una existencia dura.

-Sí, pero no...

-¿Que no sea condescendiente con ella? ¿Que no le dé una propina por el café? ¿Eso es lo que ibas a decir, verdad?

Sí era eso.

-Lo siento -murmuró ella-. Algunas veces soy un poco quisquillosa.

-Mhmm -asintió él secamente-. Lo he notado. A pesar de lo que crees, yo no soy sólo una cara bonita.

-No -ella sabía que no, sabía que había una mente aguda detrás de esa fachada. Sabía que se había graduado en Derecho, Henry se lo había dicho, y por primera vez desde que lo conocía, le otorgó una sonrisa genuinamente cálida-. La vida ha sido difícil últimamente para mí -explicó ella y le devolvió la sonrisa a la anciana cuando ésta regresó con los sandwiches y el café.

La mujer dijo algo. Parecía apenada y Paris gentilmente tocó con afecto una de sus manos.

La anciana asintió, devolvió la sonrisa y regresó detrás del mostrador.

-¿De qué habéis hablado?

-Estaba disculpándose por las tazas. Es terrible, ¿no? Que sienta la necesidad de disculparse como si nosotros fuéramos mejores que ella, más importantes, especiales.

Como él no contestó, ella lo miró y sorprendió una expresión extraña en su rostro.

-¿Qué ibas a decir?

-Nada -negó él.

¿Nada? Tenía que ser algo. ¿Se había molestado porque ella había insinuado que él no era especial? Bueno, de cualquier forma él no era especial.

Como si Oliver hubiera leído sus pensamientos, sonrió levemente, levantó su taza y dio un sorbo.

-Es bueno.

-Sí. Es café de verdad. Siempre lo encuentras en estos apartados lugares -consciente de que parecía pedante, pero incapaz de evitarlo, se apresuró a decir-: El pan y el queso también deben de serIo, no tienen aditivos ni conservantes, todo está hecho a la antigua.

-¿Tú conoces bien Portugal?

-El norte.

-y obviamente te gusta.

-Sí, y me agrada mucho la gente -con otra sonrisa rápida, ella se volvió a la anciana y le preguntó si había visto pasar unos trailers blancos y grandes. La mujer miró a Paris confundida; luego meneó la cabeza y habló tan rápidamente que Paris apenas la entendió.

-No ha pasado nadie por este camino desde esta mañana -explicó Paris a Oliver-. Sólo una carreta, pero dice que si continuamos por donde vamos llegaremos finalmente al río.

-¿Y qué hacemos luego? ¿Seguirlo hasta la cabaña?

-Sí.

-Entonces será mejor que nos vayamos porque si George y los demás ya han llegado -dijo él secamente-, y nosotros no, se iniciarán partidas de búsqueda.

Terminaron rápidamente su bocadillo. Paris pagó porque Oliver, todavía vestido con su vestimenta de soldado, no llevaba dinero. Ella sonrió a la mujer y le dio las gracias.

-Obrigada, Muito abrigada.

-¿Eso es lo que tengo que decir? ¿abrigada?

-Obrigad-o -explicó ella-, «a» para mi, «o» para ti, masculino y femenino.

Él asintió y se dirigieron al coche. Antes, la tensión había fomentado su malhumor. Ahora que la tensión había desaparecido, la situación cambió. De pronto Paris era muy consciente de él. La forma en que él sostenía la cabeza, sus manos sobre el volante, la calidez de su hombro fuerte, que apenas rozaba el de ella...

-¿Por dónde?

Con un ligero sobresalto, Paris se concentró en el camino y se dio cuenta con algo de alivio de que sabía dónde estaban.

-A la izquierda, luego a la izquierda otra vez; así llegaremos al campo.

-Entonces, si no nos hubiéramos detenido...

-Sí.

Él le sonrió de una manera cálida. Ella trató de convencerse de que no era sincera. Luego suspiró. Minutos después, cuando llegaron al campo, un Henry enloquecido los estaba esperando.

-¿Dónde diablos os habéis metido? -preguntó abriendo la puerta de Oliver.

-Recorriendo la zona -dijo él arrastrando las palabras con su tono más irónico-. Siempre es gratificante.

Dejando a Henry con la boca abierta y a Paris soltando una pequeña risita, se dirigió a zancadas a saludar a George, que estaba realmente preocupado.

Así que era capaz de burlarse de sí mismo, pensó Paris bajando del

coche. Si no hubiera sido un actor, ella se habría permitido que le agradara. Pero era un actor, con una reputación nada agradable... No, debía olvidarse de él.

-Paris... -se quejó Henry.

-¿Mmm? -preguntó ella ausente pero sin dejar de mirar a Oliver. Luego se volvió para mirar a Henry-. Oh, nos perdimos un poco -explicó-. Él está a salvo y no lo molesté. Bueno, no más de lo normal -con una sonrisa distraída, ella se dirigió hacia el lugar de rodaje. Estaban probando los micrófonos y, cuando todo estuvo listo, George palmeó las manos.

-¡OK, todos, terminemos esto!

Oliver, con sangre nueva, yacía sobre la tarima húmeda. Melissa se inclinó, perdió pie, y, lo que Melissa pensó que era más realista que cualquier otra cosa, aunque no fue tan tonta como para expresarlo, soltó una imprecación de una forma muy poco femenina. George gritó.

-¡Corte! -parecía desesperado y empezaron todo de nuevo. Melissa arrastró a su amante al interior de la cabaña y hubo un pequeño alto, se arreglaron y terminó todo.

Melissa lloraba bien, pero Oliver bordó su papel de moribundo. Paris sintió la garganta bloqueada y las lágrimas empezaron a salir de sus ojos cuando él dijo sus últimas palabras.

-Muere bien, ¿verdad? -susurró alguien a su lado.

-Sí -estuvo de acuerdo.

Tuvo ganas de llorar cuando la tensión se escapó de ese cuerpo fuerte y esos bellos ojos café oscuro parecieron realmente ensombrecerse antes de volverse in- móviles.

Melissa lanzó un grito, se inclinó de manera protectora sobre el cuerpo de su amante y su corazón roto lloró conmoviendo a todos. El grito abrupto de George los hizo saltar.

-¡Corte! Brillante, absolutamente brillante –adelantándose, frotando sus manos regordetas, abrazó a Melissa, quien se olvidó de devolverle el abrazo, estrechó la mano de Oliver sinceramente y dio palmadas a todo el que estuviera a su alcance.

El grupo se dispersó lentamente, el malhumor y los nervios fueron reemplazados con risas. Todos reían... todos excepto Paris, que por alguna tonta razón se sintió traicionada. ¡A él le resultaba tan fácil cambiar de la realidad a la actuación! ¿O no había ninguna diferencia real?

Paris continuó observando a Oliver. Melissa se escondió en la comodidad del remolque. Los técnicos empezaron a desmantelar el equipo y a llevar todo a los trailers. Recogieron los accesorios, y empezaron lentamente a regresar por el campo enlodado; luego

irrumpieron en desbandada desorganizada cuando los cielos se abrieron y empezó a llover. Los pocos aldeanos que habían ido a observar se dispersaron. Paris se refugió en la cabaña, pero decidió que de ninguna manera quería estar a solas con Oliver y emprendió la retirada.

-¿El menor de los males? -soltó él provocativamente.

Ella se detuvo y se volvió para mirarlo. Él todavía estaba sentado en la plataforma, con las rodillas recogidas y los codos apoyados en ellas. Sin la luz artificial, la cabaña estaba en penumbras, pero quedaba suficiente luz para ver la expresión de sus ojos. Era una expresión que la hacía sentirse extremadamente nerviosa.

-¿Qué le dijiste a Melissa? -preguntó él en voz baja-. Olvidé preguntarte antes.

-¿Melissa? ¿Por qué tenía que decirle algo a Melissa?

-¿Porque George te lo pidió?

-Ah, sí, bueno, no le dije mucho -mintió ella-. Por cierto, la escena os ha quedado bien, creo. ¿Tú no? Muy realista. Te resulta fácil, ¿verdad? ¿Encender y apagar la pasión así?

-Sí -aceptó él suavemente-. Se llama actuación.

-Para lo que eres excelente.

-Sí -él se levantó lentamente sin dejar de mirarla e insistió-. ¿Qué le dijiste para que se comportara como una perfecta dama cuando todos sabemos que no lo es?

Ella lo miró con cautela, preguntándose qué había pasado con su buen humor anterior. Al fin, decidió ser sincera.

-Le dije que fuera magnánima.

-¿Magnánima?

-Sí. Que... pues... que no debía permitir que tú la intimidaras.

-¿Por qué? -preguntó él.

-Oh, está bien -soltó ella-. ¡Le dije que era al revés! Que tú te sentías intimidado por ella, de ahí tu malhumor, porque ella era una estrella joven y con una carrera por delante. Que tú estabas envejeciendo...

-¿Envejeciendo? -inquirió él sedosamente.

-Que empezabas a envejecer -corrigió nerviosa, porque este Oliver no se parecía al Oliver que ella había creído que estaba empezando a conocer. Este Oliver parecía peligroso. Dio un paso atrás hacia la entrada y concluyó con un temerario desafío-. Y que tú estabas celoso. ¡Tenía que decirle algo! ¡Todos dicen que esta película es muy importante para George!

-Mmm, y si es tan importante para George -dedujo él con suavidad-, ¿por que me gritas a mi?

-¡Por nada!

-¿No?

-¡No!

-Entonces, ¿por qué te comportas así conmigo? ¿Criticando todo lo que hago o digo? La vida ya es bastante difícil sin...

-¿Tu vida difícil? -exclamó ella-. ¿Tu vida? Bueno, eso me parece el colmo. ¡Me gustaría que intentaras vivir mi vida! -ella giró sobre sus talones y dio un paso a la libertad, pero la detuvo una mano fuerte en su brazo.

-¿Y cómo es tu vida? -preguntó, dándole la vuelta para mirarla de frente-. ¿O es que quieres ser parte de la acción?

-¿Qué? No, no quiero.

-¿No? ¿No deseas ver tu nombre en la pantalla? ¿Verte junto al pecho, varonil del héroe?

-No -negó ella rotundamente-. Y ciertamente no en tu pecho, por muy varonil que pueda ser.

-¿Entonces qué? ¿Tu nombre impreso en todas las revistas? «Fui amante de Oliver Darke». ¿No es eso?

-¡No, no lo es! -exclamó ella furiosamente-. ¿Piensas que deseo ser como esa pobre muchacha a la que hundiste el año pasado?

Él entrecerró los ojos.

-¿Pobre muchacha? -preguntó con suavidad aterradora.

Ella no era tan ingenua como para creer que la chica no había obtenido algo de la venta de la historia a las revistas del corazón, por lo que aceptó.

-Quizá no en términos económicos, pero ciertamente en reputación.

-Oh, ciertamente en reputación -aceptó él disgustado-. Se lo merecía. Y si realmente no es ese el camino que deseas tomar, ¿qué es lo que quieres?

-¡Nada!

-¿No? ¿Crees que no vi tu expresión cuando estábamos rodando la escena de amor? Si eso no era deseo, no sé lo que era.

Ella abrió la boca para negarlo, pero la cerró. Oliver sonrió fríamente.

-¿Nada que decir? ¿Qué me dices de tus brillantes observaciones de ahora? ¿Tampoco significan nada?

-No -respondió con altivez-. y no seas sarcástico. Él permaneció quieto, pero algo había cambiado,

Paris no supo exactamente qué, pero de pronto hubo mucha más tensión en el aire, y su quietud tenía una cualidad sutilmente amenazadora.

-No te agrado, ¿verdad? -preguntó tranquilamente.

-No -aceptó tajante.

-¿Por qué?

-¿Importa? ¿O es obligatorio que me agrades? ¿Está escrito en el contrato?

-No seas mordaz -reprochó con ligereza-. ¿Porque te he ignorado?

-No seas absurdo.

-¿Es absurdo?

-Sí. ¿Y por qué te tiene que importar lo que yo sienta?

-Porque has despertado mi curiosidad.

-¡Tonterías! Y si lo he hecho, no ha sido intencionadamente -su corazón latía aceleradamente, tenía las palmas húmedas y empezó a sentirse sofocada.

-¿No? ¿No será que quieres ser besada por el gran Oliver Darke? Acto Uno, Escena Uno -dijo con cinismo y, antes de que ella pudiera detenerlo, se inclinó y la besó. Con gran experiencia. Experiencia práctica. y aun sabiéndolo, no le importó porque se dio cuenta de que su técnica era extraordinaria.

3

LA besó como había besado a Melissa, como había besado, presumiblemente, a muchas otras mujeres. Un beso de pura seducción, ardiente, absolutamente imposible de resistir. Paris sabía que era una locura, pero su cuerpo le decía otra cosa y cuando él finalmente rompió el contacto se sintió inconsciente, temblorosa, como si le hubiera arrancado las emociones.

-¿Qué te ha parecido? -preguntó sedosamente.

Y ella no pudo responder. Sólo miró los ojos que lograban que su corazón se acelerara, el pelo alborotado, la boca que había demostrado que la promesa era real.

-¿Nada que decir?--Y como Paris no dijo nada, él se volvió Y salió.

Realidad... ficción... ¿Quién era el Oliver Darke real? ¿Era imposible separar la imagen de la pantalla del hombre? y ella lo había estado provocando. ¿Por qué? ¿Porque por una vez había deseado sentir lo que su hermana decía que había sentido tantas veces? ¿El glamour de los actores? ¡No! Ella no era tan superficial. Tenía su vida propia, sus amigos, su carrera, no quería ser como era Athena desde que se había casado con Chris. Su hermana antes era adorable, a veces egoísta, pero amable, feliz. Ahora era fría, temperamental, inconsciente e infantil... bonita. ¡Paris tenía veintinueve años! y nunca había deseado el glamour que su hermana adoraba. ¡Si alguna vez lo hubiera deseado, se habría quedado con Rupert!

Cuando salió de la cabaña vio que sólo quedaba un trailer. El vagón del té. Con un temblor se dirigió al coche.

-Adelántate, Paris -gritó Henry desde la cabina del conductor del enorme remolque-. Yo te seguiré.

Levantó una mano de aceptación. Estaba más con- centrada en lo que había sucedido en la cabaña que en lo que pasaba a su alrededor. Casi había pasado la pequeña granja antes de que ella se diera cuenta de lo que había visto. Pisó el freno y miró horrorizada la inundación que lentamente consumía la tierra y a la anciana que luchaba por rescatar sus propiedades. Se detuvo, salió del coche y le gritó a la anciana:

-¡Paris! -gritó Henry-. ¿A dónde crees que vas? ¡No dejes allí tu coche!

-¡No podemos dejarla, necesita ayuda!

-¿No podemos dejarla? -preguntó sarcásticamente.

-Está bien, yo no puedo dejarla.

Se metió al agua, que subía rápidamente de nivel, y tomó el montón de ropa de cama que la anciana tenía en sus manos. Se volvió a Oliver que se adentraba en el agua hacia ella. Sorprendida, porque

no sabía que él estaba con Henry, le dio las mantas.

-Deja todo en el trailer -ordenó-. Sin esperar a ver si obedecía, regresó a la puerta abierta de la granja.

Entonces vio las gallinas. Le preguntó algo a la mujer y empezó a recogerlas. Como era la única que hablaba su idioma, siguió gritando para interpretar y emitir sus propias órdenes.

Tomó una silla, se dio la vuelta y casi golpeó a Oliver.

-¡Todavía hay gallinas sueltas!

-Si te molestaras en mirarme, te darías cuenta de que ya tengo las manos llenas.

Paris avanzó con la silla y la puso en el interior del trailer.

-¿Y adónde vamos a llevar todo esto cuando lo hayamos cargado? -dijo Oliver. .

-Al siguiente pueblo. Ella tiene amigos allí.

Oliver regresó a la granja a grandes pasos cuando Henry llegaba tratando de hacer malabares con un bulto envuelto en una manta, dos ollas de cocina y una enorme maceta. Empezaba a oscurecer.

-¡Oliver! -gritó Henry-. ¡Por todos los cielos, no corras así! Si te caes y te rompes una pierna... ¡Y ten cuidado con la cara!

Oliver lo ignoró. Regresó con Paris y gritó:

-¿Por qué diablos no enciendes las luces? No veo nada de lo que hago.

-¿Qué luces, si no tienen?

-¡Por Dios!

-Exacto, a menos que te gusten las velas, por supuesto.

Ella lo liberó de la planta, la colocó entre la silla y el bulto que Oliver había rescatado.

-¿Por qué está sola? ¡Una anciana como ella! ¡Es escandaloso!

-Normalmente no está sola, su hijo y su nuera están en Espino y no regresarán hasta mañana.

-Oh.

-Sí -añadió ella-. Oh.

-y tú te has vuelto muy autoritaria.

De pronto oyó que Oliver la llamaba. Se volvió y lo vio tratando de detener a la propietaria.

-¿Qué?

-¡Quiere llevarse la cama!

-¡Pues ayúdala!

-¡No seas tonta! ¡No cabe por la puerta!

-¡Entonces desármala!

-¡No tenemos tiempo! ¡Por Dios, Paris, mira por dónde va ya el río!

-Ya, pero probablemente esa cama es su posesión más preciada.

¡Simplemente no puede reclamar ningún seguro si se pierde! ¡Porque no tiene seguro! ¡Ahora, muévete!

Paris le pidió a la anciana que le explicara cómo desmantelar la cama. La anciana le dirigió una sonrisa de alivio y prácticamente empujó a Oliver por la puerta de entrada. El agua ya les llegaba a las pantorrillas.

Cuando terminaron de embalar la preciada cama, Paris se apoyó en el remolque, Henry estaba junto a ella.

-Gracias -dijo ella en voz baja.

Él sonrió con cansancio.

-Será mejor que vaya a buscar las gallinas perdidas. No podemos permitir que baje la proporción de huevos, ¿verdad?

-No -sonrió ella.

Con pasos desganados, dejó a Paris contemplando la escena ante ella. Una escena que ahora incluía la espalda de Oliver. Tenía los pantalones mojados hasta las rodillas. Su camiseta gris estaba húmeda y tenía el cabello rubio alborotado. ¿Por qué no podía dejar de desearlo? Llevaba toda su vida esperando sentir lo que había sentido cuando él la besó.

-Ya no más animales -se quejó Oliver agriamente-. ¡Probablemente tienen pulgas!

Paris lo miró levantando la cabeza en una acción refleja. Él estaba ahora frente a ella y la chica apartó la mirada.

-Veo que sigues enfadada conmigo.

-Sí.

-¡Sólo fue un maldito beso!

-Sí, sólo un maldito beso.

-¿Quieres que me disculpe, no es eso?

-No -negó ella estoicamente.

-Entonces déjate de resentimientos.

-No estoy resentida. Yo no lo pedí. Yo no quería nada. Y no sé por qué pensaste que sí.

-Porque eso quieren las mujeres -dijo él algo triste-. ¿Por qué tendrías que ser diferente?

-¡Porque lo soy!

-¡Oliver! -gritó Henry de pronto-. ¿Qué diablos crees que estás haciendo? ¡Apártate de ahí, vas a matarte!

-No seas ridículo -dijo Oliver-. Uno no se muere por apoyarse en una pared húmeda.

-¿Qué le pasa? -preguntó Henry con asombro-. ¿De qué habéis estado hablando?

-¡De nada, y suelta esa gallina!

Henry miró la gallina y la dejó caer en el corral improvisado.

-Ese es otro problema. ¿Qué vamos a hacer con ellas? No podemos meterlas en el trailer.

-¿Por qué no? -preguntó ella irritada.

-Usa tu cerebro, Paris; dentro de media hora estaremos hasta las rodillas de mi… estiércol de pollo -sustituyó él apresuradamente.

Ella se rió sin querer.

-Oh, Henry, qué día -se estiró y fue a hablar con la anciana. Momentos después, los dos hombres fueron a ver de qué se trataba la conversación.

-¡Quiere que pongamos las gallinas en el maletero del coche! -exclamó Paris.

-¡Qué buena idea! -dijo Oliver arrastrando las palabras.

-No seas estúpido. ¿Qué diablos dirán los que nos han alquilado el coche cuando vean…?

-Ellos no van a ver nada -dijo Oliver con impaciencia-. Y si lo hicieran, tú pon expresión de inocencia y diles que ya estaba así cuando lo alquilaste. Si puedes imponer tu autoridad con nosotros, estoy seguro de que puedes hacer lo mismo con ellos. Ahora, por todos los cielos ¿podemos marchamos?

Paris abrió el maletero, decidida a no ver el lado gracioso del asunto.

-y si se mueren por asfixia o envenenamiento de monóxido de carbono, yo no voy a pagar la compensación.

Observó las expresiones inocentes de los hombres y el rostro intrigado de la anciana y sonrió sin querer. Parecían los Tres Chiflados.

-Oh -exclamó ella-. Traedme un periódico.

Henry le dio un periódico con cuyas hojas ella protegió el maletero antes de meter a las gallinas.

-Uno nunca sabe -susurró Oliver al oído de ella-, podrían dejarte algún huevo para la cena.

-¡Cá11ate, Oliver! ¡Cállate!

-No sé por qué me miras con tanta rabia. Has abusado de mí, me has gritado, me has ridiculizado, y me has arrastrado hasta esta cabaña, me has metido en esta aventura. Estoy completamente empapado, me has obligado a cargar estas gallinas. Yo no estoy acostumbrado a recibir este trato, ¿sabes? Soy una estrella de cine.

Ella bajó la mirada y cerró el maletero.

-y sólo por curiosidad. ¿Nadie ha tratado de estrangularte?

Ella afirmó con un pequeño destello de malicia en sus ojos.

-Frecuentemente.

-y obviamente nunca lo han logrado.

-No -murmuró mirándolo de reojo sin poder contenerse-. Soy rápida con los pies.

Se rió entre dientes y fue a abrir la puerta del pasajero para la anciana.

Subió rápidamente a su automóvil y se miró en el espejo retrovisor. Tenía una risa idiota en la cara. «Tonta, Paris, no te gustan los actores ¿recuerdas?»

Miró a Oliver, que subía al trailer junto a Henry y no pudo evitar reírse. Si sus adoradas admiradoras pudieran verlo, lo adorarían aún más, pensó mientras ponía en marcha el coche.

Pronto llegaron al pueblo. Después de ayudar a la anciana a sacar sus pertenencias, volvieron a ponerse en marcha. Lo único que les quedaba aún por hacer era darle un mensaje al hijo de la anciana en su camino a Espinho.

-Conduciré yo -declaró Oliver inesperadamente-. No podemos permitir que nuestra heroína intrépida conduzca sola en la oscuridad.

Ella lo miró con asombro, pero estaba demasiado cansada para discutir, así que simplemente asintió y se sentó en el asiento del pasajero. Estaba mojada, incómoda, cansada, y estar obligada a estar con Oliver en los estrechos confines del coche parecía… agradable. Saludaron con la mano al abandonado Henry y partieron. Encontraron sin problema la dirección que la anciana les había dado y, cuando Paris regresó al coche con una botellita de alguna bebida que el hijo de la anciana le había dado, volvieron a la carretera y se dirigieron al hotel.

Los trailers estaban todos alineados en la playa listos para irse a Santander, a tomar el transbordador para Inglaterra. Cuando llegaran a casa, Oliver pasaría a formar parte del pasado. Paris se abrochó el cinturón de seguridad, lanzó un pequeño suspiro y se dirigió a la puerta.

-Yo me disculpo si así lo deseas.

Ella se sorprendió y se volvió para mirarlo. Había risa en la profundidad de sus ojos. Paris lo miró con preocupación, suspiró y negó con la cabeza.

-No -negó en voz baja-. Creo que es al revés.

-¿Sólo lo crees?

-No -admitió ella con un gestito cómicamente irónico-. Lo sé. Me he estado comportando como una idiota, molestándote deliberadamente.

-¿Por qué? -preguntó él con sutileza.

-Oh -mintió ella-, no lo sé -y era absurdo, pero se sentía

avergonzada, torpe, como si nunca hubiera intimado antes con un hombre, como si nunca la hubieran besado.

-Tú me pusiste una etiqueta, ¿verdad? y luego no te molestaste en ver qué había detrás.

-No… Sí -admitió luego sin querer.

Ella no había querido mirar lo que había detrás. Se sentía ridícula… Desear a una estrella de cine. Era demasiado absurdo como para darle crédito. ¡Deseaba a un hombre al que también deseaban millones de mujeres! ¿Por qué no podía ella separar la verdad de la ficción?

-¿No me vas a decir por qué?

Ella negó con la cabeza.

-Está bien -aceptó él con gentileza-. ¿Cambiamos de tema?

Todavía cautelosa, Paris asintió.

-Por favor -luego decidió que realmente ella misma necesitaba saber por qué, esclarecer ¿Realmente las mujeres se comportan así? ¿Esperan… desean… te persiguen por lo que puedan obtener?

-Sí -dijo él simplemente.

-¿Y esa mujer del periódico?

-Sí.

-Oh, pero yo no estaba… es decir, no quise… -enfadada consigo misma por no poder hablar adecuadamente, prosiguió con firmeza-. No era eso lo que yo pretendía.

-¿No?

-No.

-¿Entonces qué? -bromeó él-. Está bien, ha sido una pregunta injusta.

Se acomodó con una sonrisita todavía en sus ojos y comentó:

-Gracias a ti esa pobre señora está ahora a salvo. Yo ni siquiera vi la granja.

¿Y eso era todo?

-Ya has hecho esa clase de cosas antes, ¿verdad? -continuó él con calma-. ¿Rescatar ancianas en apuros?

-No, aunque me atrevo a decir que reaccioné exageradamente, como es usual en mí -murmuró ella con una sonrisita irónica muy suya-. Me imagino que la mujer se las hubiera arreglado perfectamente bien sin mi intervención.

-No con la cama.

Divertida, ella soltó una risita ahogada y débil.

-Pobre de ti.

-No creas -la corrigió él-. Puede que eso me haya enseñado algo de valores. Nos ha enseñado a todos. Vivimos en un mundo

completamente diferente, Paris, ¿no es así?

-Sí, pero ella está contenta. Es su vida y es la forma en que siempre ha vivido.

-¿Un pedazo de tierra, una familia, lo suficiente para comer? Una vida simple, o así parece a los ojos de los demás. Me imagino que es increíblemente difícil.

-y me parece que esta gente de campo es la más alegre que he conocido. Amistosa, amable, llena de buen humor.

-Generosa, ¿de qué es la botella?

-No sé, me imagino que alguna bebida local -ella destapó la botella, la olfateó y probó un sorbo-. ¿Vino? -adivinó ella.

Él tomó la botella y tocó el cuello con la punta de la lengua.

-¿Brandy?

-¿Tifoidea?

Él soltó una risita ahogada y luego rió abiertamente.

-Bueno, si lo es, Por todos los cielos, no se lo digas a Henry.

-No lo haré, seré, lo que sea, pero no soy traidora.

-No, nunca pensé que lo fueras.

Ella volvió el rostro hacia él, suspiró y logró esbozar una sonrisa. Oliver le devolvió la sonrisa y el tonto corazón de Paris dio un vuelco. Era muy atractivo. Tenía barro en los pómulos, su pelo estaba húmedo, alborotado, y ahora que era amigable, que se burlaba de sí mismo, estaba guapísimo. Por extraño que pareciera, cuando lo había visto en el cine, le había gustado como actor, lo había admirado, pero no había experimentado esos sentimientos. No era adoración porque fuera famoso; ni siquiera era una forma de emoción o asombro; era algo más, algo que no entendía.

-¿Por qué suspiras? -le preguntó con amabilidad-. ¿Estás cansada?

-Mmm -aceptó ella-, un poco -era una excusa aceptable y parcialmente cierta. Desvió la mirada de él y miró el hotel iluminado frente a ellos.

-Tú trabajas para el hermano de George, ¿verdad?

-Sí, él tiene una agencia de traducción.

-¿Se parecen?

-Sólo en apariencia. George grita, William es persuasivo.

-¿Y te persuadió para que vinieras aquí? ¿Tú no querías venir?

Ella lo miró por el rabillo del ojo y sonrió.

-¿Es tan obvio? Yo quería ir a Japón. Debí de haber ido a Japón.

-¿No te gusta Portugal?

-Me encanta Portugal, y normalmente hubiera estado encantada de venir. Me gusta el idioma, la gente, el paisaje, especialmente aquí en la Costa Verde. Es realmente adorable cuando hay buen tiempo,

pero…

-¿Querías practicar tu japonés?

-Mmm, y conocer el país. Nunca he estado allí.

-Es una buena razón, además probablemente hay mejor clima.

-Sí, pero George necesitaba este favor, ¿no es así?

-Sí -aceptó él-, y su hermano, William, obviamente cayó en sus redes como el resto de nosotros… porque todos sabemos -añadió en voz baja-, que, al contrario de Melissa, él no es la sensación del momento. Que sus dos últimas películas fueron un fracaso…

-¿Y si no tiene éxito con ésta?

-Es un hecho triste de la vida que cuando estás abajo, nada te sale bien. Las glorias pasadas, los logros, no cuentan para nada. En fin, si a la cadena de televisión le gusta, y ojalá que le guste, tendrá la oportunidad de hacer seis más.

-Le gustará -dijo ella positivamente. Y probablemente le gustaría porque Oliver Darke actuaba en ella… y él era muy buen actor.

-Espero que sí, por el bien de George. ¿Por qué elegiste el oficio de intérprete? -preguntó con curiosidad.

Con una de sus sonrisitas cómicas, ella explicó secamente.

-Era lo único para lo que servía.

-¿Y para la escuela?

-Inútil.

-Mentirosa -sonrió él-. No puedes haber sido tan inútil cuando sabes tantos idiomas.

-Tal vez -ella se encogió de hombros-. ¿Y tú? ¿Por qué te hiciste actor?

-Por lo mismo.

-¿Era lo único para lo que servías?

-Mmm.

-Mentiras -reprobó ella suavemente-. Henry me ha dicho que eres abogado.

-Parece que Henry ha hablado demasiado. Lo que no es normal en él.

-y si él pudiera verte ahora, te diría que fueras a quitarte esa ropa mojada. Eres una propiedad muy valiosa.

-¿Y tú no? ¿Para nadie?

-No por el momento.

-¿No tienes padres?

-No. Murieron hace mucho tiempo. Diez años -dijo ella suavemente-. Ya eran bastante mayores cuando nos tuvieron. Cuando mamá murió, creo que papá no quiso continuar sin ella; murió un año después.

-Pobre de ti.

-De nosotras. Tengo una hermana.

-¿No hay ningún hombre en tu vida?

Ella negó con la cabeza. Ya no deseaba hablar de sí misma, de su vida, así que preguntó:

-¿Por qué Henry siempre se viste de negro?

-Alguien le dijo una vez que parecía un enterrador. Eso lo divirtió, y ahora se viste como corresponde.

Era una explicación simple, pero probablemente cierta.

-Será mejor que entremos -exhortó ella cuando él empezó a sacudirse el pantalón mojado-. No se debe permitir que las propiedades se resfríen, aunque, ahora que la filmación ha terminado, me imagino que buscarás un clima más cálido.

-¡Me gustaría! -exclamó él-. Pero no puedo, tengo que terminar otra película. El estudio me soltó sólo un par de semanas para ayudar a George.

-Oh.

Él sonrió. Era una sonrisa maliciosa.

Paris le quitó la botella de la mano, la tapó con cuidado, y se dirigió a la salida.

-¿Retirándote en buen orden, Paris?

Y algo en su tono la puso nerviosa. Nada que pudiera justificar, sólo... algo.

-Mmm -murmuró ella sin volverse. Y, si George estaba contento con las tomas del día, al día siguiente todo habría pasado, y luego tal vez, sólo tal vez, ella podría reordenar su vida. Decidió que las palabras podrían disipar el nerviosismo que estaba sintiendo, así que se volvió para preguntar.

-¿Realmente te estabas concentrando en tu papel cuando te interrumpí en la cabaña esta mañana?

-Por supuesto. Estaba practicando una mirada sin vista -dijo con el rostro rígido-. ¡Y en la caravana estaba tratando de concentrarme en mi parte!

-Oh. Lo siento -se disculpó tardíamente.

-¿No te agradan los actores, Paris? No está permitido, ¿sabes? Nosotros hacemos surgir la adoración. Y, en lugar de estar hablando aquí contigo, debería estar ocupándome de darles mi autógrafo a todos los de la aldea...

-No creo que sepan quién eres -dijo ella con solemnidad y él sonrió, con la sonrisa que destruía un millón de corazones.

-¿Sigues determinada a rebajarme? -preguntó humorísticamente.

-Lo siento -se disculpó de nuevo sin arrepentirse. Él tocó con un

dedo la mejilla de Paris.

-Es sólo un trabajo, ¿sabes? Como cualquier otro.

-Seguro -tembló ligeramente, retiró la cabeza y la sonrisa de él se apagó; la luz risueña en sus ojos se desvaneció-. Oliver…

Él quitó el codo del respaldo del asiento con un movimiento suave, casi premeditado, deslizó la mano en la nuca de Paris y la besó con gentileza hasta que le faltó el aliento.

-No puedo olvidar el beso -murmuró él contra su boca-. La sensación, la calidez -y procedió a incrementar la calidez, separó los labios de ella con insistencia ansiosa, la acercó más a él y el beso se profundizó, se volvió urgente.

-No -gimió ella. Trató de empujarlo en el estrecho asiento del coche, deslizó la mano desde el hombro de él hasta su cuello, sintió el pequeño pulso saltando allí, y tembló Oliver, tú dijiste… no creas…

-Shh -murmuró él con voz ronca y continuó probando la dulzura, enviando escalofríos en su espalda. Sintió que su resistencia se disolvía y luchó por retener la sensatez. Era pura seducción, susurraba su mente, pero la emoción, el hambre, estaba destruyendo sus defensas.

La sensación de su cabello en las puntas de los dedos de ella era una delicia sensual, y, cuando sentía que su cuerpo se derretía en el de él, Oliver se retiró.

-No está bien -dijo; su voz era grave, ronca, con el aliento ligeramente entrecortado-. Pura vanidad, porque yo quería que tú me conocieras… -con un ligero movimiento de su cabeza, con una sonrisa que era casi triste, él añadió suavemente-. A mí. A la persona, no al actor. Mi propia técnica, porque algunas veces tú tienes problemas para diferenciar entre los dos, ¿verdad?

Lentamente la soltó, había seriedad todavía en los bellos ojos café, finalmente le ofreció una sonrisa más cálida y Paris no supo si era sincera o falsa.

-Aunque me alegra haberte impresionado -se volvió, quitó las llaves del encendido y se dispuso a abrir la puerta.

-Oliver -logró decir con voz ronca, y luego supo qué decir, sólo sabía que necesitaba aclarar que ella no estaba jugando.

Él se volvió, la miró inquisitivamente y luego sonrió con gentileza.

-Sin discusiones, sin análisis, sólo disfrutemos del arco iris. Vamos, tenemos que quitarnos esta ropa húmeda.

¿Disfrutar del arco iris? ¿Qué significaba eso? Esperar y ver si había oro al final? ¿O sólo una olla vacía? Todavía mirándolo llanamente, casi hipnotizada, preocupada y desconcertada, salió y se dirigió a la recepción. ¿Sin habla? Oh, sí. Y confundida, y dolorida. ¿Y ese había sido sólo un trabajo más? ¿Porque él pensaba que eso era lo

que ella había esperado? «Si tú fueras bonita, podrías esperar cosas como esa…» Pero no lo era… y no había esperado eso. Entonces, ¿por qué lo había hecho? A mí, había dicho él, al hombre, no al actor. Pero según su experiencia, aunque limitada, había poca diferencia entre los dos. La interpretación parecía apoderarse de tu vida y excluir todo lo demás. Había afectado a Chris, había endurecido a su hermana. Y Rupert, a quién ella había amado… no, amado no; si lo hubiera amado se habría quedado con él, aun cuando hubiera cambiado tanto. La fama había alterado sus valores. Todo tenía que sacrificarse por su arte, incluyéndola a ella. Pero ella no había querido sacrificarse. Y si los besos de Rupert la hubieran hecho sentir la décima parte que los de Oliver… Y Oliver no había quedado impasible por completo. Su voz se había vuelto más grave… y había dicho…

«No seas tonta, Paris». Con un suspiro largo de preocupación, levantó la mirada y sintió un dolor interior. Oliver estaba en la recepción del hotel y Melissa junto a él. Entonces Paris vio cómo la joven actriz se ponía de puntillas y le plantaba un beso en la boca. Oliver se rió, la rodeó con un brazo y le devolvió el beso.

Ella se sintió inferior, estúpida, porque había pensado que a él ni siquiera le gustaba la joven actriz… Con una sonrisa torcida, porque ella sabía que a los actores no tenía que gustarles una mujer para besarla, desvió rápidamente la mirada. Hizo un gesto desconsolado porque se horrorizó al darse cuenta del estado en que se encontraba, y entregó agradecida el impermeable sucio y las botas para que las limpiaran. Recogió su llave y una carta y se dirigió a su habitación. Ya entendía por qué la había besado Oliver. Lo había hecho para suavizar su malhumor hacia él, para dejar otra admiradora tras de sí. Los actores actuaban todo el tiempo. Pero si no lo hubiera visto con Melissa, ¿no habría sentido la tentación de creer que sus besos eran sinceros?

4

PARIS! Ella se detuvo, se puso tensa y se volvió lentamente. Oliver subía las escaleras detrás de ella.

-Olvidé preguntarte algo.

-¿Qué? ¿Si me importa que practiques conmigo?

-¿Perdón? -preguntó él con confusión.

Ella le dirigió una sonrisa fría.

-Aunque sé que los actores actúan, no me gusta que me utilicen.

Ella se volvió y continuó subiendo. Sabía que él debía de estar pensando en lo que acababa de decir, luego oyó de nuevo sus pasos. Oliver se colocó frente a ella, la miró y le dijo tranquilamente:

-¿Quieres repetir eso?

-No.

Él apoyó el codo sobre la barandilla, apoyó la barbilla en la mano y continuó mirándola.

-¿Nos referimos al beso?

Ella dejó en blanco la expresión y lo miró.

-¿Que estaba practicando contigo? ¡YO no necesito practicar! -murmuró con humor seco.

-Me alegro por ti.

-Estás enfadada porque me has visto besar a Melissa -era una declaración, no una pregunta.

Y como ella seguía callada, con la misma expresión irónica en el rostro, él preguntó suavemente:

-¿Celosa?

Ella apretó la boca, trató de irse, pero él se lo impidió.

-Déjame pasar.

-No. Mira, puede que Melissa y yo tengamos que trabajar juntos otra vez. Hay que llevarse bien con los compañeros -le dio un rápido beso en la boca-. Así -añadió con más suavidad-. Así -se inclinó nuevamente, le separó los labios con gentil insistencia, tocó con su lengua la de ella y dio un paso atrás. Con una sonrisa levemente irónica, subió los escalones y desapareció por el corredor que conducía a su habitación.

Sintiéndose estúpida, Paris corrió a su habitación y se sintió agradecida de poder cerrar la puerta. ¡Y todavía no sabía por qué la había besado! Se sentó en la cama, consciente de que todavía apretaba en la mano la nota que la recepcionista le había dado; debía de ser de George con la agenda del día siguiente. La abrió y se asombró al ver que era un mensaje telefónico de su hermana. Frunció el ceño y la leyó lentamente. Athena iba a presentarse allí. Iba de paso, decía la nota. ¿Iba de paso hacia dónde? ¡Oh, cielos, no más problemas!

Se recostó en la cama con la nota todavía en la mano y observó el techo. ¿Estaba celosa? No, realmente no creía estarlo. ¡Sólo que Athena era tan chismosa! y ella había ido allí para escapar temporalmente de sus problemas. Athena tendía a tratar todo con medias verdades, con insinuaciones: bromas, las llamaba ella, pero eran bromas que con frecuencia eran mal interpretadas. Paris no estaba celosa de la belleza de su hermana ni de su estilo de vida, sin embargo Athena siempre conseguía que la gente creyera que así era. Y ella había aprendido con los años que el negarlo sólo empeoraba las cosas. Las bromas eran un arma difícil de manejar. Y Paris nunca había entendido por qué la gente envidiaba tanto el glamour. Ella no lo envidiaba.

Oh, bueno, pensó tratando de ser sensata. Athena la sacaría de dudas.

Se levantó, se bañó y se lavó y se secó el cabello. Luego se puso un vestido de lana azul y un pañuelo de seda en el cuello. Se miró pensativa en el espejo y se quitó el pañuelo. No le sentaba bien. Por mucho que quisiera, nunca sería tan elegante como su hermana.

Se puso unos zapatos azules de tacón alto y se dirigió a la puerta. No podía dejar de pensar en el beso de Oliver. Sólo había sido una broma, no había significado nada porque los besos eran la mercancía de un actor. Pensó en la próxima visita de Athena; era preferible anticipar los problemas para poder solucionarlos. Abrió la puerta de la habitación y bajó corriendo la escalera.

La mayor parte del personal ya estaba en el restaurante cuando ella entró y le sonrieron o la saludaron y la invitaron a sentarse con ellos, pero ella prefirió sentarse en su pequeña mesa del rincón, desde donde podía ver el mar, para poder pensar.

-No olvides la fiesta de esta noche -le dijo George-. Es la última noche de la filmación. ¡Es tradicional!

-¿La última noche? -preguntó ella-. ¿Ya hemos terminado?

Él asintió y sonrió.

Eso significaba que no podía verlo más. Ya no vería a Oliver, así que el beso probablemente había sido como un regalo de despedida. Se sintió un poco perdida. Deseaba que ya fuera el día siguiente, que todo hubiera pasado. Entonces lo vio entrar, vio que miraba a su alrededor y rogó que no fuera a sentarse con ella. Respiró con alivio cuando él se sentó con George. Aunque eso no evitó que siguiera observándolo discretamente. Esto se estaba volviendo obsesivo. Aquella necesidad de observarlo. El estaba recién bañado y afeitado. Vestía una camisa color crema oscuro de cuello abierto y pantalones oscuros. Estaba vibrante, vivo, a pesar de sus ojos soñadores. Su piel

brillaba. Era una estrella, enteramente fuera de su alcance, como todas las estrellas. Tomaría una bebida en el bar y luego se iría a la cama, para pensar en sí misma. Parecía tan fácil cuando se decía…

Poco a poco, el comedor se fue vaciando. Paris suspiró levemente. Al día siguiente ella sabría qué clase de lío había armado su hermana esta vez. Si Athena llegaba temprano, antes de que se fuera el personal, tendría que observar cómo su hermana coqueteaba con ellos. Porque lo haría. El coqueteo era tan natural como respirar para su hermana.

-Pareces muy pensativa -observó Oliver.

Ella se sobresaltó, lo miró y sintió que se ruborizaba.

-Oh, hola, no te había visto -murmuró.

-No -aceptó él con una leve sonrisa. Tomó una silla de la mesa de al lado y se sentó frente a ella-. He estado ocupado y no he tenido oportunidad de pedirte algo -dijo adoptando su mejor mirada de niñito perdido, y añadió-: Necesito un favor.

-¿Un favor? -preguntó ella con cautela-. ¿Qué clase de favor?

-Un favor de interpretación -él tomó una de las manos de ella y le sonrió-. Hay una persona con la que necesito hablar, es un asunto de negocios… ¿Has estado en el restaurante de la carretera? ¿El que tiene un anuncio verde?

-Sí -aceptó ella todavía cautelosa e insoportablemente consciente de los dedos cálidos que sostenían los de ella. Retiró la mano.

-El propietario desea abrir un restaurante en Londres, yo tengo un restaurante en Londres que no marcha muy bien -añadió él melancólicamente-. Así que si podemos llegar a un acuerdo satisfactorio… Desafortunadamente su inglés no es muy bueno, y como sabes, yo no sé una palabra de portugués.

-¿Y ambos necesitáis estar seguros exactamente de lo que el otro está diciendo?

-Exactamente. ¿Lo harás?

-¿Cuándo?

-¿Ahora? No tardaremos mucho… media hora o algo así.

¿Y si se negaba? No, no estaría bien. Se lo tomaría como un favor entre compañeros. Después de todo, sólo era un negocio.

-Está bien.

-Gracias. Y como sé por experiencia que las fiestas de fin de filmación tienden a alargarse más de lo debido, creo que será mejor que vayamos ahora en lugar de dejarlo para mañana -él sonrió de nuevo invitándola a compartir la broma.

Ella no deseaba compartir bromas, así que esbozó lo que esperaba fuera una sonrisa fría.

-¿Porque mañana tendremos resaca?

-No; pero créeme, es mejor ir ahora.

Él se encogió de hombros cómicamente. Luego ladeó la cabeza y preguntó con suavidad:

-¿Todavía te sientes utilizada?

-No -negó ella tensa.

-BIen. Pagare… por tu trabajo -añadió rápidamente y una risita irreprimible se le escapó.

Ella abrió la boca para decirle que no era necesario, pero la cerró de nuevo porque se sintió tonta; recordó su estado económico y que estaba tratando negocios; él se rió.

-Eso es, Paris, nunca des nada por nada.

-¿Es esa tu filosofía?

-Seguro.

Por alguna razón ella no pensaba que lo fuera. ¿Sería esa la razón de que hubiera sido tan amable con ella? ¿Porque necesitaba un favor? Se odió por ser tan pesimista y se terminó rápidamente su café.

-Iré por mi abrigo.

-Buena chica -él se levantó y puso la silla en su lugar-. Te espero en el vestíbulo.

La reunión no fue muy larga, sólo fue una discusión preliminar y un acuerdo de reunirse en Londres a principios de diciembre. Todos sonrieron, se dieron las manos y se despidieron amistosamente.

-¿Quieres caminar un poco? ¿Mirar las tiendas?

-Oh, no, no creo -dijo apresuradamente-. Creo que prefiero volver.

Él la tomó de la mano y la hizo girar para mirarla de frente.

-No seas aguafiestas. Quiero que me ayudes a escoger algo.

-¿Por qué? -preguntó secamente. "

Él sonrió.

-Porque tú tienes un gusto excelente -sin darle otra oportunidad de negarse, el metió en su bolsillo las manos unidas de él y de ella-. Las tiendas todavía están abiertas, ¿no?

-Sí, normalmente cierran a las ocho -no estaba muy segura de cómo librarse sin parecer una tonta, así que permitió que la condujera al cruce del ferrocarril. ¿Era otro juego? Ella no podía pensar en otra razón por la que él deseara su compañía, y pensó que la sensación de sus dedos era agridulce, aunque admitió que agradable y reconfortante. Trató con todas sus fuerzas de ser razonable, pero no pudo. Estaba horrorizada pues, aun sabiendo que ella no significaba nada para él, no deseaba que terminara ese pequeño interludio. Deseaba enroscar sus dedos con los de él. ¿Sentiría Oliver su tensión?

¿Se debería ésta a que estaba confundida? Durante dos semanas se habían estado agrediendo y ahora, de pronto, él era amable. Un Oliver diferente, infantil y encantador…

Cuando él la movió para captar su atención, Paris se sobresaltó, miró a su alrededor con sorpresa, casi insegura de dónde estaba y de lo que estaba haciendo.

-¿Qué opinas? -preguntó él.

-¿Mmm? -ella se forzó a concentrarse, miró el escaparate que estaba enfrente y los pañuelos. Pañuelos caros, registró. Seda pura.

-¿Crees que a mi madre le gustaría uno?

-¿Tu madre?

Él volvió la cabeza.

-Lo has dicho como si no pensaras que yo pudiera tener una madre.

-¿Sí? Lo siento -con una sonrisa, ella se volvió para mirar el escaparate-. Es sólo que parece tan… normal. Oliver Darke con una madre.

-Yo soy normal.

-Tonterías. ¿Cómo es ella? ¿De cabello oscuro? ¿Rubio?

-Rubio… casi gris -sonrió él.

-Ese -señaló ella-. El rosa.

-Oh -él parecía decepcionado-. ¿El verde no?

-No. ¿No te gusta el rosa?

-No.

-¿Por qué?

-Es demasiado blando.

-Esa no es una respuesta. ¿Cómo es ella? ¿Elegante? ¿Gorda?

-¿Gorda? -exclamó él-. ¡Dios, no! -frunció los labios y miró pensativo a la nada-. Elegante -pronunció finalmente.

Como su hijo.

-¿Y usa colores brillantes?

Él parecía confundido, luego negó con la cabeza.

-No. Usa negro, a veces gris.

-Entonces definitivamente el rosa. Créeme. Además no es enteramente rosa, tiene tonos de gris.

-Pero no me gusta el rosa.

Con una sonrisa, y sintiéndose exasperada, ella trató de convencerlo.

-Tú no tienes que ponértelo.

-¿Mi beso te molestó tanto? ¿Es eso?

-¡No es nada! -exclamó ella rápidamente-. Y por supuesto que no me molestó. ¡Sólo fue un beso, por Dios! Ya me han besado antes, ¿sabes? -pero no así. Nunca así.

-Sí, me imagino -aceptó él en voz baja.

«¡Tonta, Paris, tonta! Tienes que tranquilizarte. No puedes dejarte afectar así por él, no te gustan los actores ¿recuerdas?» Con un movimiento abrupto, ella entró en la tienda sin dejarle a él más opción que seguirla.

Oliver compró el pañuelo rosa para su madre, y, para no ser contrariado por entero en su elección, compró el verde para su hermana.

-Ella tiene el pelo oscuro -dijo, como si fuera suficiente explicación.

Ella hizo un esfuerzo supremo para preguntar.

-¿Sólo tienes una hermana?

-Sí, y dos sobrinos encantadores. Y un cuñado, por supuesto, y un padre a quien, como a ti, no le impresiona nada mi elevada posición.

Paris sonrió porque era lo que él esperaba. Lo trataría como a un amigo, decidió cuando regresaban al hotel, alejando los pensamientos absurdos de su cabeza. Pero él frustró en seguida todos sus planes.

En un lugar oscuro, la detuvo y la miró a la cara.

-¿No necesitas hacer alguna compra?

Cautelosa de nuevo, preocupada, ella negó con la cabeza.

-No, compré algunas cosas para mis amigos el otro día.

-¿Y siempre cuestionas las cosas, Paris? -preguntó él y su voz era increíblemente gentil-. ¿Nunca eres espontánea?

-Por supuesto que sí -él no la estaba tocando o impidiéndole el movimiento, pero la fuerza de voluntad que se requería para caminar parecía haber desaparecido y la misma sensación de dejadez la afectó de nuevo, haciendo que su corazón se acelerara y que sintiera la garganta seca.

-¿Pero no conmigo? Porque soy un actor, ¿no es eso? ¿Y a la pequeña Paris Colby no le gustan los actores? ¿O es que sabes tan bien como yo que nuestras discusiones tienen su origen en una cosa que se relaciona con la química?

-No. Es decir, no es que… -su voz sonaba apenas perceptible, ella continuó mirándolo y notó cómo la lámpara de la calle le dibujaba un halo en su cabello y profundizaba los ángulos de su rostro.

-¿No es eso? ¿O es que te niegas a admitirlo?

-Oliver…

-Shh -puso un dedo en la boca de ella, un dedo gentil, pero que quemaba-. Tú por mi profesión, y yo, porque siempre me niego a decir algo que pueda mal interpretarse o de lo que después necesite retractarme…

-Entonces, ¿por que estas…?

-¿Diciéndolo ahora? Porque creo que me equivoqué contigo;

porque me gustas, te admiro. Y porque…

-¿Tienes miedo de confiar en la gente?

-Miedo no -negó él-. Rechazo, y si he sido menos que generoso, lo siento -sonrió, quitó el dedo y lo reemplazó brevemente con la boca-. Vámonos, estás temblando.

Sí, pero no de frío, pensó Paris.

-Me he vuelto muy cínico, muy desconfiado -murmuró él; le puso un brazo sobre los hombros y la animó a caminar-. He olvidado cómo relajarme -con un suspiro extraño la atrajo hacia su costado.

¿Y ella había sido escogida para recordárselo? ¿Se suponía que debía sentirse honrada? Paris vio que había una luz en uno de los remolques. Probablemente los técnicos jugaban a las cartas. Desesperada por algo que distrajera su mente, porque realmente no sabía lo que él quería decir, lo que estaba diciendo, miró con frenesí todo lo que había a su alrededor. Vio qué coches estaban aparcados, vio que las puertas de cristal del vestíbulo necesitaban una limpieza…

Subió con obediencia la escalera y registró las voces individuales que llegaban desde el bar; sonrió ausente ante el estallido de risas.

-¿Estás lista para la fiesta? -preguntó Oliver-. Vas a venir, ¿sabes?

-¿Ah, sí? -lo miró escrutadoramente. Necesitaba aclarar algo, cualquier cosa, así que abrió la boca pero la cerró indefensa cuando él sonrió, y meneó la cabeza.

-Ahora no. Y no te preocupes. Hablaremos después. ¡Primero la fiesta, porque es tradicional! Y nunca debes asistir a una fiesta de malhumor.

-¿Ah, no?

-No. La expectación, mi querida Paris, es la llave para disfrutar.

-¿Lo es?

-Sí. ¡Y no he pasado la última media hora arrastrándote por las tiendas para nada! -ignoró la mirada azorada de ella y la condujo hacia la entrada.

Ella se rindió a lo inevitable. Henry mantenía la charla, contándoles a todos entre risas sus aventuras.

-Y puede parecer un pequeño insecto, pero creedme, ¡es una dama autoritaria y decidida!

Hubo risas, y ella miró a Oliver y le sonrió con ironía. No lo había dicho con mala intención, sólo por diversión, pero ser comparada con un insecto…

-En la agencia donde trabajo -dijo suavemente-, me llaman afectuosamente «ratita»… por lo menos espero que sea afectuosamente.

-Seguro que sí -dijo él también con suavidad. La tomó de la mano,

la apretó y la exhortó a caminar.

¿Sería un gesto genuinamente amable, o sólo un último detalle para asegurarse de que sería su admiradora de por vida? ¿Para que siempre dijera que él era un hombre amable? Al fin y al cabo, él era un actor. Y los actores actuaban.

Él la soltó, la animó a entrar y las risas callaron de pronto. Desconcertada, ella miró al grupo y el grupo la miró a ella. Sumamente apenada, sin saber qué estaba pasando, los miró a todos y luego George se adelantó, la tomó de la mano y la condujo al centro del grupo silencioso. Tomó un paquete primorosamente envuelto del bar y se lo entregó con solemnidad.

-Es para ti -explicó él-. De parte de todos nosotros, por tu ayuda, tu amabilidad…

Desconcertada, sintiéndose torpe e insegura, miró a su alrededor.

-¡Pero yo no he hecho nada!

Hubo risa general de incredulidad.

-Viniste aunque no lo deseabas… oh, sí, sé lo del viaje a Japón. Tú calmaste a Melissa.

No se atrevía a mirar a Oliver, mantuvo la cabeza baja mirando el lazo rosa de regalo.

-Mantuviste contentos a todos los habitantes del lugar…

-No

-Sí. No hemos tenido absolutamente ningún problema con ninguno.

-Pero no ha sido por mí -protestó ella.

-Sí. A pesar del tiempo, mi mal temperamento, la irritabilidad de Melissa.

-La mala voluntad de Oliver -añadió Oliver con una sonrisa.

-…por primera vez desde que recuerdo -continuó George decidido-, hemos tenido una intérprete que calmaba, tranquilizaba a todos, no enfurecía a los lugareños y ha caído bien a todo el mundo… a la policía local, a los propietarios de los campos que se volvieron lodazales…

-Oh, no sigas -rogó ella sintiendo las mejillas ardientes-. Sólo hice lo que me pagaron por hacer.

-¿Sí? -preguntó George levantando una ceja-. ¿Te pagamos por cargar el equipo? ¿Por desenredar cables? ¿Por actuar como modista extraoficial cuando Melissa se quejó de que su vestido no le quedaba? ¿Por fregar platos?

-¡Pero sólo porque no tenía nada que hacer en ese momento!

Hubo un estallido de risas que ella no entendió, y miró indefensa el mar de rostros que la rodeaban.

-La última intérprete con la que trabajé -explicó George-, tampoco

tenía mucho que hacer, ¡pero de ninguna manera se ensució las manos fregando platos!

-No te ensucias las manos fregando platos -replicó alguien cómicamente-. ¡Las limpias!

Hubo más risas.

-Le dieron instrucciones de su trabajo, y por Dios, ¡se apegó a ellas! -insistió George-. ¡Enfureció a todos! Tuvimos espectadores curioseando por todo el estudio… ¡Y decía que no era su trabajo pedirles que se fueran! ¡Fue una pesadilla! Si la hubiéramos tenido a ella -continuó él más suavemente-, dudo que hubiéramos terminado esta filmación. y sospecho que sabes lo importante que es para mí, ¿verdad?

-Sí, pero…

-Entonces, nos gustaría que aceptaras este pequeño presente a manera de agradecimiento.

Se sentía sofocada y sin saber qué decir, así que sonrió trémula y empezó a desenvolver el paquetito. Era un perfume. Un perfume caro en un frasco muy bonito de cristal.

-¡Oh! -exclamó mirando a todos con ojos nublados y sonriendo-. Gracias, es precioso.

-No sabíamos qué comprar, y estábamos un poco limitados porque teníamos que encontrar una tienda donde hablaran en inglés, mientras Oliver te retenía fuera. Lo que significaba la perfumería o la tienda de artículos deportivos, ¡y no creímos que quisieras una tienda de campaña!

-No -negó ella sin saber qué más decir. Entonces por eso la había arrastrado por el pueblo. No por su compañía. ¿Pero entonces por qué le había dicho todo lo demás? Dándose cuenta de que todos estaban pendientes de ella, logró sonreír-. Gracias. Muchas gracias a todos.

Se acomodó en un taburete del bar, con un vaso de vino blanco en la mano, los ojos puestos en el frasco de perfume, sólo vagamente consciente del ruido y las risas a su alrededor. Se sentía un fraude. Ella no había hecho nada especial, de hecho, la mayor parte del tiempo había estado tan irritable como todos los demás.

-No te preocupes -reprobó Oliver que estaba junto a ella.

-Realmente no merezco un regalo.

-Por supuesto que sí.

-No fui muy amable contigo.

-Soy resistente -sonrió él.

-Sí -y él había sido muy amable manteniéndola ocupada… ¿Pero por qué era tan amable ahora? ¿Porque él era amable con todos? Aunque, hacía algunos días no había sido precisamente amable…

-¿Dónde está Henry? -preguntó con sorpresa.

-Se fue a la cama con un ponche caliente. No le gustan las fiestas. ¿Tienes mucho trabajo emocionante esperando tu regreso?

-No que yo sepa; sin duda William me tendrá algo preparado -sonrió ella. Esperaba que así fuera. Con todas las deudas que tenía necesitaba todo el trabajo que pudiera conseguir. y si Athena, como ella sospechaba, llegaba con más problemas... Lanzó un suspiro inconsciente, que parecía casi desesperado.

-¿Problemas? -preguntó él suavemente y se apoyó en la barra junto a ella.

Sus ojos café oscuro eran amables, interesados. ¿O era una expresión que utilizaba en su profesión? ¿Sería capaz de encenderla y apagarla...?

-No -negó ella-. Creo que sólo estoy cansada, y algo desconcertada por la amabilidad de todos -y un poco aprensiva por la razón de la visita de su hermana.

-Parece como si no estuvieras acostumbrada a que la gente sea amable contigo.

-No, sí, oh, no lo sé -ella sonrió, esta vez con más naturalidad-. ¿Y tú? ¿Regresas a la filmación?

-Temo que sí.

-¿Te gusta?

-¿Gustarme? -preguntó pensativo-. Sí, supongo que sí... la parte del trabajo. Pero no me gusta cambiarme tanto de ropa -añadió con un gesto cínico de la boca.

¿No? Era el punto de vista completamente opuesto al de su cuñado y sus compañeros. ¡A ellos les encantaba disfrazarse!

-¿Y dónde está la adorable Melissa? -preguntó antes de poder contenerse-. ¿Ella no asiste a las fiestas?

-¿Temes que la vuelva a besar? -bromeó él y luego rió-. La adorable Melissa ya se ha ido. Se escapó en cuanto regresó al hotel.

-No exactamente en...

-Paris -le advirtió-. Empezaré a pensar que estás celosa.

-¿Qué pasaría si George necesita hacer más tomas? -preguntó ella con determinación.

-¿Sabes actuar?

Paris sonrió y negó con la cabeza.

-¿No? ¿Ni siquiera una escena de amor? -él levantó y bajó las cejas expresando una sugerencia cómica, totalmente inconsciente de la semilla de deseo que acababa de lanzar.

Paris se hizo a un lado para hacerle espacio a un cámara que deseaba hablar con ella sobre España, a donde iban a ir después, y así

pasó el tiempo... sí, el tiempo pasaba. El tiempo para enamorarse, casarse y tener hijos...

De pronto se dio cuenta de que estaba rodeada de gente y se sintió contenta. Era muy agradable ser el centro de atención. Era muy buena para relatar anécdotas y para imitar a la gente, sobre todo a Melissa. Miró a Oliver de reojo para ver cómo lo estaba tomando, y descubrió que estaba riéndose tanto como los demás. Pero mirarlo fue un error, porque le recordó lo que él había dicho de sus propios deseos amorosos y de pronto se dio cuenta de que deseaba rodear con los brazos el cuello fuerte de él, sentir su cuerpo, su calidez, su... Con un temblor, se terminó la bebida.

-Es hora de irse -dijo Oliver suavemente; Paris parecía mareada.

-Estoy bien...

-No, no lo estás -dijo él con gentileza-. Vámonos.

-No eres responsable... -empezó ella, y miró su reloj-. ¡Ya son las dos!

-Sí.

Con un aire desconcertado, miró a su alrededor y vio que sólo quedaban los más allegados. George, Oliver, un par de expertos de iluminación y ella. No recordaba cuándo se habían ido los demás y eso era un poco preocupante.

Cuando Oliver la tomó gentilmente del brazo para ayudarla, Paris pensó en librarse de él, lo miró y se rindió. Su euforia anterior había dado paso definitivamente a un sentimiento vago de angustia. También la habitación parecía haber cambiado.

Cogió su bolso y el frasco de perfume y, con Oliver a su lado para ayudarla, se dirigió a la salida.

-Puedo arreglármelas, sabes -dijo con dignidad.

-Mmm -aceptó él divertido mientras recogía los abrigos y sus paquetes de la silla.

-En realidad no hay necesidad de que me acompañes. Cualquiera pensaría que estoy ebria.

-Cualquiera estaría en lo correcto -murmuró él-. Vámonos, Paris; no me gustaría que te cayeras por la escalera, así que te acompañaré.

-¡YO nunca en mi vida me he caído por una escalera!

Era extraño, pero el corredor que conducía a su habitación parecía haberse alargado, haber tomado proporciones distorsionadas y, cuando su llave se transformó en un objeto inaprensible que no entraba en la cerradura, Paris se alegró de contar con la ayuda de Oliver. Todo hubiera salido bien, si Oliver no hubiera tenido que entrar a dejar el abrigo de ella, si ella no hubiera olvidado desconectar el secador, cuyo cable todavía estaba sobre la alfombra, porque

entonces no habría tropezado con él. Oliver no hubiera tenido que intentar sostenerla y ambos no hubieran caído en la amplia, suave y muy acogedora cama. La nariz de ella casi tocaba la de él.

-Gracias -dijo Paris solemnemente.

-Sí.

Él no se movió una pulgada.

-Pondré mis pies en el suelo, me levantaré y me iré a mi habitación… -hubo una pequeña pausa mientras él la miraba escrutadoramente. El aroma del alcohol fluyó en olas silenciosas.

Él sonrió, con esa sonrisa encantadora de Oliver, y ella sintió que el más delicioso dolor se deslizaba en su vientre.

-¿Te arreglaste los dientes? -preguntó ella sintiéndose tonta.

-¿Perdón? -él parpadeó.

-¿Trabajo dental caro?

-¿Trabajo dental?

-Mmm.

Él frunció el ceño.

-No.

-Oh. ¿Cirugía plástica?

Él meneó la cabeza graciosamente, la diversión asomó a sus ojos y negó.

-No. No, definitivamente no me han hecho la cirugía plástica. Me acordaría.

-Sí, recordarías algo como eso.

Se sonrieron.

-Siento haberte besado en el coche -se disculpó con solemnidad.

-¿Sí?

-Sí. He estado pensando en eso toda la noche. No debí hacerlo.

-No.

-En ese momento.

-¿Perdón? -preguntó ella.

-En ese momento -repitió él-. Debí haberlo hecho después.

-Lo hiciste -señaló ella soñadora-. En la escalera. En la calle.

-Así fue.

-¿Por qué?

-¿Por qué? -sus ojos eran mucho más claros que los de ella-. Porque lo deseaba.

-¿Sí?

-Sí. Igual que ahora -la besó. Sólo fue un toque, pero un sentimiento cálido recorrió todo su cuerpo, deslizándose, esparciéndose, un sentimiento de… deseo.

Él tocó el labio inferior de ella con la lengua, y Paris gimió, tocó su

espalda fuerte, deseaba sumergirse en la esencia de él, en la textura, tocar esa piel suave, inhalar el aroma fresco de su pelo. Para siempre.

Él puso su mano fuerte en la cadera de ella, acercándola más, se detuvo y se retiró para ver lo que se le clavaba en el estómago. Quitó la bolsa y el frasco de perfume que estaban sobre la cama y los puso en el suelo. El beso se volvió más profundo, mágico, y sus muslos se tocaron, ella sintió la garganta seca y la recorrió un temblor de excitación, de necesidad. Una pequeña parte de Paris, la parte sobria, y sensata, decía: «No, no seas tonta», pero el resto de ella, la parte suave, dócil, necesitada, decía: «Sí, sí, sí, por favor».

Paris puso una mano en la nuca de él; fue un movimiento especial; enredó los dedos en su pelo mientras él continuaba besándola suavemente, aprendiendo sus secretos, sus pensamientos. Paris se dijo que al día siguiente posiblemente se avergonzaría, pero no en esos momentos. En esos momentos lo quería todo. Y parecía que él también. ¿Porque había bebido demasiado y había olvidado quién era ella?

-¿Paris? -murmuró Oliver contra su boca, con un sonido susurrante que era audible apenas para ella. Un susurro enlazado con risa.

-¿Sí?

-No estoy enteramente sobrio.

-No.

-Y, aunque parezca estúpido, me siento extraordinariamente excitado, y quiero hacerte el amor.

-Sí. ¿Por qué puede parecer estúpido?

-Porque no te gusto. «Oh, Oliver, sí, sí, sí.)

Ella movió los dedos por su rostro, trazó las cejas, la nariz clásica… la boca…

-He cambiado de opinión -murmuró ella-. Me gustas mucho -sintió que él sonreía-. Pero sólo soy la pequeña Paris Colby, y mañana lo sentirás.

-Nunca. Me gusta la pequeña Paris Colby. Tiene una boca sexy.

¿Sí? Eso era agradable. Ella no sabía cómo se le había enrollado el vestido sobre los muslos, sólo sabía que así era, sabía que una mano descansaba allí y ella desabrochó los botones de la camisa de él, deslizó su mano adentro, sobre la espalda cálida de él. Él tembló.

-Tu mano está fría.

-Lo siento -se disculpó con voz ronca-. ¿Quieres que la quite?

-Sí -aceptó-, pero sería mejor que la dejaras donde está -la atrajo más y la besó de nuevo, pero no con gentileza esta vez, no suavemente, sino con calidez, pasión y necesidad. De pronto, Oliver se detuvo.

Temblando, todavía excitada, Paris lo miró con preocupación a los ojos.

-¿Qué pasa? -susurró con voz ronca.

-Nada -negó él.

-¡Oliver! -protestó ella.

Casi arrepentido, él repitió suavemente:

-Nada.

-Tiene que ser algo…

-No. Ya te lo he dicho. Sólo déjalo así, Paris, sé buena chica.

-Pero no puedes encenderte y apagarte como un… -empezó ella confusamente, y luego recordó que sí podía. Era exactamente lo que podía hacer-. Olvidaste quién era yo, ¿verdad? -preguntó en voz baja.

-¿Qué? -frunció el ceño con desconcierto y meneó la cabeza-. No, olvidé quién era yo. Y algunas veces deseo…

Él empezó a moverse y Paris lo detuvo. No deseaba que se apartara de ella. Sabía que estaba siendo estúpida, pero el alcohol había nublado su razón. Había aturdido sus sentidos e incrementado sus sensaciones.

-¿Qué es lo que quieres? -la respiración de él todavía era dificultosa, sus músculos estaban tensos, y la hinchazón todavía cálida contra la ingle de ella era imposible de ignorar-. ¿Es por Melissa?

-¿Melissa?

-Sí. ¿Es porque ella se fue? -ella levantó más la tela de la camisa de él y acarició su espalda, deslizó la mano hasta el pezón con provocación inconsciente, hasta que él gimió y atrapó sus dedos.

-Por DIOS, Paris…

-¿Es por Melissa? ¿Porque estás enamorado de ella?

-No.

-Te deseo -susurró ella, con los ojos muy abiertos y sin importarle su osadía. Su cuerpo estaba tan caliente y necesitado, sus muslos estaban duros, su cuerpo excitado… y él tenía que desearla también, su cuerpo lo decía-. Tú te irás mañana -murmuró ella tristemente-. No te veré más.

-¿Eso quieres?

-Sí -ella tenía la respiración acelerada, el corazón hacía eco en sus oídos, sus sienes; ella movió sus labios una fracción, deliberadamente seductora, y los ojos de él se oscurecieron más, su cuerpo se volvió más cálido, su boca más… Con un gemido, Paris arqueó el cuello y cerró los ojos.

5

PARIS… -Oliver la estaba besando y ella empezó a derretirse por dentro. La fuerza abandonó sus rodillas, sus brazos, sus párpados, y se sintió sin huesos, hechizada, cuando la boca y luego las manos de él interpretaron una música que nunca había escuchado. Su cuerpo era un peso cálido que no lastimaba, que no era incómodo; luego él movió las manos y Paris acabó de quitarle la camisa, le acarició la espalda desnuda, eran sensaciones demasiado exquisitas. Se sentía drogada.

Ella protestó cuando él se movió, pero no cuando la desvistió; le ayudó cuando él intentaba desabrochar el sostén, gimió de placer cuando le quitó las medias gentil, seductora, placenteramente. No dijo ni una palabra cuando él deslizó su boca desde el tobillo hasta la rodilla, hacia la ingle, deslizó el pulgar por debajo del encaje de sus bragas y luego lentamente regresó a besarle la boca, le entreabrió los labios, le acarició los dientes con la lengua… La rendición era tan inevitable como deseada. El era gentil, excitante, seguro. No hubo palabras confusas ni torpezas y, cuando él la amó hasta la saciedad, la abrazó y puso la manta sobre ellos.

-Duerme.

-No quiero -murmuró ella. Se sentía placenteramente lánguida, quería hablar, susurrarle cosas, explicarle cómo se sentía, acariciarlo, excitarlo de nuevo…

Tenía a Oliver Darke en su cama. Acababa de experimentar el momento más pleno y excitante de su vida y él quería dormir. Sentía los párpados increíblemente pesados, su respiración se hizo regular, y con una sonrisa en el rostro, olvidando su negativa, hizo lo que le dijeron.

El ruido la despertó, un traqueteo discordante, no sabía si era afuera del hotel, sólo sabía que la luz le lastimaba los ojos. De soslayo, registró la luz del sol que se filtraba a través de las cortinas. ¿El sol? y luego registró la calidez de su cuerpo, un brazo que pesaba sobre su cintura, y el sueño se disipó tan rápidamente como se había apoderado de ella. Miró con horror el cabello rubio alborotado... y para su desmayo total, lo recordó todo. ¡Ella lo había seducido! ¿Qué había hecho? ¿Y qué diría él cuando despertara? Podía sentir un burbujeo de histeria en su interior, sentía ganas de reír y seguir riendo; pensó que podría escapar, ¿pero a donde? Esa era su habitación. De pronto, él abrió los ojos.

La miró, parpadeó y luego sonrió.

-Oh, cariño.

-Sí -susurró ella estúpidamente.

-¿Te sientes bien? -se dio cuenta de la cara de preocupación de ella y preguntó cómicamente-. ¿No tan bien?

-¡Oh, Oliver, estaba ebria!

Él hizo más amplia su sonrisa.

-Yo no -dijo suavemente.

-Lo sé -¿lo lamentaba él?, se preguntó ella con fervor. ¿Estaría recordando a todas las demás mujeres? Mujeres que lo habían utilizado-. Lo siento -soltó ella. Sentía el rostro ardiente y desvió la cabeza. Se sentía tan estúpida… Deseaba poder levantarse, irse, esconderse. ¡Prácticamente le había rogado! Y él estaba presionando su muslo desnudo sobre el de ella, y sentía un extraño aleteo en el estómago. ¿Nervios? ¿O deseo? Oliver movió la pierna.

-Un calambre.

-Oh.

-¿Dolor de cabeza?

Ella asintió y cerró los ojos.

-No volveré a beber.

-No afectó tu actuación ni…

-¡Oliver!

Él se rió, la abrazó, frotó la nariz en su cuello.

-Paris, Paris -empezó tranquilizador.

-Oh, no -suplicó ella con voz ahogada por el hombro de él, y muy consciente de su desnudez, de su calidez pegada a la de ella, de su brazo sobre la cintura; luchó por encontrar las palabras para aclarar todo-. Por favor, no digas nada más -suplicó-. Ya me siento bastante mortificada.

-¿Mortificada?

Percibió un tono diferente en su voz, levantó la cabeza para mirarlo y luego deseó no haberlo hecho. Sus ojos estaban todavía cálidos por el sueño, su rostro era tan atractivo…

-¿Te arrepientes? ¿Es eso lo que quieres decir? -preguntó con gentileza.

-Bueno, ¡por supuesto que me arrepiento! ¿Tú no?

Él negó con la cabeza.

-¿Tú no? -preguntó preocupada.

-No. Tú crees que me aproveché de ti, ¿no es eso?

-¡No! ¡Por supuesto que no pienso eso! -negó irritada-. Y eso no fue muy galante.

-No. Tampoco lo es tu…

-¿Mi qué? -preguntó ella.

Él meneó la cabeza y se negó a continuar. ¿Porque no valía la pena discutir? ¿Porque no había sido el momento más emocionante de su

vida? Bueno, por supuesto que no lo había sido, se dijo impaciente sin dejar de mirarlo. Sólo quería llorar. ¡Se sentía tan tonta! Deseaba que la abrazaran, que le dieran seguridad, deseaba echarlo de la cama. No sabía por qué no lo hacía. ¿Orgullo? ¿Por pretender que no le importaba? Pero sí le importaba. Demasiado. Ella nunca tenía sexo casual, nunca se acostaba con alguien a quien conocía tan poco. Ella había tenido dos amantes en sus veintinueve años, y las dos veces se había creído enamorada. Pero no se había sentido como esa vez. No se había sentido ansiosa, asustada, herida. Tan… estúpida. Cuando él le tocó la cara con los dedos, Paris retrocedió y desvió el rostro.

Miró el antebrazo que yacía sobre las mantas y vio su mano. Era una mano bella, fuerte, tierna… Con una sonrisa torcida, cerró los ojos para esconder la vergüenza. ¿Qué pasaba ahora?

Paris había deseado que él la amara, se había rendido a las emociones que la habían embargado; le había permitido amarla y lo había ayudado con toda la pasión de que era capaz… porque la bebida había nublado su razón, pero no su deseo. Y, para él, probablemente significaría menos que nada. No, quizá no menos que nada, pero nada fuera de lo normal. ¿Y esa experiencia tendría que durarle el resto de su vida? ¿Un hermoso recuerdo de lo que hubiera podido ser? ¿Y, cuando se encontraran después, él sólo diría «Hola»? ¿Sonreiría y continuaría su camino?

«Es sólo química», trató de decirse, «una fuerte atracción, un deseo de tener algo especial». Y había sido algo especial. Quizá nada fuera tan especial otra vez… Deseaba que Oliver pudiera sentirse como ella. Pero no era posible… Probablemente no se sentía como ella… Posiblemente, él…

Agitada, sin saber siquiera lo que él estaba haciendo, pero recordando vívidamente lo que él había dicho sobre otras mujeres, de cómo ellas… lanzó a un lado las mantas, empezó a liberar sus piernas, y él la tomó del brazo y la detuvo.

-¿Te escapas ahora? -dijo él suavemente-. Eso no resolverá nada.

-No estoy escapando -negó con dignidad-, y no hay nada que resolver. Sólo quiero levantarme y olvidarlo…

-¿Olvidarlo? ¿Sólo me quisiste porque estabas ebria? ¿Es eso lo que quieres decir?

Conmocionada, ella se volvió para enfrentarse a él.

-¡No! ¡Por supuesto que no es eso lo que quiero decir!

-¿Entonces qué? ¿Gracias, pero ahora que estoy sobria no, gracias?

-¡No! ¡Deja de tergiversar las cosas! -necesitaba poner espacio entre ellos, alcanzó su bata, que estaba sobre la banqueta del tocador. Se la puso, se sintió mejor ahora que estaba cubierta, respiró

profundamente, y lo intentó nuevamente con valentía-. Sólo digo… Bueno, que tú no me habrías hecho el amor si yo no te hubiera forzado.

-¿No?

Insegura, ella se volvió para mirarlo dudosa. Tal vez después de todo…

-¿Por qué querías hacer el amor conmigo, Paris?

-¿Por qué? -repitió ella.

-Sí, ¿por qué? ¿Porque soy famoso?

-¿Famoso? No seas absurdo. Y ya te dije que… ¡Ya te dije que no soy así!

-Eso dijiste.

-¿No me crees? -preguntó.

Él no respondió, se incorporó, se apoyó en la cabecera y, mirándola fijamente, como si estuviera tratando de averiguar la verdad en sus ojos, preguntó.

-¿Entonces por qué te arrepientes? Fue un encuentro agradable, un…

-¡No te creo! -exclamó ella, lacrimosa-. ¿Cómo puedes siquiera preguntarme eso? ¿Supongo que luego querrás saber si quedé satisfecha?

-¿Fue así? -preguntó suavemente.

-¡Sí!

-Me alegra mucho escucharlo.

-¡Basta! -gritó-. ¡Basta! ¿Por qué te comportas así?

-Porque empiezo a preguntarme si no he sido utilizado -dijo tranquilamente.

-¿Utilizado? ¡Oh, Oliver, no! -ella se le acercó, lo tocó, y exclamó preocupada-. ¡Yo estaba, estoy avergonzada! Yo no, es decir…

-¿Normalmente no te acuestas con cualquiera? -preguntó con más gentileza.

-Sí. Es decir, no -con un suspiro inevitable, ella sólo lo miró, y cuando él le sonrió, le devolvió la sonrisa-. Lo siento.

-Debes sentirlo.

Se sintió torpe e insegura de sí misma, miró al suelo, se entretuvo con el cinturón de su bata. No podía creer que se hubiera abandonado tanto. ¡Y había sido tan perfecto! Ahora ella se estaba comportando como una virgen asustada, no como ella misma. Debió de haber fingido que le era indiferente, y tal vez lo hubiera sobrellevado… y lo habría sobrellevado si no le hubiese importado. Pero si no hubiera importado, no se habría acostado con él. Con un suspiro, miró a hurtadillas y se ruborizó cuando él le dirigió una mirada que era…

bueno, descaradamente sexual. Miró su reloj y soltó una estupidez.

-¡Ya son las ocho!

-¿Sí? -preguntó secamente-. ¿Y Paris Colby no permite discusiones íntimas después de las ocho de la mañana?

-No -murmuró ella-, no seas tonto. Sólo quiero decir que si queremos desayunar… ¡No me mires así! Sólo quería decir… ¡tú sabes que no quería decir… eso!

Él se rió, se destapó y se levantó desnudo, sin vergüenza; se estiró, bostezó y se inclinó para tomar sus pantalones.

-¿Estás mejor? -preguntó suavemente. Ella asintió y le sonrió apenada.

-No acostumbro a…

-Lo sé -aceptó él con gentileza-. Por eso te he perdonado.

-¿Me has perdonado?

-¿Por que? -preguntó ella, empezando a sentirse: justificadamente furiosa por el tono casual de él.

-Tu… mortificación, por supuesto -él tomó su ropa, se dirigió a la puerta, dudó, regresó y para su sorpresa, la besó en la boca-. No llegues tarde a desayunar.

Ella tomó su cepillo, se lo lanzó a él y luego se sentó con una sonrisa boba en la cara. Alisó el cinturón de su bata, había una calidez y diversión en sus ojos. Con una sonrisa aún más boba, decidió que tal vez todo estaba bien. Tal vez. Había olvidado su dolor de cabeza; se levantó, se fue al baño, se miró en el enorme espejo y sacó la lengua. ¿Y?, preguntó desafiante a su reflejo. Sólo habían hecho el amor. ¿Sólo? Y había insinuado que sucedería otra vez. Eso… «No te adelantes, Paris)}, se advirtió. No, pero era difícil no hacerlo. Siguió mirándose, inclinó a un lado la cabeza. Tenía un rostro ordinario, un rostro manchado con el maquillaje de la noche anterior, notó tristemente.

No lo amaba, se dijo, sabiendo que necesitaba tratar de ser sensata. Ni siquiera lo conocía. Le gustaba, sí, estaba encantada con él, y al recordar que habían hecho el amor, una calidez la recorrió, pero si no hubiera bebido tanto ¿él…? «¡Cállate, Paris!» Tomó su cepillo de dientes, se forzó a concentrarse en otros asuntos. Como el hecho de que en pocas horas llegaría Athena.

A las nueve y media ya se había bañado y cambiado… ¡y todavía tenía que forzarse a borrar la sonrisa boba de su cara! Pero los recuerdos de Oliver, de su amor, su calidez, sus bromas, le daban calor por dentro, un sentimiento de expectación, y esperando, rogando que nada de eso se le notara en la cara, caminó con desenvoltura hacia el

comedor.

Era consciente del murmullo de conversación que había dentro del restaurante. Se preguntó si Oliver ya habría llegado. No estaba Oliver, pero Athena ya había llegado y estaba haciendo lo que sabía hacer mejor.

Su bella hermana ya tenía público. Una palabra aquí, una sonrisa allá… Seducía fácil, alegremente al personal de la filmación, a los camareros que pasaban, esperando ser reconocida. Hasta Henry parecía adorarla, y Paris sintió un dardo absurdo de celos que fue rechazado rápidamente. Ellas se parecían… bueno, en cuanto a que tenían el mismo color de pelo, los mismos ojos azules… pero todo en Athena era más brillante, mejor, más perfecto. Su pelo era más rizado, sus ojos más azules, su figura más proporcionada. Paris siempre sintió que era la copia que no le había quedado muy bien a la naturaleza… pero no ese día. Con determinación, empujó al demonio negro a donde pertenecía, sabiendo que estaba siendo estúpida porque, en realidad, ella estaba orgullosa de la belleza de su hermana.

-¡Paris! -exclamó Athena. Se olvidó de su público restándole importancia, abrió los brazos teatralmente y abrazó a Paris como si no la hubiera visto en meses.

Paris rechazó el pensamiento de que tal demostración de afecto era para que lo viera el personal de la filmación, y devolvió el abrazo.

-¡Querida! -ronroneó Athena-. Te he estado esperando horas.

-No exageres -sonrió Paris-, si hubieras estado aquí hace horas, me habrías llamado.

-No seas tan quisquillosa -dijo Athena, pero había un brillo extraño en sus ojos que Paris definitivamente encontró preocupante-. Y si me hubieras dicho que aquí había caballeros tan agradables… -ella hablaba en voz muy alta para que todos pudieran escuchar-. ¡Habría venido hace días!

-Lo sé -sonrió Paris-. Por eso no te lo dije -miró a su hermana, trató de concentrarse, de no seguir mirando la entrada como una niña llena de expectación. Se preguntó de nuevo el porqué de la alegría febril que notaba en Athena. Casi un aire de expectación. Condujo a su hermana a una mesa vacía-. ¿Ya has desayunado?

-Por supuesto -murmuró arqueando las cejas-. George me invitó a sentarme con él. Pero me tomaré otra taza de café contigo si quieres.

-Gracias -dijo Paris secamente. Pidió café y bollos. Era consciente de que algo preocupaba a su hermana. Paris puso los codos sobre la mesa, apoyó la barbilla en las palmas y bromeó suavemente-. ¿Y, a qué debo el placer?

-¡Estoy de paso! Ya te dije, bueno, se lo dije a quien contesto el

teléfono.

-¿De paso a dónde?

-¡A Estados Unidos, por supuesto! ¡Y he llegado justo cuando todos se van!

-Mmm. ¿Qué pasa? -preguntó Paris en voz baja.

-¿Qué pasa? -exclamó Athena con apariencia de asombro-. ¿Qué debe pasar?

-No sé, pero algo.

-No seas boba. Y soy yo la que tiene una imaginación desbordante, ¿recuerdas? ¿No quieres saber lo de Estados Unidos?

-Sí, por supuesto. Mmm. ¿Has incendiado el apartamento o algo así? -preguntó con una humorística esperanza de negativa-. ¿Estropeado el coche?

-¡Por supuesto que no!

No enteramente reconfortada, pero sabiendo por experiencia que era perder el tiempo tratar de que Athena dijera algo que no deseaba decir, sonrió exhortándola-. Está bien, dime lo de Estados Unidos. ¿Chris ha encontrado trabajo?

-No necesitas usar ese tono tan esperanzado -reprobó Athena-, ¡pero sí, así es! ¿No es maravilloso? Pero en una telenovela; por supuesto, con eso no se va a hacer un nombre, pero es muy lucrativo. ¡Y no pretendas sentir que me voy, porque ambas sabemos que no es verdad! -concluyó con esa sonrisa que parecía cautivar a todos los que la conocían.

-y naturalmente no deseabas irte sin despedirte -murmuró Paris.

-No. ¡Así que aquí estoy! Y…

-Sí, aquí estás -odiándose por ser tan desconfiada, Paris añadió-: ¿Cómo?

-¿Cómo?

-Sí ¿cómo pagaste el pasaje?

-¡Paris! ¡Pensé que te alegrabas de verme!

-Me alegro.

-¡Pueden pasar años antes de que volvamos a vemos!

-Sí.

-¡Tú siempre tan práctica!

-Alguien tiene que serlo -reprobó ella gentilmente.

-¿Porqué? ¡Le quita la gracia a las cosas! -con una sonrisa falsa, ella añadió-: ¿Sabes que Rupert se casó?

-No, y no pongas esa cara; no se me rompe el corazón, no me importa. Espero que sea muy feliz.

Con una mirada resentida, Athena se quejó.

-¿Ni siquiera quieres saber con quién?

-No.

-¡pudiste ser tú, si no hubieras sido tan quisquillosa!

-¿Quisquillosa por no querer ser compartida? -preguntó Paris con gentileza-. ¿Se ha casado con la hija del productor?

-Sí. ¡Y tú la dejaste ganar!

Paris tocó la mano de su hermana.

-No era cuestión de ganar -señaló con gentileza-. y si yo realmente lo hubiera amado… No estaba tan herida, sabes. O por lo menos… lo superé muy pronto, así que no debía de estar muy enamorada. Y realmente no era mi camino. Todas esas calumnias, celos, las riñas mezquinas. Yo no soy como tú, Athena, yo no disfruto…

-¡Del glamour! -se mofó Athena.

-No. Me gusta ser independiente, dirigir mi propia vida, no ser una extensión de otra persona -realmente la había dirigido la noche anterior. Bajó rápidamente la mirada porque no deseaba que Athena viera la sonrisa en los ojos y continuó rápidamente-. No quiero las cosas que tú quieres, disfrutar de las cosas con las que tú disfrutas -resumió en voz baja. Gentilmente, tocó la mano de su hermana y preguntó-: ¿eres feliz, Athena?

-¡Por supuesto que soy feliz! Ya sé que no te gusta Chris…

-No me gusta lo que te ha hecho -corrigió.

-Lo sé, lo sé -cortó Athena con impaciencia-, Tú piensas que me hizo dura y egoísta, pero estás equivocada. ¡Yo siempre he sido así! Siempre supe lo que quería. Pero tú no te dabas cuenta. Querías hacerme como tú…

-¡No! Eso no es justo. Sólo quería que tuvieras valores…

-Tus valores. ¡No los míos! Sé que tú pensaste que tenías que ser la figura materna cuando mamá murió, pero…

-Oh, Athena, no fue así, sólo traté de guiarte, de ayudar…

-Bueno, no discutamos por eso ahora -interrumpió ella con impaciencia-. Alégrate por mí, voy a ser feliz. Mucho sol, una casa con piscina, fiestas… ¡Y no pongas esa cara! Yo no podría soportar tu vida, siempre trabajando… -se interrumpió-. ¡De cualquier modo, es culpa tuya! ¡No debiste prestarme dinero!

-¿Debí dejarte vagando en las calles? ¿Que durmieras en una caja de cartón?

Ella le ofreció una sonrisa.

-No lo haría, sabes.

-No -suspiró Paris-. Lo sé. Habrías engatusado a algún otro pobre idiota para que te diera cosas. Naciste con mucho encanto, ese es tu problema.

-¡Y tú naciste sin suficiente encanto! Te quiero, Paris, es sólo que…

-Soy tan práctica…

-Sí. ¿Amigas otra vez?

-Amigas -aceptó Paris, como siempre, desde que eran niñas. Estaba mal, por supuesto, pero era tan difícil negarle a Athena lo que quería. Era absurdo sentirse responsable por ella; ya era adulta, pero era difícil deshacerse de los viejos hábitos-. ¿Realmente quieres ir a Estados Unidos?

-Sí quiero -dijo Athena y añadió triunfal-. ¡Y voy a hacer una prueba de pantalla! ¡Eso es lo que he venido a decirte! Puedo obtener un papel en la telenovela de Chris y…

-¿Una prueba de pantalla? -repitió Paris.

-¡Sí! ¡Así que no sólo tendrás un cuñado famoso, sino que pronto tendrás una hermana famosa!

-¿Y eso es realmente lo que quieres?

-¡Oh, Paris, no me mires así! ¡Eso quiero!

Sí. Logró sonreír, lo aceptó y, a decir verdad, se sintió aliviada de que todo aquello sucediera en América.

-¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

-No mucho -Athena miró su reloj y murmuró-, media hora o algo así. El chófer del coche que alquilé vendrá por mí a las diez. Sólo vine a saludarte, a decirte las noticias y que he dejado el apartamento limpio y…

-¿Has alquilado un coche? -exclamó Paris con horror-. Oh, Athena. ¿Cómo vas a pagar un coche y el pasaje? Pensé que no tenías dinero -y si le había mentido, si había usado los ahorros de Paris cuando todo el tiempo había tenido dinero…

Athena fingió no oír, se levantó, forzando a Paris a hacer lo mismo.

-Realmente tengo que irme… ¡Allí está! -exclamó con satisfacción.

Desconcertada, Paris miró en la dirección que miraba Athena y vio a Oliver.

-¿Lo conoces?

-Por supuesto que lo conozco -olvidando a su hermana, con una amplia sonrisa cruzó la habitación contoneándose como una bella mariposa.

Paris frunció el ceño y trató de ignorar el pensamiento de que el aire de anticipación de su hermana había sido por Oliver, pero no pudo. ¿Ella ya sabía que él estaba allí? ¿Cómo? ¿Por George? ¿O ya lo sabía y por eso había ido? No para verla a ella, sino para ver a Oliver. Athena nunca lo había mencionado… pero eso no significaba que ella no lo conociera… Oliver era la estrella más alta en el firmamento actual, y a Athena sólo le gustaba lo mejor.

Se odió a sí misma por sus sospechas, sintió una punzada de celos,

se quedó parada como tonta, vio que su hermana le sonreía seductoramente y luego fruncía el ceño porque él no le devolvió la sonrisa. Los hombres siempre le sonreían a Athena.

Paris no pudo escuchar lo que se decían; luego Athena deslizó las manos en el pecho de Oliver, se puso de puntillas como para besarlo en la boca, y Paris sintió un horrible dolor en su vientre. Oh, no. Yo lo vi primero… Horrorizada de sus propios pensamientos, de lo que casi había dicho, como si él fuera una propiedad, ella se volvió, luego vio que él tomaba las muñecas de Athena y se quitaba sus brazos de encima. Athena se enfurruñó. Desconcertada y muy consciente de que debían conocerse si estaban discutiendo, Paris continuó observándolos; luego él miró a Paris, dijo algo a su hermana y se dirigió hacia ella a grandes pasos.

-Por Dios, Paris, ¿qué le has dicho?

-¿Qué? -preguntó ella desconcertada.

-¡Ya era bastante grave que me viera!

-¿Te viera? No entiendo y yo no le he dicho nada…

-¡Entonces no lo hagas! ¡Por favor, por favor, aléjala de mí!

-¿Pero qué ha hecho?

-¡Nada, todavía! No ha tenido oportunidad, pero las Athenas de este mundo causan problemas y…

-¿Problemas? ¡Oliver no sé de lo que estás hablando!

Él suspiró. Estaba exasperado.

-Paris…

-¿Piensas que he estado hablando con ella? ¿Es eso? ¿Que hemos estado hablando como dos cotillas?

-¿No fue así?

-¡No! ¿Tú crees que lo voy a anunciar a los cuatro vientos? -Con los ojos muy abiertos, de pronto recordó lo de las mujeres que le causaban problemas y meneó la cabeza. Completamente desconcertada, miró a donde estaba su hermana, que tenía una expresión de venganza en su bello rostro y luego miró otra vez a Oliver-. ¿Pero qué te ha dicho ella?

-No importa -dijo él, restándole importancia-. Sólo aléjala de mí. ¡Ciertamente no necesito más problemas!

-¡YO no te he dado problemas! -negó ella como si la hubiera acusado-. ¡Y yo no soy su niñera!

-No he dicho que lo fueras, pero te estaría muy agradecido si le hicieras entender que soy un hombre peligroso, y…

-¿Lo eres? -preguntó preocupada.

-¿Sí? y no me gustan las mujeres importunas, del grupo del que tu hermana es miembro activo…

-¡No lo es!

Él la miró como tratando de ver si realmente ella creía eso, luego suspiró de nuevo.

-Sólo aléjala de mí, Paris, no sólo ahora, sino en el futuro.

-Estás exagerando…

-No, Paris, no. Te estoy advirtiendo. Si quieres a tu hermana, mantenla fuera de mi órbita. Y dile que mantenga su bonita boca cerrada. Hablaré contigo después -giró sobre sus talones y salió. Ella abrió la boca para llamarlo, pero la cerró de nuevo, porque, ¿qué le podía decir? ¡Ella no sabía qué esta pasando!

Apenas se dio cuenta de si había alguien más en el comedor, ni se dio cuenta de las miradas curiosas, sólo necesitaba hablar con Athena, que subía las escaleras, detrás de Oliver.

-Eres amiga de él, ¿verdad? -dijo Athena cuando Paris llegó hasta ella.

-¿Qué le dijiste? -contraatacó Paris.

-¡Nada!

-¡Tienes que haberle dicho algo! Me acaba de acusar de… ¡Me ha dicho que te mantenga alejada de él!

-Bueno, así es él, ¿no? -dijo Athena casi con perversidad-. Piensa que puede dar órdenes a todos.

-No, no es verdad…

-¿No? ¡Todo lo que hice fue saludarlo por Dios!

-Sí, eso…

-¡Dos veces me ha hecho lo mismo! y espero que tú no hayas sido tan tonta como para liarte con él. No es que sea muy probable -añadió, e hizo un gesto de desprecio.

-¿Por qué no? -preguntó Paris no muy halagada por el comentario.

-Yo había pensado que está un poco fuera de tu alcance -con una sonrisa amarga añadió-: Te quiero mucho, Paris, pero hasta yo tengo que admitir que no eres una sirena. Eres agradable -añadió suavemente-, mucho más amable que yo, pero no estás exactamente en la liga de Oliver Darke, ¿verdad?

-¿Qué significa eso? ¿Que tú sí?

-¿Yo? -con una risa breve y sin diversión, dijo-: Según él no, pero por lo menos no soy la pequeña que puede comerse en el desayuno.

-¿Y yo sí?

-Tal vez. Puedes ser muy ingenua.

-Gracias -sabía que la ironía no funcionaba con su hermana, y sintiéndose cada vez más confundida, añadió-: No soy realmente tan inocente como piensas, sabes.

-Sí lo eres. Tú crees a la gente.

-Bueno, eso no es tan malo, pero sigo sin entender por qué me ha dicho...

-¡Olvídalo, Paris! -le ordenó-. ¡Por favor! ¡Sólo hazme caso y sigue tu camino sin él!

-No te preocupes por eso. Se marcha hoy. La filmación está terminada -¿pero qué había querido decirle.

-Lo sé. Sólo te estaba advirtiendo que tengas cuidado. No tienes por qué tomártelo tan a pecho.

-¡No me lo tomo a pecho! ¡Pero tú sí! Y me gustaría mucho saber por qué.

-¡Porque no quiero que te lastime! Eres una romántica, Paris. Una tonta. ¡No conoces a esta gente como yo! -gritó con impaciencia.

Paris miró la expresión de su hermana y recordó lo que Oliver le había dicho. Empezó a sentirse enferma.

-Dos veces, has dicho. ¿Lo conoces mucho, Athena?

-¿A quién? ¿A Oliver?

-¡Por supuesto que a Oliver! Sabes lo que te estoy preguntando. ¿Lo conoces mucho?

-Lo suficiente -dudó, miró a su hermana y se encogió de hombros-. Nos conocimos en una de esas fiestas de caridad hace unos años.

-Ya veo. ¿Y?

-¿Y qué?

-¡Athena! ¡Él no diría que no te alejara de él sin razón! ¿Qué sucedió?

-¡Nada! ¿Y por qué tanto interés? ¿Qué te importa a ti?

-No me importa -mintió-. Pero él me ha dicho que tú lo estabas importunando… ¿Es así? Es decir ¿tú…? -odiándose por esa necesidad de saber, por ese sentimiento de desesperación que la embargaba, le preguntó con voz baja-. ¿Sólo coqueteaste con él o…?

-¡No seas estúpida, Paris! ¿Cuánto tiempo hace que me conoces? ¡Toda mi vida! Y si yo quiero a alguien, entonces… -había una mirada calculadora en su bello rostro, y mirando en la dirección por la que Oliver se había ido, murmuró casi con perversidad-. Y pagará por eso.

-¿Por qué?

-¿Cómo se atreve? Yo…

-¡Athena! ¿Qué pasó?

-¿Qué crees que pasó? Por supuesto que tuvimos una aventura. ¿Contenta? ¿Es eso lo que querías saber?

Paris sintió frío, se sintió enferma, como si le hubieran sacado el aire, y susurró:

-¿Una aventura?

-Sí. ¿Por qué no? ¡Les gusto a los hombres!

-No le gustabas a él ahora…

-No. Ya sé -dijo con una sonrisa rencorosa-. y definitivamente pagará por ese pequeño error. Conozco a mucha gente en el mundo del cine, y él no es tan grande como para no poder ser derribado.

Horrorizada, y sintiéndose aún más enferma, susurró:

-Oh, Athena.

-¿Qué? No seas tan amable. Él merece todo lo que le pueda suceder. No había ninguna necesidad de hablarme como si…

-¿Como si qué?

-¡Nada!

No podía olvidarlo, necesitaba saber, así que preguntó:

-¿Cuándo fue esa aventura?

-No hace mucho. Yo me sentía sin amor en ese momento, no deseada; tú sabes lo que es eso.

-¿Y?

-¿Y qué?

-¡No estoy jugando, Athena! ¿Cuánto duró?

-No duró. ¡Fue breve y eléctrico! -dijo y se volvió, pero Paris la detuvo.

-¿Hace cuánto tiempo?

-¡Oh, por Dios! ¿Importa? ¡Tengo que irme!

-¡Sí, importa! ¿Hace cuánto? -insistió.

-¡Hace unos años! Dos, si te interesa -murmuró.

-¿Dos años? -repitió Paris con incredulidad-. ¡Pero ya estabas casada con Chris!

-¿Y? ¡No sé por qué te sorprende tanto! Estábamos pasando por un mal momento.

-¿Lo sabe Chris? -tal vez esa era la causa de su conducta…

-Bueno, ¡por supuesto que no! ¡Y tú no se lo dirás!

-No -aceptó ella sin entusiasmo-. ¿Pero entonces por qué Oliver se ha comportado así? ¿Por qué…?

-¿Por qué no me quiere cerca? Porque no le gusta que sus «víctimas» hablen, por supuesto.

-¿Y tú tenías la intención de hacerlo? -preguntó con dolor. Además, ¿contárselo a quién? ¿A ella? Porque él no quería que ella supiera que... ¿Porque él esperaba que Athena fuera discreta y no le dijera nada a ella y su hermana se negaba a prometerlo? Eso podría ser la causa de su enojo.

Su hermana siguió andando y Paris corrió detrás de ella. Distraída, confundida, herida, y muy enojada. Deseaba ir a acusarlo, a golpearlo, pero se fue detrás de su hermana. ¿Por eso Athena tenía tanta prisa? ¿Por si aparecía Oliver? ¿Temía que él la castigara por su

indiscreción?

-¡Athena! -la llamó con frustración-. ¿A quién pretendes contárselo?

-¡No lo he decidido! -sin disminuir el paso, ella gritó-: ¡No me puedo detener! No quiero perder el avión.

-No -aceptó Paris. Se sentía amargamente utilizada, y se preguntó si vería el nombre de su hermana impreso en todas las revistas. Cualquier publicidad era buena, y si ella quería hacerse un nombre… Oh, Dios. Rápidamente la alcanzó y le preguntó:

-¿Y quién va a pagar?

-¿Mmm?

-No me mires con esa cara de inocencia, Athena. ¿Quién va a pagar? ¿Yo?

-¡Oh, no seas tan quisquillosa, Paris! ¡Te devolveré el dinero! -llegó al vestíbulo, se volvió para darle a su hermana un abrazo rápido, luego abrió la puerta de cristal, se detuvo, buscó a tientas en el bolsillo de su pantalón, y le dio una pequeña tarjeta verde-. Te llamaré -añadió rápidamente-. Tal vez puedas venir en Navidad. Adiós. Cuídate -salió corriendo, dejó a Paris mirando distraída la tarjeta de crédito verde, y el horror que debió de sentir por las acciones de su hermana no se materializó.

-¡Athena! -gritó con apremio. Se apresuró detrás de ella, la tomó del brazo y no supo qué decir. -¿Realmente tuviste una aventura con él? -era casi una súplica de una negativa.

-¡Por Dios! ¿Realmente importa? -lanzó una rápida mirada sobre el hombro de Paris y murmuró con impaciencia-. ¡Me tengo que ir! -subió deprisa al asiento trasero del coche que la estaba esperando Y cerró la puerta.

Paris se sintió vacía, estúpida, enferma. Observó; que partía el coche. Su hermana le dijo adiós con la mano. ¿Sabría Oliver que eran hermanas? ¿Lo sabría cuando le había hecho el amor la noche anterior? Sí, por supuesto que lo sabía. Por eso había estado reacio.

¿Y le había parecido divertido? Se dio cuenta de que todavía tenía en la mano la tarjeta de crédito y se la metió en el bolsillo con un movimiento casi asustado, como si pudiera, sin su conocimiento ni su consentimiento, generar más deudas. Regresó al interior. Sintió frío.

Oh, tonta, Paris, estúpida. ¿Por qué no le habría dicho Oliver que conocía a su hermana? ¿Le habría susurrado a Athena todas esas palabras que le había susurrado a ella? ¿La había besado como a ella? ¿Le había hecho el amor…?

Cerró con fuerza los ojos. ¿Había confundido a las hermanas? ¿Por algún breve instante había pensado que ella era Athena? ¿Por eso

había dudado? ¿No porque él era una estrella famosa y no quería hacer el amor con nadie, sino porque de pronto se había dado cuenta de que era hermana de Athena.

¿Y ahora él estaba en algún lugar, esperando? Y ella no podía irse, porque no había hecho las maletas y su pasaporte estaba en su habitación… Abrió los ojos, miró hacia arriba y se sobresaltó porque él estaba parado justo tres escalones más arriba. Esperando. Por eso Athena se había marchado tan precipitadamente. Lo había visto allí parado.

Trató de escaparse, cansada de tanto dolor.

-¡Paris!

Sin levantar la cabeza, ella lo ignoró y siguió subiendo.

-¡Paris! -él tenía el rostro serio, como el de ella, la tomó del brazo y la hizo girar para mirarla de frente-. ¿Qué te ha dicho?

-¡Nada! ¡Y suéltame! ¡Tú lo sabías! -lo acusó llorosa-. ¡Tú lo sabías!

-¿Sabía? ¿Sabía qué? -preguntó él sin comprender.

-¡Sabías! -gritó ella. Se volvió y subió corriendo los escalones restantes y siguió por el corredor hasta la habitación.

Metió la llave en la cerradura, se metió y cerró la puerta.

Tan amigable… ¡adorable! y luego, esa mañana, riendo, bromeando… Sin embargo, si no hubiera sido su hermana, no habría importado. Sí, sí habría importado, pero no habría sido personal. Y si ella se lo preguntaba, ¿lo negaría? ¿Inventaría excusas? ¡Tal vez ni siquiera tenía una excusa! ¡Podría hasta pensar que a ella no le importaba! ¡Bien, pues sí le importaba! Se paseó por la habitación muy herida, enojada, desconcertada. Abrió de golpe la puerta del guardarropa. ¡Haría las maletas, se largaría de allí, se iría a casa, al bienestar, a la seguridad, a un mundo donde los actores no hicieran un caos de su vida!

-Oh, ábrete -dijo entre dientes. Empujó la puerta del guardarropa que estaba atorada. Con los golpes, no oyó que se abría la puerta de la habitación.

-¿Qué está pasando? -preguntó Oliver.

Ella se puso tensa, se negó a mirarlo y continuó dando patadas a la puerta del guardarropa.

-¡No puedo abrir esta maldita puerta!

-¿Por qué quieres abrirla? -preguntó con un desconcierto que la hizo desear golpearlo.

-¡Para hacer las maletas, por supuesto!

-¿Y hacer maletas te pone de mal humor?

-¡No! -gritó-. ¡Me pone de mal humor que se burlen de mí!

-Paris -empezó-, yo no me burlé de ti…

-¡No! -gritó ella-. Yo hice el ridículo, ¿verdad?

–Paris…

-¡No me hables! ¡Ambas hermanas! -ella giró para acusarlo-. ¡Y tú lo sabías!

-¿Perdón? Admito que me excedí al acusar a tu hermana, pero estaba…

-¿Acusarla? -gritó ella-. ¿Acusarla? ¿Y realmente pensaste que tu maniobra iba a funcionar? -preguntó-. ¿Realmente pensaste que mi hermana no me lo diría?

Hubo un pequeño silencio, un silencio muy desagradable.

-¿Decirte qué? -preguntó él en voz baja. Haciéndola girar, él la tomó por los hombros y miró su rostro furioso-. ¿Decirte qué?

-¡No me toques! -gritó-. ¡YO no acepto los deshechos de mi hermana! -entornó los ojos-. ¡Y decías que ella te estaba molestando! -gritó ella-. ¡Decirle que mintiera es mucho peor!

6

OLIVER tenía los ojos en blanco. Se metió las manos en los bolsillos y preguntó con incredulidad:

-¿Realmente me estás acusando de haber tenido una aventura con tu hermana?

-Sí.

-¿Y también me acusas de haber sabido que era tu hermana?

-Sí.

-¿Y cuándo se supone que sucedió esa supuesta aventura?

-¡No es supuesta! ¿Y cómo puedo saber cuándo sucedió? Yo no estaba allí, ¿verdad? -como él continuaba en silencio, ella agregó con enojo-. Hace dos años y por eso tú rompiste nuestro… el… Dijiste que tenías que irte porque de pronto te habías dado cuenta de lo que estabas haciendo, ¿no? Porque todavía te quedaban restos de ética y te diste cuenta de que no estaría muy bien seducir a ambas hermanas.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-¿Seducir? -preguntó él con suavidad-. Tú me desprecias, ¿no es así? Yo pensé que habíamos quedado de acuerdo antes en que habías sido tú quien me había seducido. Porque tú estabas ebria.

-¡Cállate! ¿Y le preguntaste a ella si estaba satisfecha? -dijo ella nerviosa, asustada, sintiéndose herida en su interior, deseando no haber dicho nada, deseando que él no pareciera pensar que el asesinato podría ser una opción agradable. Se volvió y comenzó a tirar frenéticamente la puerta del guardarropa. Él cerró un puño y golpeó sobre la cerradura; la puerta se abrió dócilmente.

-Gracias -dijo ella apretando los dientes.

-Ha sido un placer -dijo él con frialdad.

Miró sin ver la ropa. Ya sin la furia que había sentido antes. Susurró:

-¿Fue por Athena?

-¿Qué?

Paris nunca hubiera creído que tanta frialdad pudiera ser impuesta en una simple palabra. Tanto desprecio.

-Athena, la forma en que te comportaste esta mañana -con los ojos tristes, llenos de dolor, con las pestañas oscuras húmedas, sabiendo que ella no debía preguntar, pero sabiendo que tenía que hacerlo, se volvió para enfrentarse a él-. ¿Fue así con ella?

El se puso tenso. Sin una palabra, se enderezó, la abrazó, miró el rostro sorprendido de ella y la besó con brutalidad inflexible. La empujó para que siguiera su camino y le ordenó llanamente:

-Ahora puedes hacer comparaciones. y si una palabra o una frase o

una amenaza aparece en la prensa, haré que desees no haber nacido.

Él abrió la puerta y salió de la habitación.

-Ya lo deseo -susurró ella.

Sentía un nudo en la garganta. Las lágrimas temblaban en sus pestañas y ella las enjugó rápidamente. Oyó sus pisadas, que se alejaban por el corredor. Y luego el silencio. Se quitó las manos de la boca y con una determinación que ella no sabía que poseía, arrastró su maleta y guardó sus pertenencias rápidamente. Recogió rápidamente. Recogió sus objetos de baño de la habitación como un autómata. Había sido tan tonta, se dijo. Tan increíblemente tonta. Y todavía lo deseaba. El Oliver de ayer. Y Oliver ya estaba fuera de su alcance. Siempre había estado fuera de su alcance.

Ella había estado bien hasta que lo había conocido. Feliz, contenta, y ahora había que mirarla. Comportándose de una manera que era totalmente extraña a su naturaleza. Él debía de odiar la, porque pensaba que Athena y ella habían estado conspirando contra él. Del mismo modo que ella lo odiaba a él por haberla utilizado. Y porque ella le había recordado que había utilizado a su hermana de una manera similar. O que su hermana lo había utilizado a él. No importaba eso realmente. Sólo que había sucedido. y todo era tan estúpido, porque de cualquier forma ella no quería a un actor, y ciertamente él no la quería a ella.

Con un hondo y doloroso suspiro, sin saber ya qué pensar, cuál sería la verdad, miró a su alrededor, para asegurarse de que no había olvidado nada y recogió su maleta y su bolso de mano.

La recepcionista le dijo que George ya había pagado la cuenta. Se había marchado hacía una hora y le había dejado a Paris una nota. La recepcionista se la entregó y añadió que los demás también se habían ido. París era la última. Ella supuso que era de esperarse, durante toda su vida siempre había sido la última. Recogió sus botas y su impermeable y se dirigió a su automóvil.

Era doloroso, difícil. Pero ya había terminado. Podía irse a casa, tratar de olvidarlo. Y si George enviaba una invitación para una exhibición privada de la película. Recordó la nota de George y la abrió. Eran sólo unas cuantas líneas para darle las gracias una vez más y desearle lo mejor. Decía que él la recomendaría a otras personas, que él mismo utilizaría sus servicios si los necesitaba. Ella esperaba que no hubiera necesidad. Encendió el motor, sacó el coche del aparcamiento y se dirigió al aeropuerto.

El mismo tiempo que había azotado Portugal todavía ensombrecía Inglaterra, y sintiéndose infinitamente deprimida, frágil, algo mareada

por la turbulencia del vuelo, tomó el tren a Victoria y luego un taxi que la llevó a su apartamento en South Kensington. Se sentía cansada, ligeramente agotada. Miró críticamente su coche, no vio abolladuras y mentalmente se disculpó con su hermana, que lo había estado utilizando. Arrastró su maleta por los tres escalones de la entrada y encontró a Oliver esperándola allí. Lo miró y le preguntó, temblorosa:

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Esperándote -dijo él con el ceño fruncido, quitándole la maleta de la mano. Preguntó aún con el ceño más torvo-. ¿Las llaves?

Demasiado sorprendida como para resistirse, ella se las entregó.

Él abrió la puerta, dejó la maleta en el pasillo y esperó casi con paciencia burlona a que ella entrara. Luego cerró la puerta.

-Quiero que te vayas.

-Mala suerte. Tenemos que hablar.

-¡No, no tenemos que hablar! -luchando por mantener el control, la compostura, cerró brevemente los ojos, los abrió y se forzó a mirarlo. A mirar su rostro severo, increíblemente atractivo. En sus ojos había un brillo de furia y ella luchó para recuperar su disgusto inicial-. Muy bien -aceptó al fin-. ¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

-Para empezar, deja de comportarte como una niña. ¿Dónde está la sala? ¿Por aquí? -sin esperar respuesta él caminó por el pasillo y abrió una puerta. La cocina-. Esto está bien.

-¡No, no está bien! ¡No te quiero aquí, Oliver! -enojada, frustrada, desesperada, caminó a grandes pasos detrás de él-. ¿Qué parte estás interpretando ahora? -preguntó con amargura.

-¡Cállate, Paris, cállate!

-¡No! Dijimos todo lo que había que decir, en Espinho.

-Tú dijiste todo lo que tenías que decir en Espinho -corrigió él llanamente-. Y ahora quiero una aclaración. Tú pareces estar confundida…

-¡YO no estoy confundida! -negó ella agitadamente-. Tú no me quieres, yo no te quiero. No hay nada más qué decir.

-Hay mucho que decir… ignóralo -ordenó él cuando el teléfono sonó y ella se volvió automáticamente para contestarlo.

-No -regresó por el pasillo y tomó el auricular, escuchó, se puso tensa y miró a Oliver-. Es para ti.

El rostro de él se volvió aún más torvo. Tomó el auricular de la mano de ella, le rugió al infortunado Henry que estaba del otro lado de la línea.

~¡Maldición! -explotó-. Está bien, está bien… -dejando escapar un suspiro amargo, colgó el auricular-. Me tengo que ir.

Bien, pensó ella.

-Pero regresaré -prometió con una sonrisa que no se debía en absoluto al buen humor o a la amabilidad. Ella había pensado que lo había conocido en todos sus estados de ánimo, pero no había visto éste y no deseaba verlo nuevamente. El abrió la puerta de entrada y se fue dando un portazo.

Paris dejó escapar toda la energía nerviosa, se apoyó en la pared y deseó que hubiera una alfombra mágica que la llevara para siempre fuera de la órbita de Oliver. Sintiéndose agotada, casi enferma, se quitó el abrigo, lo tiró sobre la maleta y encendió la calefacción. Sentía mucho frío y un horrible vacío en su interior. Se dirigió a la sala, metió las manos en los bolsillos de su falda y descubrió la tarjeta de crédito que Athena le había dado. Mirándola con renovada desesperación, la puso en la repisa de la chimenea. ¿No terminaría esa pesadilla nunca? La tarjeta verde tenía que pagarse completamente, ¿no? Ella no tenía facilidad de crédito como otros. ¿Cuánto sería? Se preguntó temerosa. ¿Mil libras? ¿Dos mil? Oh, no, no tanto, por favor. Y eso no era justo, ¿cuándo iba a ser su turno para la felicidad? ¿Cuándo sería su turno? ¿Nunca?

Miró a su alrededor, su querida sala, vio la maceta que estaba cambiada de lugar, la foto de Athena y Chris, que había sido prominentemente colocada en el buró, y quiso llorar. Le gustaba su apartamento, era grande, soleado, tenía un amplio pasillo de entrada, dos dormitorios, una cocina grande y un baño. Tenía unas puertas francesas que daban a una pequeña terraza. Había ahorrado y se había ajustado a lo estrictamente necesario para poder comprarlo después de dejar a Rupert, y ahora todo parecía perdido. Hasta podría tener que renunciar a él. Tal vez se estaba asustando sin necesidad, tal vez Athena no había utilizado su tarjeta para pagar el avión… Tal vez. Y en su mente, permanecía esa pequeña vocecita que repetía «ambas hermanas», una y otra vez.

¿Qué había querido él? ¿Por qué había ido allí? ¿Para darle explicaciones? Pero ella no quería que él le explicara. No quería nada más. ¿Y si el teléfono no hubiera sonado? Tenía que acordarse de agradecerle a Henry el haberla salvado. Movió un montón de revistas del sofá, se sentó y miró a la nada. La buena de Paris, que estaba para ser pisada, recogida y tirada como un zapato viejo. Todo era culpa suya. Sí. No era un pensamiento reconfortante. ¿Y cómo, por Dios, iba ella a pagar todo? y también tenía que pagar el recibo del teléfono. Porque estaba segura de que Athena había llamado a Estados Unidos más de una vez y su hermana no sostenía conversaciones cortas, especialmente si no estaba hablando desde su propio teléfono. No. Las únicas cosas que hacía breves eran las conversaciones con ella. Y la

aventura con Oliver, breve, pero eléctrica.

Sintió una oleada de angustia en su rostro. Con un grito desesperado, se cubrió la cara con las manos, se entregó a su angustia y lloró como si realmente su corazón se hubiera roto.

Durante las siguientes semanas, con terquedad y determinación, se recuperó, enjugó sus lágrimas, tomó cada trabajo que le llegaba, no sólo en un esfuerzo para pagar las deudas sino para limpiar su mente de Oliver. No le habló a nadie de sus problemas. En silencio, trató de solucionar todo, aunque era extraordinariamente difícil disfrazar la tensión nerviosa y la preocupación.

Y Oliver no iba a verla.

Diciembre se presentó mal. Las cuentas continuaron acumulándose en una proporción terrible y, a mitad del mes, trabajando todas las horas que podía, se sintió agotada, consumida. No sólo estaba trabajando para la agencia, sino que tomaba cualquier trabajo privado que le llegaba. Pronto llegaría la Navidad y tendría que comprar regalos. Ella tenía una tarjeta de Navidad para Athena y Chris, pero nada más. Las tarjetas de Navidad, aunque fueran muy placenteras, no pagaban cuentas. Después llegó la cuenta del teléfono, que era astronómica, como había sospechado. Athena no sólo había llamado a Estados Unidos, sino que Chris la había llamado a ella a cobro revertido.

Miró la cuenta casi con incredulidad, y quiso gritar. Había perdido peso. Había tenido un espantoso dolor de cabeza la semana anterior, que no había podido mitigar ninguna cantidad de aspirinas, y su periodo se había retrasado. Asustada, preocupada, deseó poder acostarse, echarse las mantas sobre la cabeza y esperar hasta que todo pasara. Sólo que por supuesto no podía, porque no pasaría. Puso las cuentas sobre la mesa del pasillo. Se envolvió en el abrigo y salió.

Regresó tarde a casa porque la junta de negocios para la que había estado traduciendo se había prolongado más de lo que había esperado. Salió agotada del taxi que le habían pagado y se preguntó si realmente le quedarían fuerzas para subir los tres escalones a la puerta de entrada. El dolor que se había centrado sobre su ojo izquierdo rayaba en lo insoportable y se forzó a mantener ese ojo cerrado en un esfuerzo para disminuir el dolor. Llegó hasta la verja que cercaba los jardines, descansó allí por unos segundos, buscó la llave y trató de respirar con brevedad porque incluso respirar le dolía. Sólo entonces vio la sombra oscura que se cernía frente a su puerta. Un hombre.

Él se movió, descendió los escalones hacia ella y Paris luchó por mantener el dolor bajo control por un tiempo más. Lentamente, se enderezó apretando con fuerza las llaves en la mano.

7

PARIS? -preguntó Oliver-. ¿Qué estás haciendo, por todos los cielos? ¡Pensé que eras una borracha!

¿Borracha? Sí, oh, cómo lo deseaba. Lo miró, demasiado conmocionada como para que le importara que él finalmente había llegado. Luego cerró los ojos y mantuvo su mano sobre el ojo izquierdo.

-¿Estás enferma? -se acercó y permitió que la luz del porche la iluminara, tocó su brazo y exclamó-: ¡Por Dios, París, estás muy mal!

-Gracias -susurró ella débilmente-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Esperándote, por supuesto. ¿Dónde te has metido? Te llamé a la agencia y no estabas allí, nunca contestas tu maldito teléfono, tu puerta siempre…

-He estado ocupada…

-Ya lo veo -dijo él enojado-. Por Dios, mujer… -se interrumpió y le quitó las llaves de la mano, puso un brazo alrededor de ella y la ayudó a subir.

-No enciendas las luces -musitó ella.

Él emitió un sonido gutural, recorrió con cuidado el pasillo oscuro y la ayudó a entrar en la sala. La ayudó a sentarse en el sillón y regresó a encender la luz del pasillo de manera que por lo menos pudiera ver lo que estaba haciendo; luego se colocó frente a ella y observó su rostro pálido.

-¿Qué te has hecho? -frunció el ceño y se acercó, se inclinó para tocar su barbilla, se negó a permitir que ella lo rechazara y miró su rostro cansado-. Oh, Paris…

Ella trataba de ignorarlo con los ojos cerrados. Mientras no lo mirara, no viera su apariencia, la forma en que estaba vestido, su expresión, podría arreglárselas. Pero no podía, no creía que pudiera arreglárselas para nada. El dedo de él la quemaba y deseaba descansar su cabeza contra ese pecho fuerte, deseaba ser animada, confortada.

-¿Qué tienes? -preguntó él con gentileza, una gentileza que casi la deshacía. Ella había logrado apartarlo a lo más profundo de su mente y persuadirse a sí misma de que ya no lo vería más, de que ya no se sentiría afectada por su causa, y ahora estaba ahí, desarmándola nuevamente. Y la cabeza le dolía tanto… Era un dolor que empezaba a asustarla.

-Dolor de cabeza -murmuró-. No es nada. Hay unos calmantes en el armario del baño.

Él fue a conseguirlos y regresó momentos después. Le entregó un vaso con las dos tabletas disueltas en agua.

-Te prepararé un té.

-Sí -aceptó ella agradecida.

Derrumbada en el sillón, demasiado exhausta para moverse y sintiendo tanto dolor, lentamente se tomó la mezcla arenosa. Era consciente de que Oliver regresaría, pero necesitaba demasiado esfuerzo para abrir los ojos.

-No tienes leche -exclamó, parecía desesperado-. ¡No tienes nada! El refrigerador está vacío, las tazas…

-No he tenido tiempo de ir de compras.

-¡Tienes que comer, maldición! ¿No hay nada abierto a esta hora de la noche?

-No creo -dijo ella sin interés.

-Iré a ver.

-No tienes que… -empezó ella, pero ya no se molestó. Oliver obviamente haría lo que quisiera. Oyó que la puerta de entrada se abría y se cerraba, oyó los pasos en el camino y ella siguió sosteniendo en sus manos el vaso vacío. Se rindió al dolor y al cansancio que se cernía sobre ella. Minutos después, él estaba de regreso con una botella en las manos.

-Había unos vecinos en la escalera y les he pedido un poco de leche.

-Sí -aceptó ella sin interés, y pensó en la sorpresa que debían de haber sentido al ver al famoso Oliver Darke pidiendo prestado algo de leche-. Gracias -incapaz de continuar, porque el más ligero movimiento de la boca empeoraba el dolor, se sintió muy agradecida cuando él dejó la botella y cuidadosamente la levantó y la llevó hasta su habitación. Le quitó el abrigo y los zapatos, la recostó, la cubrió con la manta y le dijo en voz baja:

-Voy a preparar un té y luego llamaré a un médico.

-No hay necesidad…

-Sí hay necesidad.

Ella no supo si se desmayó o simplemente se durmió, pero lo siguiente que vio fue a un hombre alto, que guardaba el estetoscopio en su maletín negro. Obviamente había terminado el examen. Cuando él vio que estaba despierta, le sonrió, la acarició con la mano de un modo paternal, sacó una pequeña linterna y cuidadosamente le revisó cada ojo.

-¿Qué le pasa?

Ella le explicó con sobresaltos el dolor detrás de los ojos, el cansancio… De alguna manera, el hombre logró hacerla hablar de todo el trabajo extra que había estado realizando, la falta de tiempo o la energía para comer, y la miró con reprobación.

-No muy inteligente, Miss Colby.

-No -pero inevitable.

-¿Ha estado preocupada?

-Sí -admitió ella. No confesó que se había retrasado su período, que no había llegado ese mes. Era otra preocupación, pero podría deberse a la presión bajo la que había estado. Sí. No necesariamente significaba que estuviera embarazada. Alejó el pensamiento y esperó. Él asintió, retiró su luz y se levantó.

-No es grave -le aseguró-, se llama estrés. Deje de preocuparse, coma bien, duerma bien y pronto se sentirá mejor. Si no lo hace, no se recuperará -le advirtió el médico-. Si se abusa del cuerpo, éste se rebela. Le dejaré algunas tabletas, pero si el dolor persiste, dígale a Oliver que me llame.

Ella abrió la boca para decirle que Oliver no estaría allí para llamar, pero no tuvo oportunidad porque él salió en silencio con una última sonrisa. Ella oyó un murmullo bajo de voces y minutos después entró Oliver con un vaso de agua y un frasco de tabletas. Se acomodó a un lado de la cama, donde se había sentado el médico, la miró y dijo tranquilamente y con reprobación.

-Me has dado un buen susto. -Lo siento.

-Debes sentirlo. Aquí están las dos tabletas que debes tomar.

Puso un par en la palma de la mano y se las entregó a ella. Luego, le entregó el vaso de agua. Le puso una mano gentil en la nuca y cuando ella se tragó dócilmente las tabletas, él la acomodó de nuevo en la almohada.

-Duérmete -él parecía increíblemente cansado. Estaba cansado, notó ella-. Duérmete.

-Oh, pero… -empezó Paris con preocupación. Él la arropó con calidez y repitió llanamente:

-Duérmete -salió en silencio y cerró la puerta.

Ella cerró los ojos, permitió que una sola lágrima rodara por su mejilla. Oh, Oliver.

Cuando despertó, una luz verde se filtraba a través de las cortinas y el dolor se había reducido a una pequeña molestia. Entonces recordó que Oliver había estado allí, que todavía estaba allí, descubrió ella cuando se abrió lentamente la puerta del dormitorio. Él miró al interior, vio que ella estaba despierta y su voz, tan vacía como la noche anterior, preguntó:

-¿Cómo te sientes?

-Mucho mejor -susurró ella-. ¿Qué hora es?

-Las siete y media.

-Oh, Oliver, no tenías que venir tan temprano.

-No lo hice. Dormí en la otra habitación. ¿Una taza de té?

-Por favor -aceptó ella sin poderlo evitar. ¿Había dormido allí? ¿Toda la noche? ¿Y por qué? ¿Porque estaba preocupado por ella? ¿Se sentía responsable? Era una locura. Antes de que ella tuviera oportunidad de cuestionarse más cosas, él regresó con una de sus mejores tazas chinas.

-Siempre sabe mejor en taza de fina porcelana -comentó, poniendo la taza con cuidado sobre la mesita de noche-. ¿Necesitas ayuda para sentarte? -sin esperar respuesta, él deslizó el brazo detrás de ella, la levantó con cuidado y acomodó las almohadas-. ¿Estás mejor?

-Sí.

Su sonrisa era distante, casi mecánica; su comportamiento atento, pero sin emoción.

Paris tomó la taza; necesitaba algo que la distrajera de él. Frunció el ceño al ver que llevaba puesto el suéter.

-Todavía estoy vestida.

-Sí. Pensé que no querrías, que yo… -se interrumpió y se encogió de hombros. Ella miró y continuó en voz baja-. No pude regresar antes. He estado fuera.

-No importa…

-Sí, Paris, sí importa.

¿Importaba? ¿Por qué? No deseaba discutir nada y murmuró con voz grave:

-Gracias por… bueno, por todo lo que has hecho.

-¿Realmente crees que te habría dejado sola? ¿Enferma? ¿Con tu dolor? Sí, ya veo que lo crees…

-¡No! -exclamó ella y luego cerró los ojos-. No -repitió en voz más baja.

-¿Porque no habría hecho menos por un perro?

Ella lo miró, suspiró y meneó la cabeza levemente.

-Vete, Oliver, por favor.

-Todavía no -todavía mirándola, él preguntó con voz baja-. ¿Cuánto debes, Paris?

Sorprendida, con los ojos muy abiertos, ella negó sin pensar.

-¡No tengo deudas!

-¿No? ¿Entonces por qué necesitas trabajar casi hasta matarte?

-Yo no he… -suspiró y preguntó-. ¿Quién te dijo que tenía deudas? ¿William?

-No. Él sospechaba que tenías deudas. Estaba preocupado por la cantidad de trabajo que habías aceptado, pero no quería entrometerse.

-¿Y tú no tienes los mismos escrúpulos?

-Obviamente no -dijo él con un gesto amargo de la boca-. Vi tu

cuenta del teléfono. Y antes de que me acuses de entrometerme en tus papeles privados, te diré que se resbaló de la mesita del pasillo y cuando lo recogí… ¡Dios, Paris, parece la deuda nacional! Docenas de llamadas a Estados Unidos… ¿A quién llamabas, por Dios? ¿Al presidente?

-No seas tonto, yo no conozco al presidente. Ni conozco a nadie en Estados Unidos, excepto…

-¿Excepto? -preguntó él.

-Nada.

Él siguió observándola y finalmente preguntó:

-¿Tu hermana?

Como ella no contestó, ni siquiera lo miró, él continuó:

-William dijo que se quedó aquí mientras tú estuviste en Portugal. ¿Fue ella quien te endeudó?

-No es asunto tuyo -murmuró ella.

-¿No? ¿No crees que tus acusaciones lo convierten en asunto mío?

Los ojos de ella permanecían obstinadamente bajos, meneó la cabeza. ¡No quería hablar de Athena! y ciertamente no deseaba una discusión sobre lo que había sucedido en Portugal.

-Necesito levantarme, bañarme, lavarme el pelo…

El suspiro.

-Muy bien -aceptó finalmente-. Si realmente te sientes mejor. ¿Qué quieres para desayunar?

Sintiéndose indefensa y vulnerable, simplemente lo miró.

Él la miró también y luego le sonrió. Hubo un ligero rastro del viejo Oliver, del Oliver del que ella seguía desesperadamente diciéndose que no estaba enamorada. No podía estar enamorada de él.

-Envié a Henry a la compra; irá cuando abran las tiendas. Te manda saludos; y antes de que me acuses de autoritario, también llamé por teléfono a William para decirle que no ibas a ir por una semana.

-¡Pero tengo que ir!

Él negó con la cabeza.

-El desayuno. ¿Huevos con tocino? ¿Cereales?

-¡Oliver! -protestó ella-. Te estoy muy agradecida por lo que has hecho, ¡pero no puedes meterte así en mi vida!

-Ya lo he hecho. Ve a bañarte -él se levantó y salió.

-Ni siquiera sé por qué te estás tomando tantas molestias por mí.

-¿No? -se volvió para preguntar.

-No. ¡Yo no soy especial! No vale la pena…

Oliver no dijo nada. Cerró la puerta y ella oyó que caminaba hacia la cocina. Paris se desplomó débilmente y suspiró. Dios, qué lío, y él

parecía tan… distante. Como si alguien lo hubiera herido. Ella no. Frunció más el ceño, sintiéndose más débil de lo que hubiera deseado. Se vistió, se puso unos pantalones negros y un suéter azul pálido. Estaba agotada. Se dejó el pelo húmedo y sólo lo frotó con una toalla. Luego se dirigió despacio a la cocina, horrorizada al darse cuenta de que necesitaba apoyarse en la pared. La radio estaba puesta. Un sol débil exploraba la maceta de la planta sobre la repisa de la ventana y Oliver ponía el té en la tetera. Era una escena doméstica que se representaba cada mañana en todo el país, excepto que mucha gente no tenía un actor famoso haciendo el papel de ama de casa. Ella deseaba saber por qué era así. Deseaba sentirse lo suficientemente fuerte para arreglárselas con él, para negar sus sentimientos. Los sentimientos que la envolvían en una ola y la dejaban débil y llorosa.

Él se volvió y la miró largamente sin sonreír; sacó una bandeja del horno y la puso sobre la mesa.

-¡No puedo comerme todo eso! -protestó ella al ver huevos, tocino, pan frito, tomate y salsa.

-Inténtalo. No sé dónde habrá ido Henry, pero mientras te duchabas ha aparecido con un montón de provisiones.

Se sentó débilmente, más que contenta de poder hacerlo. Miró la comida y luego lo miró a él.

-Inténtalo -la persuadió él con suavidad.

Colocó una taza de té recién hecho para ella y añadió.

-Te dejaré comer en paz.

Para su sorpresa, ella logró comerse casi todo. Luego hizo a un lado la bandeja, se quedó con la taza entre las manos y se preguntó qué hacer. Sentía la mente nublada, confusa, atontada y continuó con la mirada perdida en la taza de té. Descubrió que no tenía ni un pensamiento constructivo. Ya no se sentía enferma, sólo débil. Todavía sentía el dolor detrás de los ojos, pero ahora era un dolor sordo. Sólo un recuerdo.

-¿Has terminado?

Ella se sobresaltó porque no lo había oído entrar.

-Sí, gracias.

-Bien. Vea la sala, estarás más cómoda.

Ella abrió la boca y la cerró sin poderlo evitar. Era más fácil hacer lo que él decía. Se sentó en el sillón, el sillón en el que se había desplomado la noche anterior. y miró a su alrededor. Tomó una de las revistas que Athena había dejado y sólo miró la portada.

Oliver llegó y la miró. Había una luz bastante triste en sus ojos que ella no detectó; se dirigió al buró y vio la fotografía enmarcada que había encima.

Ella lo observó por el rabillo del ojo y se puso a la defensiva.
-Éste es Chris Lowery, ¿no?
-Sí. Mi cuñado.
-Con tu hermana.
-Sí.
-Bonita chica -comentó él con un tono casi de desprecio.
-Si
-A la que no había visto en mi vida hasta que nos encontramos en Portugal -puso la fotografía en su sitio y se volvió para mirar a Paris.
No parecía que estuviera mintiendo. Su expresión era honesta, abierta… Bueno, eso no quería decir nada. Él era un actor.
-Athena no miente -dijo ella en voz baja, desesperada.
-¿No?
-No -pero sí mentía, algunas veces, cuando quería librarse de hacer algo. ¿Pero para qué mentir en ese caso? ¿Respecto a Oliver? No tenía sentido-. ¿Por qué iba a mentir? -preguntó con perplejidad.
-No tengo ni idea.
Todavía mirándolo, Paris recordó algo que él había dicho. «Algunas veces deseo algo». Eso había dicho. ¿Deseo por qué? ¿Por algo que no había obtenido?
-¿Por qué frunces el ceño? -preguntó él con tranquilidad.
Ella parpadeó y meneó la cabeza.
-Por nada.
-¿Estás bien? -preguntó él atento.
-¿Qué?
-¿Estás bien? -repitió él.
El desconcierto de ella fue mayor y dijo:
-No sé lo que quieres decir.
-Sí, sí lo sabes. No seas obtusa; te estoy preguntando si todo está bien.
Dándose cuenta de pronto de lo que él quería decir, se ruborizó y luego se tranquilizó.
-Oh. Sí -no era necesariamente una mentira, ella podía estar bien, probablemente lo estaba.
-¿Segura?
-Sí -dijo ella con determinación. ¿Cómo podía decirle otra cosa? «Bueno, no, realmente se me ha retrasado el periodo un par de semanas, pero no te preocupes, no es tu problema. No le contaré la historia a los periódicos»-. Sí -dijo ella-. Estoy bien. El correo.
-¿Qué?
-El correo. Acabo de oír al cartero.
Con una mirada de resignación y preocupación, él fue por la

correspondencia.

Durante las semanas pasadas ella temía la llegada del cartero, temía lo que fuera a traer, pero ahora se sentía agradecida por la interrupción, por poder olvidarse de un asunto que no podía resolver.

-Cuentas -comentó él llanamente y las puso en la mesita del café frente a ella. El sobre de American Express estaba encima y de pronto sintió que el dolor volvía a atacar su ojo.

-¿No las vas a abrir?

-No, lo haré después, cuando me sienta con más fuerzas, más capaz de soportarlo.

Él se inclinó y tomó el sobre.

-¡Oliver! ¡No! ¡No lo abras! -gritó ella furiosamente.

-Demasiado tarde -dijo él arrastrando las palabras suavemente mientras abría el sobre.

-¿Por qué no te metes en tus propios asuntos? ¡No tiene nada que ver contigo! -ella fijaba sus ojos preocupados, casi asustados, en el rostro de él y susurró-: ¿Cuánto?

Ella miró y le entregó el sobre.

-Oh, Dios.

-Harrods, Fortnum and Mason, American Airlines… Tiene gustos caros tu hermana -comentó él inclinándose para recoger los otros dos sobres.

-No todo es de Athena.

-¿No? Es curioso, habría jurado que las fechas eran de cuando estuviste en Portugal.

Ella se mordió el labio y miró la elevada cifra.

-El recibo de la luz -continuó él sin sobresaltos-, bastante razonable, dadas las circunstancias. Y el del gas. ¿Qué más ha gastado tu hermana por ti?

-No sé -susurró ella.

Él observó el rostro pálido de ella y soltó una imprecación. Se dirigió a grandes pasos al teléfono en el pasillo, tomó el auricular y marcó un número con enojo.

-¿Qué haces? -preguntó ella.

-Estoy llamando a Henry.

-¿Henry? -preguntó ella perpleja.

-Necesito mi chequera.

-¿Chequera? ¡No! -gritó ella de repente. Se levantó de la silla, fue al pasillo, sintió una oleada de vértigo y se apoyó débilmente contra la pared-. No -musitó.

Él terminó de hablar con Henry, de darle órdenes, colgó el auricular, la tomó como si ella fuera una niña y volvió a llevarla al

sillón.

-Quédate quieta.

-¡No soy un perro! ¡Y tú no vas a pagar mis cuentas!

-Me devolverás el dinero cuando puedas.

-¡No!

-Entonces no me pagues, no me importa un… -tomó un respiro y puso las dos manos en los brazos del sillón, habló en voz baja, pronunciando claramente, pronunciando cada palabra lentamente.

-Yo voy a pagar esas cuentas. Ahora, ¿cuánto más necesitas?

-Nada -murmuró ella; mirándolo fijamente.

-¿Cuánto?

-¡Nada! -gritó ella-. ¡Puedo arreglármelas!

-¿Cómo? ¿Trabajando hasta que te mueras? ¡No seas tan terca! ¿Cuánto? Yo puedo pagarlo fácilmente.

-¡Ese no es el punto!

-¿No? ¿Entonces qué? ¿Que fuimos amantes?

-No -dijo ella con los dientes apretados. Luchando contra el dolor y la vergüenza, murmuró-. No fuimos amantes.

-No, ¿verdad?

Avergonzada, dolorida, recordando su comportamiento, preguntándose por qué él mostraba tanta amargura cuando ella fue la que había estado… él estaba tan cerca, tan enervantemente cerca, con la boca apenas a unos centímetros de la de ella; ella podía casi sentir la calidez de su piel, su aliento. Temblando, sintiéndose atrapada, preguntó:

-¿Te hace sentir bien, ¿verdad? ¿Ayudar a la gente? ¿Distribuir tu riqueza a los pobres? ¡No soy un caso de caridad! -si él se hubiera sentido herido, disgustado, habría sido más fácil, pero no, su expresión no cambió para nada. Avergonzada, ella soltó-: Lo siento, lo siento… Oh, Oliver, ¿no comprendes? No puedo aceptar tu dinero, endeudarme más. ¡Simplemente no puedo!

-Entonces tómalo como un regalo.

-No.

-Paris -dijo él pacientemente-, con o sin tu consentimiento, yo voy a pagar esas cuentas.

Ella cerró los ojos y se dio por vencida.

-¿Por qué, por qué haces todo esto? ¡No me debes nada! -¿o era la culpa? ¿Era eso? Lo miró escrutadoramente, encontró la determinación de él y se rindió-. Te devolveré tu dinero.

Él asintió, se enderezó, la miró de una forma que ella no entendió y empezó a caminar.

-Iré a fregar los platos.

-Oh, Dios. ¡No tienes que fregar los malditos platos!
-¿Tienes a alguien que te ayude a hacerlo?
-No.
-Entonces lo haré yo.
Era como hablarle a una maldita pared.
-¡No tengo guantes! -gritó ella malhumorada y luego suspiró.
Cinco minutos después, sonó el timbre de la puerta y Oliver fue a abrir. Unos minutos después, regresó con un ramo de flores.
-De William y las chicas de la agencia.
-¿Cómo lo sabes? -preguntó ella agraviada.
-Leí la tarjeta -informó él.
-Sigues metiéndote en todo, ¿verdad?
-Sí. Discúlpame, está sonando otra vez el timbre. Estamos muy ocupados esta mañana, ¿no?
Ella rechinó los dientes y se rindió, rió de nervios y observó las flores.
Oyó que se cerraba la puerta principal y vio a Henry que entraba. También él llevaba flores.
-¿Te sientes mejor? -preguntó amable-. He venido esta mañana, pero estabas ocupada y no he podido esperar.
-Gracias por hacer las compras y todo…
-¿Todo? -bromeó él.
-Tú sabes lo que quiero decir, te agradezco lo de las flores -murmuró ella y las sostuvo en su regazo-. Son preciosas -luego lo echó todo a perder al añadir irritada-. Será mejor que le preguntes a Oliver si tengo algún florero.
Él se rió y llevó ambos ramos de flores a la cocina. Después regresó con la cara artificialmente solemne.
-Dice Oliver que tienes dos que piensa que podrían servir. También dice que, si tienes más flores y deseas usar el florero de cristal, hay que asegurarse de que pongas un poco de lejía en el agua, de otra manera se manchará el cristal. No le hará daño a las flores.
-Oh, Dios -luchando contra lo inevitable, ella lo miró, sintió que se torcían sus labios y se rindió-. Oh, Henry.
-Así está mejor -gruñó él-. ¿Te sientes deprimida?
-Sí -admitió ella.
-Ahora, ¿dónde están esas cuentas que se tienen que pagar? Y no te sientas apenada, todos tenemos problemas en nuestra vida, sólo tenemos que ayudarnos unos a otros un poco, ¿no crees?
Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, buscó un pañuelo.
-Sí -replicó ella gravemente-. No merezco…
-Sí lo mereces -dijo él positivamente. Tomó las cuentas de la mesita

del café. Regresó al pequeño escritorio con el portafolio que llevaba y se sentó para rellenar los cheques.

Ella se sonó con fuerza la nariz, miró a Henry y luego a Oliver, que llegaba con los dos floreros. Puso uno en una repisa y otro sobre el buró.

La fotografía fue relegada a donde había estado originalmente antes de que llegara Athena.

-Las hadas madrinas tienen diferentes disfraces, ¿verdad? -observó ella con voz ronca.

Oliver se volvió.

-Así es. ¿Te sientes mejor? ¿Quieres una taza de té?

Sin saber qué decir, ella asintió.

Cuando él regresó con tazas de té para todos colocadas graciosamente en una bandeja con un mantelito, ella logró sonreír nuevamente.

-Ya veo que tu madre te educó muy bien. ¿Le gustó el pañuelo?

Él asintió con el rostro particularmente solemne.

-Sí, y también dijo que menos mal que no le compré el verde.

Ella sonrió más ampliamente, con un destello en sus ojos. Sus diferencias por el momento estaban olvidadas. Luego preguntó:

-¿Y se lo diste a tu hermana?

Él negó con la cabeza.

-No me atreví. Se lo di a Henry para Navidad, para animarlo un poco.

Se acercó a Henry y se inclinó para firmar los cheques.

Ella lo miró muy consciente de él, de su masculinidad, de su fuerza, de la forma en que se movía. Parecía autoritario, un hombre de negocios, un Oliver diferente; pero ella sabía tan poco de él, cómo era su vida fuera del mundo del cine.

Él la miró, sonrió.

-Discúlpanos por esto, son cosas que tengo que hacer.

-Está bien -dijo ella suavemente, avergonzada por haber sido sorprendida mirando.

Minutos después, con algunas últimas instrucciones para Henry, Oliver regresó con ella.

-Necesito salir un momento, es una audición que se tiene que volver a hacer. Henry se quedará contigo para hacerte compañía y hacerte algo de comer.

-Oh, no hay necesidad… -empezó ella.

-Sí, sí es necesario, no discutas.

Después de que él se fuera y ella comiera lo que Henry le había preparado, Oliver llamó para hablar con Henry.

-Estás pensativo -murmuró ella cuando Henry regresó a la sala-. ¿Algo anda mal?

-Oh, no. No más de lo normal.

-¿De qué se trata?

Henry le sonrió ligeramente y, sin responder directamente, dijo en voz baja:

-Me alegra que Oliver y tú hayáis arreglado vuestras diferencias.

Ella abrió la boca para decir que no habían arreglado nada, pero él continuó antes de que Paris pudiera hacerlo.

-Ha tenido una mala racha últimamente.

Ella frunció el ceño.

-¿Ah, sí? ¿Por qué?

-Ha tenido que terminar una película, viajar -murmuró él vagamente-. Y otra perra que lo acusó de seducirla y abandonarla. Amenaza con ir a la prensa.

Ella se sobresaltó, se le secó la garganta y lo miró sorprendida.

-¿Otra? -¿sería Athena? Seguramente las palabras de su hermana sólo habían sido palabras, no amenazas reales.

-Sí. No me mires así -reprobó él-. Eso no es verdad.

-¿No?

-¡Por supuesto que no! -negó enojado.

-¿Nunca? -preguntó ella tranquilamente-. ¿Ni siquiera aquel artículo de los periódicos del año pasado? Sobre una chica…

-¡Mentiras! -gritó él-. ¡Medias verdades! ¡Insinuaciones! Oliver es escrupulosamente honesto en su trato con la gente. Tiene que serlo, es una figura pública, y a la menor provocación le tiran toda clase de basura. Amenazas de muerte…

-¿Amenazas de muerte? -musitó ella con horror.

-Sí, lanzadas por periodistas.

-¿Y por qué no los demanda? Lo que decía esa chica… él nunca lo negó.

-¿Para qué? -preguntó Henry-. ¿Para complicar más las cosas? Sus amigos del estudio saben que él no se comporta así. Eso es todo lo que a él le importa.

-¿Estás diciendo que nunca tiene aventuras con mujeres?

-No, estoy diciendo que siempre es discreto, siempre cuidadoso.

-¿Y las mujeres normalmente no lo airean?

-¿Lo harías tú?

-No, pero no estamos hablando de mí.

-Pero podríamos, ¿no?

Ella lo miró. ¿Sabría Henry lo que había sucedido entre ellos?

-Tú nunca lo has visto como realmente es -continuó Henry

tranquilamente-. No como yo y algunos cuantos amigos que conocen al Oliver real. El año pasado tuvo una agenda realmente ocupada. Filmaciones, apariciones públicas, obras de caridad, tratar de no permitir que la gente se desanime… y él está cansado. Necesita vacaciones. Sé que la gente piensa que ser una estrella de cine es maravilloso, que es fácil. y en cierto modo lo es. Lo que no entienden, lo que no saben, es de las largas horas, las tomas interminables, el viajar constantemente, el vivir con las maletas…

Sí, ella lo sabía. Su propia agenda había estado bastante ocupada últimamente, pero por lo menos a él le pagaban mejor.

-Levantarse al amanecer, trabajar doce horas al día, y a veces más y, aparte, están sus intereses de negocios. Yo sé que ha estado irritable, temperamental, impaciente, sé que se arrepiente del tono que ha utilizado contigo algunas veces, pero es humano, Paris -se volvió para mirarla-. Es sólo un hombre, la gente espera mucho de él, espera que tenga almacenada una energía inagotable y buena voluntad, es un amigo generoso, un jefe benevolente. Odia las mentiras y odia las farsas. Lo que probablemente pueda parecer una contradicción -dijo de buen humor-, cuando él vive precisamente de eso, pero el hombre que ves en la pantalla no es el de Oliver Darke real. Es pura ilusión.

-Sí -dijo ella, mirándolo escrutadoramente. Luego, le preguntó-: ¿Sabías que tuvo una aventura con mi hermana?

Ligeramente asombrado repitió:

-¿Athena? ¿Tú hermana? ¿La que llegó a Espinho?

-Sí.

Él profundizó el ceño y meneó la cabeza.

-¿Cuándo?

-Hace un par de años.

Frunció los labios, la miró y meneó la cabeza.

-No. Yo llevo cinco años con él y nunca lo he visto con tu hermana.

-Eso no quiere decir que nunca haya tenido un encuentro con ella. Breve y eléctrico -añadió con algo de amargura.

-Entonces, todo lo que puedo decir es que debe de haber sido demasiado breve. ¿Lo acusaste de eso? ¿Por eso ha estado de tan mal humor últimamente?

-Sí. No. Es decir, no sé si ha estado de mal humor por eso.

-¿Él lo ha admitido?

-No.

-Entonces te doy mi palabra de que no lo hizo -dijo él positivamente-. El no te mentiría, Paris.

-¿No?

-No -cambiando de tema, preguntó-. Bien, dime qué necesitas que haga. ¿Limpiar la casa?

-No -negó ella-. No seas tonto -ella se forzó a dejar de lado los pensamientos confusos y lo miró desesperanzada.

-¿Lavar?

Ella negó con la cabeza y una sonrisita asomó a sus ojos.

-No entiendo en absoluto por qué sois tan amables conmigo, ¿sabes?

-¿Ah, no? ¿Porque nos agradas, tal vez?

Sí, pero ¿por qué les gustaba? No podía preguntarlo. Todo era muy extraño e inquietante. A menos que ellos de alguna manera hubieran descubierto que ella pudiera estar embarazada... No, seguramente no. ¿O el doctor había notado algo y se lo había dicho a Oliver? No, eso era ridículo...

-¿Qué? -preguntó ella frunciendo el ceño-. ¿Qué? Lo siento, Henry, no te he oído.

-He dicho que si no quieres que haga nada por ti, podríamos jugar una partida de Scrabble.

-¿Scrabble?

Él asintió y alcanzó el tablero del juego que estaba encima de una estantería.

Arrastró la mesa del café enfrente de ellos y puso el juego encima.

-No he jugado a esto desde hace años.

Ni ella tampoco, lo conservaba porque era un juego que le gustaba mucho a su padre. Con un movimiento de desconcierto, ella escogió sus cartas y las acomodó en la bandeja.

-¿Sabes que la productora aceptó la película de George? -preguntó él cuando ya estaban absortos en el juego.

-Sí, me lo dijo William. Son buenas noticias. ¿Cuándo se va a estrenar?

-Creo que está programada para la primavera... y esa no es una palabra correcta.

-Sí lo es. Xilema. Es la parte de madera de una planta -ella le sonrió, señaló el diccionario que estaba junto a él.

Él buscó la palabra y la miró pensativo.

-No eres tan tonta como dices, ¿verdad?

-¡YO nunca he dicho que fuera tonta!

-He... -él sonrió, levantando la cabeza-. Parece que es Oliver, así que te entrego a su cuidado; te veré mañana.

-¡No soy un paquete!

Él sonrió y salió. Ella oyó el breve murmullo de voces en el pasillo. Luego cuando Oliver entró, regresó toda la tensión nerviosa que Paris

creía que había logrado controlar.

-¿Cómo te sientes?

-Bien.

-¿Henry te ha cuidado bien?

-Sí.

Ella guardó todas las piezas en la caja, dobló el tablero de juego y lo puso en su lugar.

-¿Paris? -preguntó él en voz baja y cuando ella lo miró cautelosa él la miró pensativo-. ¿Estoy haciendo el tonto?

-¿Tonto?

-Sí.

Paris encendió la televisión, ausente, presionando los botones y cambiando los canales.

-Yo no diría que eres tonto -murmuró ella.

-¿No? Tampoco yo lo hubiera dicho hasta hace poco.

Como él no dijo nada más, ella se volvió para mirarlo con cautela, y sintió un ligero temblor cuando él ordenó suavemente:

-Ven aquí.

Ella tragó saliva y meneó negativamente la cabeza, así que él se acercó, puso las manos en los hombros de Paris con gentileza y, sin dejar de mirarla, le preguntó tranquilamente:

-¿Le dijiste algo a Athena sobre mí?

-No -susurró ella.

-No -repitió él pensativo.

Paris estaba tensa, lista para volar y preguntó con voz grave:

-¿Qué le dijiste tú a ella?

-Eso no es importante -dijo él con el mismo tono suave-. Quédate quieta.

-No. Mira, yo no quiero…

-¿No le dijiste que yo podría ser útil?

-¿Útil? No. Y, Oliver, por favor no…

-¿Pero le dijiste que yo estaría allí?

-¡No!

-¿No le dijiste nada?

-¡No!

-No. Ya nos hemos causado bastante dolor, ¿no es así?

Sorprendida, ella respiró profundamente y asintió.

-y desde que te conocí -murmuró ella igualmente tranquila-, nada, nada ha marchado bien.

Él le sonrió brevemente.

-Pobre Paris.

-No te burles de mí, Oliver. Me duele, todo este… lío…

Ella miró escrutadoramente los ojos que la observaban tan fijamente y preguntó:

-¿Querías una aventura conmigo? ¿Es eso? -recordó sus pensamientos anteriores, cuando habían estado de compras en Espinho-. ¿Fui la escogida?

Él parecía sorprendido y meneó la cabeza.

-No lo sé -admitió él-. No sé qué es lo que quería entonces. Me gustabas, me divertías, me excitabas, pero, ¿una aventura? No lo sé -pareció pensativo por un momento y explicó-: Generalmente soy muy cauteloso hasta que realmente conozco a la persona.

-y realmente tú no confías en mí, ¿verdad?

-No te conocía, Paris. Y tú tampoco confiabas en mí, ¿no es así?

-No -admitió ella honestamente.

-¿Y ahora?

-No lo sé -musitó ella. Había tantas cosas sin responder. Se alejó de él porque estar tan cerca, ser mirada de esa forma por él, estaba acabando con toda su determinación, su resistencia; se volvió, miró el televisor y se quedó inmóvil por la sorpresa.

-Eres tú -acusó ella con estupidez.

-Sí.

No sólo lo tenía en su apartamento, sino también en el televisor. ¡Y ella no lo quería tener allí para nada!

8

APAGALO -ordenó él tranquilamente.

-No -alguien le estaba haciendo una entrevista y Oliver ofrecía entrevistas muy rara vez. O eso había dicho Henry. Parecía extraño, irreal. Era atractivo, tranquilo, encantador, pero no era el Oliver que ella conocía, el Oliver que estaba junto a ella.

-Paris…

-No hables, déjame escuchar.

Él lanzó un suspiro largo y salió de la sala.

Él hablaba inteligentemente, seriamente, humorísticamente mientras la entrevistadora le preguntaba sobre el estreno de su película. Era una comedia, una imitación de película del oeste, un personaje que estaba muy alejado de sus papeles habituales…

-¿Estás preocupado por la reacción de tus admiradores?

-No -dijo Oliver con sólo un ligero movimiento de su encantadora boca-. Es una buena película, muy graciosa. Pero no acepté la entrevista para hablar sobre la película -reprobó él humorísticamente.

La entrevistadora sonrió y se puso seria para indicar que se iba a hablar de un asunto serio. Para sorpresa de Paris cambiaron del estudio a una filmación exterior de África, a deprimentes escenas de niños que se morían de hambre, a un Oliver vestido de safari. Ella cínicamente trató de decirse a sí misma que lo hacía con fines publicitarios. Pero sabía que no era así. Parecía genuinamente cansado, desaliñado, como si hubiera estado recorriendo aldeas durante días, sin dormir. ¿Por eso estaba tan cansado y bronceado cuando llegó a su puerta? ¿Porque acababa de regresar de África?

La cámara se acercó para tomarlo arrodillado junto a un niño muy flaco y probablemente agonizando y Oliver desvió el rostro. ¿Porque no deseaba que su rostro fuera conocido por el mundo con una expresión de dolor?

Momentos después caminaba por una cabaña con gafas oscuras que escondían sus ojos. Y luego empezó a hablar sobre su trabajo, sobre lo que se necesitaba hacer, sobre cómo tenía que hacerse, cómo debían utilizarse las donaciones que todos enviaban generosamente. Y luego regresó al estudio.

-Terrible -dijo la entrevistadora.

-Sí.

-Fue muy generoso por su parte renunciar a…

-No exagere -gritó Oliver-. ¿Qué hay de generoso en eso? Nada. ¡Nada hay de generoso! Y hasta que los gobiernos, el de nosotros y el de ellos, hagan algo, esa gente seguirá muriendo. Se supone que ésta es una temporada de buena voluntad… Y lo es -añadió más

tranquilamente-. Nuestra buena voluntad, permitamos que sea de ellos también. Lo siento -se disculpó-, pero me enfurece tanto... Y me siento tan inútil.

-Gracias, Oliver Darke -dijo la entrevistadora solemnemente-. Y ahora, en una nota más ligera…

Paris apagó el aparato, dejó que el silencio la rodeara, oyó un leve movimiento a sus espaldas y se volvió.

-No quiero hablar de eso -dijo él en voz baja.

-No -dijo ella mirándolo a los ojos, sabiendo que había lágrimas en los de ella, tragó saliva y bajó la mirada-. Oliver…

Él se acercó a ella, la abrazó y la frotó como para calentarla.

-Lo siento -se disculpó en voz baja-. Tú desconfías de los actores; yo desconfío de todos. ¿Crees que yo no quisiera poder comportarme normalmente con la gente? ¿Sin tener que sospechar siempre de sus motivos? ¿No crees que quiero confiar en ti? y si no me hubieras echado en cara hacer el amor…

-No lo hice -protestó ella miserablemente.

-¿No? Pues eso parecía. Te quedaste dormida en mis brazos con una sonrisa y luego despertaste llena de confusión, me rechazaste. Dejé de serte útil.

-¡No! -ella apoyó la frente en él, estaba tan cansada, preocupada. Pensó que últimamente había pasado por todas las emociones que existían. Gozo, dolor, preocupación y rabia-. Yo no entendía lo que estaba sucediendo, todas esas cosas que dijiste, que dijo Athena, yo no sabía qué era verdad y qué era ficción, y de cualquier forma, no parecía que pudiera ser verdad. ¡YO y un actor famoso…!

-¿Y si no lo hubiera sido? -preguntó él.

-No lo sé, aun así me hubiera sentido confundida, lastimada. Yo no sabía qué hacer, qué decir, ¡pero no te estaba rechazando! Sólo quería respuestas, la verdad.

-Yo también.

Levantó la cabeza, lo miró al rostro y recordó lo que él había dicho cuando habían despertado esa mañana.

-Tú pensaste que te había utilizado, ¿verdad?

-Al principio…

-¿Porque te han utilizado antes?

-Sí. Gente que pensé que eran mis amigos, gente en quien confié. Parece que soy una inversión. Una fuente útil de ingresos. Y todas las mujeres tristes, solitarias, los fanáticos…

-¿En qué categoría entra Athena? -preguntó ella tranquilamente-. Porque de eso se trata todo esto, ¿no es así? ¿Qué le dijiste a ella?

-Fue lo que ella me dijo -confesó él sobriamente-. Es brillante, muy

segura de sus encantos, me llamó «cariño», de la forma melosa que eriza mis nervios. Dijo que sabía todo de mí.

-¿Pensaste que lo sabía todo por mí?

-Sí, porque pensé que tú sabías que ella me había visto. Pensé que ella te lo había dicho.

-¿Que te había visto? -susurró ella-. ¿Que te había visto cuándo? -pero ella lo sabía, lo supo de pronto-. ¿Cuando salías de mi habitación? ¿Aquella mañana?

-Sí. ¿No lo sabías?

-No -se salió del abrazo, se sintió triste y perdida y se asombró de lo poco que sabía de su hermana; preguntó-: ¿Y tú la viste?

-Sí, pero entonces yo no sabía quién era, no puso mucha atención, sólo me di cuenta vagamente de que había alguien allí.

-¿Y luego la viste en el restaurante? ¿La reconociste tan rápidamente, en segundos?

-No -negó él-. La había visto antes, cuando primero bajé al restaurante, observé sus encantos, coqueteaba con el personal de la filmación. George, o alguien, dijo que era tu hermana y yo sabía, Paris, yo sabía qué clase de persona era. También supe que yo sería el blanco, porque siempre lo soy, aunque suene muy pretencioso al decirlo.

-Pero tú eres famoso, influyente, rico.

-Sí. Entonces regresé a mi habitación y bajé más tarde, cuando supuse que ella ya se habría ido.

-¿Y cuando la viste conmigo pensaste que ella y yo estábamos de acuerdo?

-Sí. Luego tu hermana me dijo que si yo no la ayudaba en su carrera ella…

-¡No! Athena no sería capaz de hacer chantaje…

-¿No? Yo no tuve una aventura con ella, Paris.

-¿Entonces lo dijo para herirme? -susurró ella.

-No -dijo él cauteloso-. No creo que las Athenas de este mundo piensen alguna vez en las consecuencias de lo que dicen.

Oliver parecía muy cansado y Paris decidió dejar las cosas así. De cualquier forma, no deseaba discutir sobre Athena.

-¿Qué quieres hacer esta tarde? Podríamos salir a cenar si te sientes fuerte para eso…

-Oh, Oliver -exclamó ella desesperada-. No soy una niña, no tienes que darme premios.

Él sonrió levemente.

-Lo sé -miró su reloj y preguntó-: ¿Cuánto tiempo necesitas para estar lista? ¿Una hora? ¿Dos?

-Oliver, yo no quiero, necesito… ¡No sé qué quieres de mí!

-Quiero tu confianza, algo sobre lo que podamos construir algo bueno.

Oh, señor. ¿Construir? ¿Y si ella estaba embarazada? No podía decírselo, ¿o sí? Inmediatamente él pensaría… Y de cualquier manera, él no estaba proponiendo un compromiso.

-¿Siete y media? ¿Elegante?

Sin saber qué hacer, ella asintió, y, cuando él se había ido, ella se dirigió despacio a su habitación y se desplomó en la cama. Oh. Oliver.

Exactamente a las siete y media sonó el timbre. Ella se miró en el espejo de cuerpo entero, miró su rostro cuidadosamente maquillado, su vestido largo azul sin mangas, su mejor vestido. Sonrió tristemente, se llevó la mano su barriguita y rezó... Cuando el timbre sonó nuevamente, ella tomó un chal y su bolso, preguntándose por qué no había entrado con la llave si todavía la tenía; fue a abrirle la puerta y lo vio con traje y una corbata negra. Estaba magnífico, fuera de su alcance.

-Tienes buen aspecto -dijo ella.

El sonrió,

-Gracias, tú también,

-¿Por qué no usaste tu llave?

-Porque pensé que llamar al timbre era más adecuado -él ofreció su brazo; ella cerró la puerta y se dirigieron por el camino a su automóvil… no, no a su automóvil, a una fantástica limusina. Empezando, contra toda sensatez, a sentirse algo especial, algo emocionada, se acomodó en el asiento y lo observó rodear el automóvil para sentarse junto a ella.

-¿A dónde vamos?

-Ya verás. ¿Te sientes bien? ¿No estás cansada?

-No, estoy bien.

-¿Desapareció el dolor de cabeza?

-SI.

Él asintió, puso el automóvil en marcha y se dirigieron hacia Heathrow… y luego de regreso. Ella frunció

el ceño. Miró la carretera, lo miró a él, y cuando llegaron a territorio familiar, cerca de su apartamento, ella le preguntó confundida.

-¿Olvidamos algo?

-No -dijo él.

-¿Entonces por qué…? ¡Oliver, estamos otra vez en el punto de partida!

-Mmm -él apagó el motor, observó la puerta y sonrió. En ese momento salió Henry, abrió la puerta del coche y la ayudó a salir.

-Buenas noches, madame. Su mesa está lista -luego se dirigió a Oliver-. Buenas noches, señor. Si el señor llama cuando esté listo, traeré el coche.

-Gracias -murmuró Oliver amablemente.

-No le has dado propina -dijo Paris, él se rió y la condujo al interior. Cerró la puerta detrás de él, la escoltó a la sala y se detuvo en la entrada. La gran mesa junto a la ventana, su mesa, estaba cubierta con un mantel de damasco níveo; había cubiertos de plata, velas, un enorme florero con rosas rojas y champán. Había también música suave.

Y, frente a ella, esperaba un camarero que hizo una reverencIa.

-Buenas noches, Charles -saludó Oliver.

-Buenas noches, señor, madame. ¿Puedo llevarme su chal?

Sin palabras, ella se lo entregó.

-Su mesa está lista -los condujo hasta la mesa; ayudó a Paris a sentarse antes de volverse a Oliver-. ¿Desea el señor que descorche el champán?

-Por favor.

Él asintió, sacó el champán de la hielera, envolvió la servilleta blanca en el cuello y expertamente sacó el corcho. Con una sonrisa, vertió una pequeña cantidad en el vaso de ella e hizo lo mismo en el vaso de Oliver.

-¿Cinco minutos?

-Cinco minutos está bien.

Hizo una reverencia y se retiró.

-Cierra la boca, Paris -él tomó su vaso, brindó en silencio con ella y le sonrió-. Quería que estuviéramos solos. Si hubiéramos ido a un restaurante y me hubieran reconocido, habría habido especulaciones, murmuraciones, posiblemente periodistas, no quería someterte a todo eso. Pensé que esto sería más agradable, más íntimo. Y antes de que me preguntes, no es porque no desee que me vean contigo.

-¿Pero como...?

-Tengo un restaurante, ¿recuerdas?

-¿Y Charles es uno de tus camareros?

-Mmmm.

-¿Y la comida? ¿Nos van a dar de comer?

-Así es.

-No sé qué decir.

-Entonces di: «gracias, Oliver, esto es encantador>. Lo miró a él y luego la mesa exquisitamente puesta; rió ya sin poderlo evitar y tomó

su vaso.

-Si mis amigos pudieran verme ahora… Gracias -dijo ella suavemente-. Es encantador -con un dedo tocó las rosas que estaban saliendo apenas de sus capullos-. Espero que le hayas dicho a quien las haya arreglado que pusiera un poco de lejía en el agua.

-Lo hice -dijo él y su sonrisa era cálida, generosa-. También pensamos que como no has estado muy bien, la comida debía ser sencilla. Espero que des tu aprobación. Mousse de salmón ahumado, costillas, patatas tiernas y espárragos…

-¿En plural? -preguntó ella sintiéndose halagada-. ¿No te limitaste a llamarlos para que se encargaran de todo?

-No. Cuando terminé la audición, fui al restaurante y Antón y yo pasamos la tarde discutiéndolo.

-¿Incluso antes de que me invitaras?

-Mmmm -sonrió él.

-¿Y qué habría pasado si yo me hubiera negado?

-Habrías estado realmente ridícula, vestida con vaqueros y sudadera. Y luego pensamos, fresas frescas -continuó él como si ella no lo hubiera interrumpido.

-¿Fresas frescas? ¿En diciembre?

-Ser famoso tiene algunas ventajas. Y ahora háblame de ti. Desde que eras niña.

Sintiéndose cálida, indefensa, divertida, especial, mientras les servían y llenaban sus vasos, ella hizo lo que le pedían. Supo todo sobre él, su familia, lo que le gustaba, lo que no le gustaba, supo lo culto que era, lo interesante, y, para su sorpresa, no hubo pausas tensas, no tuvieron que buscar qué decir mientras continuaban discutiendo amigablemente sobre política, teatro, viajes, y cuando retiraron el último plato, cuando sirvieron el café, Charles llegó para hablar brevemente con Oliver y darle la llave de la entrada.

-Gracias, Charles, estoy muy agradecido. El servicio ha sido estupendo. ¿Ya se ha ido Antón?

-No, señor, todavía no.

Él asintió, le pidió a Paris que lo disculpara un momento, y salió a hablar con el cocinero, probablemente para darle las gracias. A Paris le habría gustado hacer lo mismo.

Cuando Oliver regresó, él permaneció junto a ella, sonrió, y le ofreció la mano.

-¿Le gustaría bailar a mi dama? -su voz era grave, íntima y ese dolor cálido, que no era para nada un dolor, se dispersó dentro de ella calentándola, excitándola.

Ella se levantó, lo miró a los ojos y se acomodó en los brazos que

la esperaban, descansó la cabeza sobre el hombro masculino. El le tomó la mano y se la llevó a su pecho. Así, abrazados, se deslizaron suavemente al compás de la música.

-Una noche magnífica -murmuró él.

-Sí -una delicia. Más que una delicia. Especial, romántica y repentinamente se dio cuenta de que tenía deseos de llorar.

-Tengo que irme por unos días -añadió él suavemente.

-¿Sí? -¿era todo, entonces, como una despedida?

-Mhmm. ¿Paris? -preguntó él y cuando ella levantó la cabeza, él la besó y emitió un gruñido silencioso, hambriento. Le soltó la mano y la atrajo hacia sí, muy cerca. Entreabrió los labios de ella con dulce insistencia. Paris deslizó los brazos alrededor del cuello de él y lo abrazó. Era una sensación erótica, cada movimiento, cada roce de sus cuerpos, incrementaba el hambre de ella hasta que sintió que temblaba.

La boca de él era cálida, experta, infinitamente imposible de resistir, y si aquello era una despedida… Él le quitó uno de sus pendientes con gentileza, arrastró la boca hacia el lóbulo, tocó con su lengua un punto sensible del cuello que hizo que ella lanzara un gemido de placer, de deseo, y enredara los dedos en la nuca de él. Movió la cabeza ciegamente, buscándole la boca.

-Oh, Oliver…

-Lo sé, lo sé -murmuró Oliver; su voz era grave, ronca, y eso la excitó aún más. Sabía a champán, a café, a menta, y ella sentía que su cuerpo ya no le pertenecía. Sus bocas sólo se tocaban, se movían, se tocaban, para empezar nuevamente el baile. Su piel era tan cálida, tan suave… y entonces el teléfono sonó rompiendo el encanto, haciéndola saltar. Se separaron y los bellos ojos de él se ensombrecieron, tal como ella sospechaba que se habían ensombrecido los suyos… y el teléfono no dejaba de sonar.

-Será mejor que conteste -murmuró ella.

-Sí.

-Puede ser importante.

-Sí -un nervio saltó en la mandíbula de él, y la dejó libre.

Ella caminó azorada por el pasillo, tomó el auricular.

-¿Sí?

-¿Paris? Siento mucho molestarte, pero necesito hablar con Oliver.

-Sí -todavía aturdida, se volvió y le dio el auricular a Oliver, que la había seguido por el pasillo. Él lo tomó, retuvo la mano de Paris por un momento, depositó un beso cálido sobre su palma, y, con un suspiro más hondo, coloco el auricular en su oído.

-¿Sí, Henry?

Ella regresó a la sala porque no deseaba ser indiscreta; miró las rosas. La calidez de la habitación casi las había hecho abrirse, y Paris se inclinó para inhalar su fragancia. El mundo real sólo podía desvanecerse por un instante, unas cuantas horas como máximo.

-¿Paris?

Ella se volvió a mirarlo e imprimió en su mente aquella imagen. El exquisito corte de su traje, la blancura de su camisa, el pelo alborotado por los dedos de ella.

-¿Tienes que irte?

-Sí. Lo siento. Mi vuelo se adelantó; Henry vendrá por mí en cualquier momento.

-¿De regreso al trabajo?

-Me temo que sí. Una reunión me espera en Estados Unidos. ¿Estarás bien?

Él no se acercó a ella, se quedó en la entrada. Descansando un hombro contra el marco de la puerta.

-Sí. Estaré bien -«te amo», le dijo en silencio. «Tal vez siempre te he amado»… y el pensamiento no la impresionó como hubiera esperado, sólo la dejó sintiéndose más y más privada de él como si el mundo se estuviera acabando.

-No te preocupes por las velas, por el mantel, alguien vendrá mañana a recogerlos. Antón dejó recogida la cocina.

-Sí. Gracias -palabras, muchas palabras ¿porque ninguno de los dos sabía cómo separarse?

Se oyó un claxon afuera y él se sobresaltó como si lo hubiera tomado por sorpresa. Luego sonrió de una forma extraña.

-Acompáñame a la puerta.

Ella asintió. Se obligó a moverse. Se sentía como una marioneta, operada por otra persona, alguien que no la conocía. El se detuvo en la puerta y la miró fijamente.

-Cuídate -murmuró con voz ronca.

-Sí. Y tú también -y entonces se fue. Paris cerró la puerta con mano temblorosa y enjugó con los dedos las lágrimas que resbalaban en silencio por su rostro.

9

OBSERVÓ la pequeña tira de papel; se sentía asustada y sola, tembló involuntariamente. Se había hecho la prueba dos veces y las dos veces había resultado positiva. Esperaba contra toda esperanza que se hubieran equivocado. Puso la mano en su vientre y se mordió el labio preocupada. ¿Cómo, en el nombre de Dios iba ella a arreglárselas con un bebé? Las dificultades serían enormes, sería angustioso… ¡Oh, basta! ¡No seas tan egoísta! ¿Qué hay del pequeño? ¿Cómo va a vivir el bebé? Sin padre… Con un sollozo, se desplomó en el asiento. No podía decírselo… él tenía su carrera, su reputación… y no tenía intenciones de regresar, ella sabía que no, así que él no se enteraría, y…

Oh, Dios. Pero ella tenía que ir a ver al doctor, ser sensata, todos en la agencia tenían seguro médico privado, William lo había arreglado, así que sería un asunto fácil, y una vez que lo hubiera confirmado… No podía decírselo a Athena, no quería. Por primera vez en mucho tiempo deseó que sus padres estuvieran allí. Una madre que la abrazara, que le dijera que todo iba a ir bien…

Unos días después le confirmaron el embarazo, hizo una cita en la clínica local para mediados de enero, y regresó a trabajar. Si se quedaba en su casa, no dejaría de pensar en Oliver. Sin embargo, a donde quiera que fuera, lo llevaba en la mente. Embarazada. Un bebé de Oliver. Ya no podría trabajar, y aunque pudiera, ¿qué clase de vida sería? Ni siquiera podía comprender los cambios que llegarían. La responsabilidad, la preocupación, el amor. Y si no lo tenía, la culpa… No, ella no podía siquiera pensar en eso. Pero primero llegaría la Navidad y luego un trabajo para Madame Duchesnay, que iba a dar una fiesta en los Alpes Franceses. Ella estaba asombrada por la invitación, igual que William, porque había un gran número de intérpretes franceses que podían haber asistido, pero parecía que la habían recomendado a ella y Madame Duchesnay insistía en que Paris fuera. Y, como decía William, sería un cambio, y definitivamente parecía que ella lo necesitaba.

Su pasaje en el transbordador fue reservado para el día después de Navidad, porque Paris había decidido que quería conducir, pasar la noche en algún lugar… y probablemente sería la última oportunidad de unas vacaciones por algún tiempo. No sabía nada de Oliver. Iba a pasar sola las vacaciones de Navidad porque no tenía ganas de fingir. Ni siquiera le había enviado una tarjeta de Navidad. Su cabeza le decía que era lo mejor. Su corazón se sentía roto.

Sus emociones, eran un torbellino; trataba de ser positiva, de no

perder el control, condujo a Portsmouth para tomar el transbordador nocturno, y a la mañana siguiente condujo a través de Francia. Pasó la noche en un motel a las afueras de Bordeaux, y, por la tarde llegó por fin a Pau. Tomó la carretera secundaria tal como le habían dicho, condujo pensando en Oliver. Oliver en África; Oliver amable, cariñoso; Oliver como un padre. Los días pasaban rápidamente, mientras dentro de ella, creciendo, iba su bebé, y se sintió miserable, culpable, porque ella lo estaba engañando.

La casa estaba enclavada entre pinos altos. Parecía sólida, bien construida, acogedora. Había aparcamiento para media docena de automóviles en el espacio de grava triangular, que aún estaba vacío.

Salió del automóvil, se estiró, tembló en el viento frío, recogió su maleta y fue a golpear la madera sólida de la puerta de entrada. Instantáneamente la abrió una mujer sonriente.

-¿Madame Duchesnay?

Madame mantuvo abierta la puerta y Paris entró. Entonces, la señora Duchesnay salió y cerró la puerta tras de sí. Qué extraño. Perpleja, Paris miró la puerta de enfrente, bajó su maleta con cuidado y se preguntó qué hacer.

-¿Hola? -llamó con cautela. Nada. Podía oír el crujido de las llamas de la habitación que estaba a su izquierda. Sintiéndose algo tonta, se dirigió de puntillas a la pequeña habitación y observó qué había adentro. Nadie. Oh, aquello era absurdo, y ella no sabía por qué caminaba de puntillas, ¡ella había sido invitada, después de todo! Caminó con más normalidad y entró en la habitación. Miró a su alrededor, las paredes de pino, los muebles cómodos, los suelos de madera pulida con exquisitas alfombras. Se sobresaltó cuando una mano que sostenía un libro apareció sobre el brazo del asiento junto a ella. El sillón estaba colocado de manera que daba al fuego. La mano dejó el libro con el lomo hacia arriba, y aparecieron unos pies calzados con zapatillas de piel, luego una cabeza rubia de cabellos alborotados…

Primero sintió júbilo y luego angustia cuando él se levantó, se volvió y la miró largamente y sin sonreír.

-¿Oliver? -susurró ella con voz ronca-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Esperando -él no parecía darle la bienvenida ni ser amigable; estaba increíblemente torvo y la breve expectación que ella había sentido desapareció-. Dame tu abrigo -dijo ordenando, no pidiendo amablemente.

Ella se quitó el abrigo con los ojos fijos en él y se lo entregó.

-Siéntate. Traeré el té -él salió, llevándose el abrigo.

Ella se sentía enferma y asustada porque ése no era un

reencuentro, un momento de esperanza. ¿Sabría Oliver que estaba embarazada? No, por supuesto que no, él no podía saberlo. ¿Pero entonces, qué era lo que estaba haciendo allí? ¿Se había invitado a la cena? Oyó detrás de ella los suaves pasos de los pies calzados con zapatillas.

-Sí -aceptó él llanamente-, bien puedes estar asustada -colocó la bandeja que llevaba sobre la mesita del café-. Y no desvíes la mirada -ordenó él-. Quiero ver tu cara cuando mientes.

-¿Qué?

No podía haberse enterado, se dijo frenéticamente. Nadie lo sabía. Su mano se dirigió automática y protectoramente a su vientre, y Paris la retiró antes de que él lo notara. El latido de su corazón era errático, sus palmas estaban húmedas, pero ella no debía permitirle ver lo asustada que estaba.

-¿Estás invitado a la cena? -preguntó tontamente, sabiendo incluso al decirlo que no podía ser cierto, que el destino no funcionaba de esa forma.

-No. No hay cena.

No, por supuesto que no había cena.

-¿Madame Duchesnay?

-Ella vive en la aldea, me atiende cuando estoy aquí.

-¿Aquí?

-Sí.

-Ésta es tu casa?

-Sí. Siéntate.

Ella se sentó sin protocolo. Simplemente se dejó caer.

-¿Tu casa?

-¿No te dijo nada Athena?

-¿Qué? -preguntó ella asombrada mientras él se sentaba y empezaba a servir el té-. ¿Athena?

-Sí, Athena.

-No… bueno, recibí una tarjeta de Navidad…

-Oh, Dios. ¡Eso era! Athena le había contado todo a la gente, a la prensa, tal como había amenazado-. Oliver, ella no quería decir, ella no pensaba…

-¿Ella no te escribió? ¿No te envió el cheque?

-¿Perdón? ¿Un cheque?

Él inclinó un poco la cabeza. Ella vio que apretaba la taza con las manos y que sus músculos estaban tensos.

-¿La has visto? ¿Has hablado con ella? -preguntó Paris con nerviosismo-. ¿Cuándo la viste? ¿Y por qué? ¿Cómo supiste dónde vivía?

-Yo iba a ir a Estados Unidos, como te dije. y cuando llegué allí, decidí buscarla. Supe la dirección por la tarjeta de Navidad que ella te envió. En cuanto a la razón, deseaba preguntarle por qué, si te quería, como supuestamente se quieren las hermanas, te había dejado con un montón de deudas que no podías pagar y por qué había mentido.

-¿Y qué dijo ella?

-Que no sabía que no podías pagar las deudas, que ella tenía la intención de devolverte el dinero, que tú debiste de habérselo dicho. Y recurrió a la frase de «¿Cómo se supone que debo saber cosas si ella no me las dice? ¡Ella nunca le dice nada a la gente!» Y no lo haces, ¿verdad? -preguntó suavemente con un destello amenazante.

-Sí. No -estaba nerviosa, asustada-. No lo sé… Oh… ¿Mintió cuando me dijo que había tenido una aventura contigo?

-Ya te dije que sí.

-Sí -aceptó ella casi desesperadamente porque eso no importaba ahora. Aunque ella suponía que sería bueno saber sus razones-. ¿Por qué mintió? ¿Para herirme?

-Mintió porque está mimada, porque desea llamar la atención de su hermana mayor, quiere ser importante.

-Pero mentir sobre ti no la hace importante, es simplemente tonto.

-Tonto para ti, no para ella -corrigió él-. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Que te alejaras de mí? ¿Que me como a las chicas como tú en el desayuno? -él levantó una ceja y esperó.

-Sí -susurró ella-. Que te había conocido en una obra de caridad. Dijo…

-¿Que habíamos tenido una aventura? ¿Breve pero eléctrica?

Horrorizada, ella exclamó:

-¡Athena no pudo contarte eso!

-No, Henry me lo dijo. Os oyó aquel día. Debió decírmelo entonces… -todavía observándola con el rostro inexpresivo, él añadió-: ¿Por eso no me lo dijiste?

-¿Decírtelo? -musitó ella.

-¡Déjate de juegos! -gritó él haciéndola saltar. Se levantó y se paró frente a ella-. Tú me mentiste. Te pregunté específicamente y me mentiste y quiero saber por qué.

-No sé lo que quieres decir -no podía referirse… ¿Qué otra cosa podía ser?

-Sí, me mentiste. ¿Cuánto tiempo intentabas mantener el secreto? ¿Una semana, un mes, para siempre?

-¡No sé de lo que estás hablando! -gritó ella.

-El bebé -dijo francamente-. Mi bebé, ¿verdad?

Oh, Dios. Trató de ganar tiempo, pensar en algo, cualquier cosa

que decir.

-¿Bebé?

-Sí. Niño. Embarazo. ¿Es mío?

-No -contestó ella demasiado rápido.

-¿No es mío?

-No.

-¿Es de Rupert? -preguntó él con rabia contenida.

-¿Qué?

-Rupert. Al que abandonaste sin explicaciones ni consideraciones.

-¿Al que le hice qué? -susurró ella con desmayo-. ¿Y cómo sabes tú de él?

-Athena.

-¿Athena te habló de él?

-Sí -dijo él con el ceño fruncido-. Y aunque normalmente no daría crédito a lo que ella dijera, en este caso parece estar diciendo la verdad. ¿Él lo sabe?

-¿Rupert?

-¡Por supuesto, el maldito Rupert! -él la tomó del brazo con rudeza-. ¿Lo sabe?

Débilmente, meneó la cabeza.

-No, por supuesto que no. Ni siquiera sé cómo lo sabes tú.

-Mi doctor. El doctor que fue a verte. Estaba preocupado por ti y llamó a tu doctor.

-¡Eso no es ético!

-¡No me importa! -gritó él, el tono suave había desaparecido-. ¡Todo lo que me importa es que mi doctor, naturalmente -señaló él con sarcasmo-, pensando que yo estaría feliz, me felicitó!

Oh, Dios. Ella se rindió en sus brazos, lo miró indefensa. Él mostraba amargura. Esos bellos ojos se mostraban duros y acusadores. Paris sintió que la embargaba una oleada de emoción, y preguntó:

-¿Por qué Athena te habló de Rupert?

-Porque, al contrario que tú, es una mujer muy astuta.

-No sé lo que quieres decir.

-¿No?

-No. ¿Qué fue lo que te dijo ella?

-Que él te adoraba.

-Suena muy extraño, ¿verdad? La simple, pequeña Paris Colby siendo adorada.

-Cállate -dijo él furioso-. No estoy de humor para juegos. También dijo -continuó extraordinariamente vengativo- que Rupert te había ayudado en tu carrera; sin embargo, cuando él tuvo oportunidad de empezar la suya, tú te negaste a acompañarlo. Lo abandonaste y

rompiste su corazón.

-Oh, seguro, lo rompí de tal manera, que inmediatamente saltó a la cama de la hija del productor con el que estaba trabajando y se casó con ella.

-Ya veo.

-Bien.

Él se negó a cambiar de tema y preguntó:

-¿Y por eso no me dijiste lo del bebé?

Paris asintió, oscilando entre la honestidad y la conveniencia. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si el bebé fuera de Rupert, ya habría nacido. Obviamente Athena no le había dicho a Oliver cuánto tiempo hacía que habían roto.

El silencio se alargó. Se volvió aún más incómodo.

-¿Por qué te acostaste conmigo, Paris? -preguntó él en voz baja-. ¿Para encontrar un padre para el hijo que ya ibas a tener?

-¿Qué? ¡No! -increíblemente conmocionada, ella se llevó una mano al pecho y la retiró rápidamente como si se hubiera quemado-. ¡No! Por Dios Oliver, ¿qué clase de persona crees que soy?

-No lo sé, por eso pregunto.

-Realmente piensas… Si fuera así, yo te lo habría dicho, ¿no?

-¿Lo hubieras hecho? ¿Y las cuentas?

-¿Las cuentas?

-El correo.

-¿Perdón?

-El correo -repitió él llanamente-. Me dijiste que no necesitabas mi ayuda económica…

-¡Y no la necesitaba!

-y acto seguido me enviaste a recoger el correo, sabiendo que podía contener las cuentas.

-Porque yo deseaba…

-¿Distraerme?

-Sí… ¡No! -ella estaba tan herida, tan cansada. Extendió una mano como para tocarlo nuevamente y luego la dejó caer a su costado. ¿Qué más podía decir?

-No tenía nada que ver con las cuentas, no quería que tú las pagaras.

-¡No más de lo que querías que yo pensara que era el padre de tu bebé?

-No. Oh, Oliver, no -sin embargo ¿no sería mejor para él odiarla?

Con los ojos llenos de lágrimas, desvió la mirada, el dolor de su corazón era casi insoportable. Y si le dijera la verdad, ¿qué resolvería? No sería justo. Si la hubiera amado, tal vez. Pero él no la amaba. Tal

vez le tenía afecto, le había tenido afecto. ¿Por qué era todo tan complicado?

Tantas mentiras. Ella odiaba mentir. Especialmente odiaba mentir a alguien que había sido tan amable con ella y deseaba con todo su corazón que todo pudiera ser diferente. Si él la amara… Si no fuera tan famoso, tan devastadoramente atractivo, tan elegante, tan especial Esperaba hacer las cosas fáciles para él, para ella. Decidió que era mejor irse, buscar un hotel para pasar la noche y tomó su bolso, que estaba en el brazo del sillón. Entonces se le cayó al suelo y vio que las cosas se desparramaban en la alfombra incluyendo la pequeña tarjeta de la cita en el hospital. La miró con horror y se inclinó para recogerla, pero Oliver fue más rápido. Se inclinó, la recogió y la sostuvo fuera del alcance de ella. Se quedó ausente, con los ojos fijos en el rostro contraído de ella.

-Mucha gente me ha desagradado -dijo él con ferocidad-, los he despreciado, me han enojado, disgustado, pero hasta ahora no había odiado a nadie.

Ella cerró los ojos deseando morirse y susurró:

-Lo siento.

-¿Lo sientes? Sí. Me imagino que sí. El ganso de los huevos de oro está muerto.

-¡No! ¡No quería nada!

-¿Ah, no? ¿Entonces por qué estás tan asustada? ¿Qué importa que lo sepa?

-No, no importa. y no estoy asustada.

-¿Ah, no? ¿Cuándo va a nacer el bebé?

-¿El bebé? -repitió horrorizada-. ¿Nacer?

-Sí, nacer. y en caso de que sigas pensando en mentirme, tal vez deba explicar que Athena me dijo cuándo… Rupert y tú… bueno, me dijo cuándo rompisteis. ¿Así qué de cuántas semanas estás?

Como ella no contestaba, él miró la tarjeta y luego la volvió a mirar a ella.

-¿Y bien?

10

DAME la tarjeta, Oliver -logró decir en voz baja -él negó con la cabeza-. No tiene nada que ver contigo.

-¿Entonces por qué estás tan agitada?

-No lo estoy. Yo… -se interrumpió y sólo pudo observar con horror que él abría la tarjeta, la leía y se quedaba inmóvil. Él observó la tarjeta interminablemente y luego la miró a ella. Parecía aturdido y luego angustiado.

-Dice nueve semanas -Paris tragó saliva-. Lo que significa que es mío. ¿No es así? -gritó él salvajemente.

-Sí -aceptó ella con voz grave.

-y tú vas a… -él cerró los ojos, arrugó la tarjeta en un puño y respiró profundo-. Oh, Dios -susurró-. ¿Cómo puedes hacerlo?

-¿Qué? -preguntó ella temerosa.

-¡Mío! ¡Mi hijo! y tú te ibas a librar de él sin siquiera decírmelo. Si no lo hubiera descubierto…

-¡No! ¡Oliver, no! -los ojos de ella se agrandaron y extendió la mano indefensa.

-¡Sí! -él le devolvió la tarjeta-. ¡Terminación del embarazo! ¡Es lo que dice! El dieciocho de enero

-¡No! -ella tomó la tarjeta, la alisó y se la mostró nuevamente-. Es la fecha de la próxima cita. ¡Mira! -ella se acercó temerosa y tocó la mano de él; Oliver dio un paso atrás-. Oh, Oliver -susurró ella tristemente-. Eso ni siquiera se me ocurrió. Yo no haría eso. No podría hacerlo… Realmente no podría.

-¿No podrías? -repitió él salvajemente-. ¿No me lo ibas a decir? ¿Verdad?

-No -susurró ella.

-¿Por qué? ¿Y por qué me has dicho que era de Rupert? ¿Porque preferirías que fuera de él?

-¡No! ¡Dios, no!

-¿Y cómo diablos pensabas que ibas a arreglártelas?

-Me las arreglaré -corrigió Paris tranquilamente, desplomándose en el sillón que estaba detrás de ella-. Oliver, yo…

-No -dijo él rechinando los dientes-. No me digas lo excelente que eres para arreglártelas. Dios -explotó él enderezándose-. ¿Tienes idea de cómo me siento?

Oliver se inclinó con las manos apretadas como para contenerse y no golpearla.

-El hubiera crecido sin saber nunca quién era su padre. Si no hubiera sido por el doctor, yo nunca me habría enterado de que iba a tener un hijo. Podría matarte.

-Oh, Oliver -exclamó ella, tocando uno de sus puños cerrados y mirando su rostro angustiado-. No era cuestión de que yo no quisiera que tú lo supieras. No trataba de esconderlo porque no quisiera que fueras parte de ello…

-¡Soy parte de ello!

-Por supuesto que lo eres, pero, ¿cómo podía decírtelo? -preguntó ella angustiada-. Sólo piénsalo por un minuto. Yo no sabía lo que querías de mí… no, no me interrumpas, yo no lo sabía. ¿Una aventura? ¿Una amistad? Tú, un actor famoso, un hombre que podía tener a la mujer que escogiera… -se levantó y puso sus dedos sobre su boca cuando él intentó hablar-. ¿Y quién era yo? ¡Nadie! Una simple intérprete. ¿Cómo te lo hubiera podido decir? Te habría parecido una trampa. Y si no, un modo de pedir dinero.

-y tú no querías nada de mí, ¿verdad? -preguntó él amargamente.

-Yo no quería nada que tú no desearas darme -corrigió ella-. Yo…

-¿Y cómo iba a querer darte algo si no me lo decías claramente?

Con un suspiro cansado, ella dijo:

-No es eso. ¡YO no quería que estuvieras lejos de tu hijo! No te lo dije porque… -dudó al escoger la palabra y finalmente se decidió-, porque me gustabas demasiado, porque te respetaba mucho. y deja de mirarme con esa expresión de dolor e incredulidad. ¿Qué hubiera parecido? ¡Un chantaje, eso es! ¡Por Dios! Hace apenas una semana que Henry me contó cómo te asedian las mujeres, cómo te persiguen, te molestan, la chica de los periódicos, ¡y yo no quería ser una trampa para ti!

-¿Una trampa? ¿Sabiendo lo mucho que yo deseaba que me pusieras esa trampa?

-¿Qué?

Él le dirigió una mirada de disgusto y continuó gritando por la habitación.

-¿Tú crees que normalmente hago el papel de ama de casa para mis amigas? ¿Les hago de comer? ¿Pago sus cuentas? -él se detuvo, se volvió a ella, acusándola-. ¿Realmente crees que iba a organizar esa farsa de una cena fiesta? Tú ya sabías que estabas embarazada entonces, ¿verdad?

-No -negó ella con una voz que casi sonaba desesperadamente como un sollozo-. Y no fue una farsa, fue hermoso…

-¡Hermoso! -se burló él.

-¡Lo fue! ¡Pero pensé que no ibas a regresar!

-No seas tan tonta. ¡Por supuesto que iba a regresar!

Enmudecida, ella simplemente lo miró…

-No dijiste… Te fuiste tan rápidamente…

-¡Por supuesto que me fui rápidamente! ¡De lo contrario no me hubiera ido nunca! ¡YO no acostumbro a hacer ninguna de las cosas que hice por ti! -con una risa amarga él continuó-. ¡Corrí a casa, deseoso de decirte lo que había dicho tu hermana y preguntarte sobre Rupert, invitarte a pasar la Navidad conmigo y entonces vi al doctor!

-Yo no sabía… -empezó ella indefensa.

-Sí, sí lo sabías. ¡No eres tonta!

-¡Pero tú nunca me lo dijiste!

-No pensé que fuera necesario, por Dios, ni siquiera sé qué más decirte -la miró furiosamente y salió como un torbellino.

Mucho después de que él saliera, todavía quedaba en las paredes el eco de sus palabras. La puerta de entrada retenía el eco del portazo. Oyó el leve sonido de las pisadas sobre la grava. Ella se sentía hipnotizada, de alguna forma incrédula, enferma y vacía. Fue a la ventana, corrió las pesadas cortinas y, con los brazos protectoramente alrededor de su cintura, miró los Alpes oscuros. No pudo ver mucho, sólo una impresión de los picos montañosos. Algunas estrellas aparecieron en la oscuridad del cielo y una luna llena nublada. ¡Feliz año nuevo, Paris! Se tragó un sollozo, apretó los ojos, torció la boca con dolor y luchó por controlarse. Se sintió enferma.

Sostuvo el aliento por un instante y soltó el aire lentamente. Observó cómo se empañaba el cristal de la ventana. ¿Cómo podía él acusarla de todas esas cosas? ¿Y qué le propondría ahora? ¿Un arreglo financiero?

Ella realmente no supo cuánto tiempo estuvo allí mirando a la distancia. Una hora, tal vez, tal vez más. Tenía la mente casi en blanco, sentía frío a pesar de la calefacción central, dejó caer la cortina, se dirigió hacia el fuego y de pronto la luz se hizo más tenue. Sabía que tenía que irse y buscó su abrigo… pero la idea era vaga, sin energía, y en lugar de hacer planes, se dejó caer en el sofá, agotada. Miró los dibujos que hacían las llamas, recordó la noche que habían cenado juntos, apenas hacía una semana, cerró los ojos y dejó que rodaran las lágrimas. Qué especial habría sido si no se hubiera quedado embarazada. Si hubiera sido honesta con él. No había manera de saberlo, pero todavía su mente insistía en presentarle visiones de cómo habría podido ser. Una pareja enamorada, un bebé…

No oyó la puerta, no oyó los suaves pasos en el pasillo. Sólo se dio cuenta del regreso de Oliver cuando una mano gentil tocó su hombro.

Se sobresaltó y se volvió para mirar su silueta ensombrecida.

-Lo siento -se disculpó él-. No quería asustarte.

Con el corazón todavía temeroso, ella meneó la cabeza y susurró brevemente:

-Está bien.

-¿Lo está? -preguntó gentilmente; luego se sentó junto a ella y la abrazó.

-He estado afuera, caminando, pensando -explicó él-. Lo siento.

Ella no dijo nada. Estaba tensa.

-¿Qué pasa? -preguntó él contra su mejilla-. ¿No me estoy disculpando?

Después de soltar un suspiro, ella logró hablar.

-No tienes por qué disculparte. Yo monté todo este lío, tengo lo que merezco.

-¿Lo hiciste?

-Sí. Yo no quería hacerte daño…

-Lo sé.

-¿Lo sabes? Oliver…

-No -dijo él gentilmente.

Se movió un poco, descansando su barbilla en la cabeza de ella, abrazándola con más calidez contra su pecho, tratando de eliminar la tensión de ella. Sus brazos eran una banda sólida que la rodeaba.

-No me digas lo fuerte que eres. No me digas que puedes arreglártelas. No me digas que soy rico y famoso y que tú sólo eres una simple intérprete. No digas cómo podría arruinar mi reputación si se supiera. Solamente dime honestamente, sin mentiras, sin hipocresías, qué sientes por mí. Cómo te sentiste la noche que bailamos. La verdad.

¿La verdad? ¿Era lo mejor? ¿Y no le debía al menos eso, después de tantas mentiras?

-La verdad, París -repitió él suavemente.

Ella tembló, tocó las manos que la sostenían, fue un pequeño contacto que le dio valor.

-Cuando te vi por primera vez, me afectaste hasta tal punto, que sólo podía pensar en ti. Y eso me ponía furiosa. ¿Quién eras tú para inquietarme de esa manera? Un actor, un maestro en el arte del engaño. Así que luché contra eso me negué a ver al hombre que había detrás. y luego me besaste y fue como si nunca me hubieran besado antes… Y entonces empezaste a ser agradable conmigo. Y no era justo, Oliver, porque alimentaba el sueño… Además, yo no quería volver a salir con un actor. Acabé harta de actores cuando estuve saliendo con Rupert.

-¿Saliendo? -preguntó él cauteloso-. ¿O viviendo con él?

-Viviendo con él -confesó ella tranquilamente-. Lo conocí en la fiesta que Athena y Chris habían dado. y él parecía diferente, agradable, no tan presumido y egoísta como los demás. Sólo que todo

fue una ilusión. Tal vez yo me sentía halagada, no sé. Pero él no me amaba, Oliver. Me utilizó y Athena no pudo entender por qué me afectaba eso. Él empezaba a hacerse un nombre, a obtener ofertas de productores extranjeros, necesitaba que yo tradujera para él. Porque yo estaba allí, porque estaba a mano y porque no discutía…

-¿No? No parece tu forma de ser.

-NO, pero yo pensé que estaba enamorada de él No me sentía feliz en ese mundo; la gente no era amable. Pretendían serlo, pero la mayoría tenía un ojo puesto en la primera oportunidad, y no parecía importarles a quién pisaban para llegar a la cima.

-No somos así, de ningún modo.

-Lo sé, pero yo quería que tú fueras así, porque sólo así podría frenar los sentimientos.

-¿Y dio resultado?

Ella negó con la cabeza.

-Bebí demasiado y por eso me comporté así. Te deseaba, deseaba tu calor, tu amor… no para siempre, sabía que no podía aspirar a eso. Entonces Athena dijo…

-Que había tenido una aventura conmigo.

-Sí. Y todo lo que pensé fue: ambas hermanas. Si yo no te hubiera acusado, si no me hubiera puesto enferma, si no me hubiera quedado embarazada. Y oh, Oliver -exclamó ella con tristeza-, ¿cómo hubiera podido decírtelo? No podía decírselo a nadie. Te amaba… No quería que pensaras que te había tendido una trampa.

Ya lo había admitido. Amor. Y era un alivio. Con una sonrisa alegre y triste, ella volvió el rostro ligeramente y tocó con la mejilla el rostro de él.

-Yo sabía, siempre supe, que no podía tenerte. Por eso luché con todas mis fuerzas contra mis sentimientos, no quería ser lastimada.

El tocó el pelo de ella con la boca.

-Tu pelo huele a manzanas y especias, es cálido… ¿Cuánto tiempo estuviste con Rupert?

-¿Con Rupert? Unos meses.

-¿Y cuándo lo dejaste?

-En marzo. ¿Qué te dijo Athena?

El se rió divertido.

-Que habías estado saliendo con él hasta que te fuiste a Portugal.

-Oh, Oliver.

-Sí, lo hizo a propósito. Sabía, sospechaba, que la mención de otro hombre me lastimaría.

¿Lastimar? ¿O decepcionar?

-Una mujer astuta -murmuró ella recordando las palabras de él.

-Sí.

-¿Y tú supiste cómo era ella?

-Sí. Porque ella era como muchas otras que habían tratado de lastimarme porque soy muy conocido…

-Famoso -señaló ella.

-Está bien, famoso. Rico, con propiedades -añadió cínicamente-. Pero no me gusta ese mundo más que a ti, Paris. No voy a sus fiestas, no bebo con ellos, no juego con ellos. Yo hago mi trabajo y me voy a mi casa. Por eso tengo fama de antipático.

-Lo que no te molesta en modo alguno.

-No.

-Porque tus amigos te conocen tal como eres.

-Sí.

-Así que Athena mintió.

-Sí, la verdad del asunto es que probablemente sí la conocí en alguna obra de caridad. Ella dijo que así fue, de cualquier manera, ella esperaba que yo me acordara de ella.

-y no la recordaste. Pero uno no dice que tuvo una aventura con alguien sólo porque esa persona no te recuerda.

-No. La mayoría de la gente no. Tú no lo harías. Pero Athena no es como tú, ¿verdad?

-No. Ella es bella y…

-Paris -advirtió él-. No.

-¿Qué? -preguntó ella sorprendida.

-Si insistes en menospreciarte otra vez, me voy a enfadar mucho. Y no te compares con tu hermana. Tú vales cien veces más que ella. Ella está mimada. Probablemente tú la mimaste, tus padres…

-Sí -admitió ella-. Athena era fácil de mimar. No siempre fue dura… mentirosa -añadió sin querer-. Pero cuando nuestros padres murieron, tal vez yo traté con todas mis fuerzas de reparar la pérdida. Ella es bonita y siempre me sentí orgullosa de eso. Mi adorable hermanita.

-Adorable en el exterior -corrigió él-. No te menosprecies.

-Simplemente, soy consciente de mis capacidades y mis limitaciones.

-¿Ah, sí? ¿Por eso siempre esperas que la gente prefiera a tu hermana?

-No es así.

-De cualquier manera, por eso mintió ella. Me vio salir de tu habitación, y era bastante obvio que no estaba limpiándola. Yo la desprecié delante del personal de la filmación, de ti, la persona a quien siempre ha necesitado impresionar.

-¿Impresionar? ¡Lo dices como si ella estuviera celosa de mí, y eso es absurdo!

-No, no lo es, yo no le brindé la adulación que todos le ofrecían. Yo era la estrella importante… Hice el amor con su hermana y eso no podía permanecer sin castigo porque, como ves, yo nunca le hice el amor a ella. Y tenía que pagar. Yo la ignoré, como aparentemente la había ignorado en otra ocasión. Y luego me dirigí a hablar contigo.

-A gritarme.

-A gritar, pero eso ella no lo sabía. Sólo sabía que me había visto hablando contigo y no lo podía permitir. Tenía que mantener su imagen, tenía que hacerme creer que era especial, importante, que las estrellas famosas de cine la encontraban irresistible, especialmente delante de ti.

Él se volvió para que Paris pudiera verlo y ella reconoció que podía haber algo de verdad en lo que decía.

-¿No pensaba que yo te podría preguntar? Tal vez pensara que no volvería a verte y que la mentira nunca sería descubierta.

-Algo así. Ciertamente ella no suponía que volvería a verme. No esperaba que yo fuera a preguntarle por qué había mentido. No creo que se detuviera a considerar las consecuencias de sus actos. Sólo deseaba parecer importante a tus ojos.

-¡Pero eso no la hace importante! -exclamó furiosa.

-No -aceptó.

-Eso es triste.

-¿Qué? -preguntó él suavemente.

-Que el destacar sea tan necesario que te haga mentir. Es decir, es como si alguna vez hubiera tenido motivos para estar celosa de mí… Es decir, lo entendería si yo fuera bonita, si tuviera un estilo de vida envidiable…

-¿Piensas que el estilo de vida de ella es envidiable, Paris?

Lo miró azorada y negó con la cabeza.

-No, yo no. Ya sabes lo que pienso del cine. Pero otra gente lo hace, amigos, vecinos.

-Porque ella exagera, desea ser envidiada y porque, a decir verdad, su vida no es tan interesante como la tuya. Tú nunca presumes de la gente que conoces, los lugares que has visto. Pero la gente que ha trabajado contigo, que te ha conocido y que también conocen a Athena, suelen decirle lo agradable que eres, lo amable, lo capaz, lo divertida… lo excepcionalmente elegante.

Rupert no lo había hecho. El le decía que debía estar agradecida de que se hubiera fijado en ella. Sumamente desconcertada, no muy segura de creer la explicación, simplemente lo miró.

-¿Eso dicen? -preguntó. Y parecía casi melancólica.

Oliver sonrió y asintió.

-El personal le había estado diciendo eso justo antes de que tú llegaras al comedor, o eso me contó Henry. A ti nunca nadie te habla así de ella, ¿no?

-No, pero dicen… que es bonita, que no nos parecemos…

-y tú siempre pensaste que os comparaban en detrimento tuyo.

-No. En detrimento no -negó ella débilmente-. Sólo que hacen observaciones. ¡Bueno, ella es bonita!

-Sí, sí lo es. Y no muy feliz. Las Athenas de este mundo siempre piensan que el pasto es más verde en otro lugar. Temen que puedan estarse perdiendo algo y por lo tanto exageran y pretenden ser el centro de atención -la hizo volverse para que lo mirara de frente, sus brazos se unían detrás de la espalda de ella y le preguntó con gentileza-. Hemos perdido mucho tiempo.

-¿Perdón? -preguntó ella temblando.

Él la soltó, enmarcó el rostro confundido. Tenía las palmas cálidas y observó sus ojos desconcertados.

-Quiero besarte. Quiero sostenerte en mis brazos y besarte.

Ella se sintió casi enferma, lo miró indefensa y observó la boca de él.

-¿Recuerdas ese momento en la cabaña, cuando tú me pusiste tan furioso que te besé?

Ella asintió. ¿Cómo podría olvidarlo?

-Fue como besar… a un ángel-dijo él suavemente-. Fue celestial. Me provocó un trastorno infernal. Y te provocó otro a ti, ¿verdad?

Paris asintió.

-Yo no sabía qué hacer. Simplemente no sabía qué hacer. No podía sacarlo de mi mente. Tú dejaste muy claro que yo no te agradaba y yo no quería sentirme afectado por eso. Era sólo un beso.

-Sí -asintió ella casi hipnotizada por su voz suave-. Sólo un beso.

-Me dije que ni siquiera me gustabas. Que no me gustabas mucho -corrigió él con humor-. Luego nos detuvimos en el café, a ayudar a aquella anciana.

-Os arrastré a los dos para que ayudarais.

-No me sentí arrastrado -negó él-. Nosotros estábamos más que dispuestos. Y así fue como conocí una faceta diferente de ti. Allí, sentados en el coche, fuera del hotel, tú parecías pequeña y triste… -con otra de sus sonrisas con las que se mofaba de sí mismo, añadió-: Yo quería abrazarte, quería mimarte, besarte de nuevo. Tú tienes una boca tan maravillosamente sexy, ¿lo sabías? -ella negó débilmente con la cabeza-. Una boca que pide ser besada -se inclinó y le dio un beso.

Y luego continuó-, bebiste mucho en la fiesta, y como me gustabas, me divertías y me excitabas, yo insistí en acompañarte a tu habitación. Nos caímos en tu cama y de pronto deseé hacerte el amor. Pero apenas me conocías, apenas habías empezado a sentirte cómoda conmigo, a permitir una posible amistad, y yo no deseaba asustarte.

-Yo no me asusto tan fácilmente -murmuró Paris con voz grave.

-Lo sé ahora, pero no entonces. Y yo no lo sabía. No te conocía bien, por eso trataba de ser cauteloso…

-¿Pensaste que yo podría contar lo nuestro?

-Era una posibilidad, así que traté de retirarme…

-Pero yo no lo permití.

-Despertamos y tú estabas tan arrepentida, tan mortificada, que al principio pensé…

-¿Que yo era una más… que pensaba hacerte chantaje?

-Sí. Pensé que me estabas utilizando.

-y yo estaba tan absorta con mi propia vergüenza… -y tan llena de expectación. De pronto preguntó-: ¿Alguna vez te has casado, Oliver?

Sorprendido por el cambio de tema, él negó con la cabeza.

-¿Por qué?

-Porque nunca encontré a la mujer que estaba buscando. A veces pensé que sí, pero siempre resultó ser una… ilusión -dijo con suavidad-. Soy un hombre precavido.

-No siempre.

-No -aceptó él-. No siempre, pero en este mundillo casarse y divorciarse está a la orden del día. Es triste, así que quería estar seguro.

-Ya veo -todavía mirándolo indefensa, recordando lo que Henry había dicho, ella abrió la boca, la cerró y suspiró. Ella había estado equivocada todo el tiempo.

-y yo no estaba seguro de ti, Paris. Es horrible haber sido tan cínico, lo sé, pero no eras como las mujeres que había conocido, y de cualquier manera, sólo habíamos tenido un breve encuentro. Pero no podía olvidarlo; seguía recordando tu calidez, tu pasión, tus acusaciones. Así que me fui enojado contigo y luego conmigo, hasta que me detuve a considerar por qué. ¿Por qué estaba enojado? Tú me gustabas, pero después de todo, había sido una relación pasajera… Quería hablar contigo, pero tenía que terminar la película y luego tenía que ir a África. Y no quería hablar contigo por teléfono. Necesitaba verte frente a frente.

-y luego me puse enferma.

-Sí. Entonces obviamente, no tenía tiempo para hablarte de eso en detalle.

-y luego descubriste que estaba embarazada.

-No.

-¿Qué? -preguntó ella confundida.

-y luego descubrí que te amaba. Después descubrí que estabas embarazada.

¿Que la amaba?

-y estaba enojado… no, estaba fuera de mis casillas, así que te acusé… Oh, Paris, no puedo decirte cómo me sentí… Así que me fui. Pero he regresado.

-Sí -la habitación estaba oscurecida, el fuego de la chimenea lanzaba sombras en sus ojos enmascarando su expresión. ¿La amaba? ¿La había amado? ¿En el pasado o en el presente?

Él lanzó un suspiro. Luego, le retiró el pelo y le dio un beso en la nuca.

-La fragancia de tu piel inspira calidez y satisfacción.

-¿De qué película es eso?

-Libro, no película -dijo él suavemente mientras ella sentía en la nuca el aliento de él, que la hacía temblar más-. Una vida caprichosa. Debner. Me pareció apropiado -él la abrazó y preguntó-: ¿Siempre decides por los demás?

Azorada, ella negó con la cabeza.

-¿Pones palabras en la boca de los demás?

-No, por supuesto que no.

-¿Entonces por qué lo hiciste conmigo?

Paris lo miró escrutadoramente, tratando de ver la expresión de sus ojos oscuros y negó desconcertada.

-No lo hice.

-Sí lo hiciste, dijiste que sabías que lo nuestro no podía llegar a ningún lado, que no podrías conservar mi amor. Eso es poner palabras en mi boca.

-¿Qué significa eso? -preguntó ella con cuidado.

-Significa que fuiste una tonta, que careces de intuición, que asumes cosas de ti misma y de los demás. Y ahora yo te lo diré. Nos casaremos tan pronto como…

-No…

-Sí.

-Oliver, tú…

-Paris, acabas de confesar que me amas, lo has confesado muy elocuente, conmovedoramente…

-¡No te lo he dicho para que me propongas matrimonio! Oliver, tú no estás pensando…

-¿Ves? Ya lo estás haciendo de nuevo, asumiendo que tú eres la

única capaz de tomar decisiones…

-No, ¡pero tú no puedes casarte conmigo!

-Puedo hacer cualquier cosa que yo quiera -replicó él a punto de reírse-. Soy un actor famoso, lo acabas de decir.

-¡Oliver! ¿Quieres ser sensato?

-Estoy siendo muy sensato. Nos vamos a casar, tú serás mi esposa. Además, serás una esposa adorable. La madre de mi hijo…

-¡Oliver! -rompió desesperada-. ¡Tú no puedes casarte conmigo!

-¿Cuándo va a nacer?

-¡En agosto! Probablemente. Pero tú no puedes… -él rompió con un beso la aburrida repetición.

Cuando finalmente la dejó respirar, él continuó meditativamente…

-y si es una niña la llamaremos viena…

-Muy gracioso. Oliver.

-y si es niño ¿qué te parece Vladivostock?

-¡Oliver!

Él la miró con una sonrisa infantil, feliz.

-Olvidé desearte feliz año nuevo.

-¡Todavía faltan varios días! Oliver…

Él soltó una carcajada. La apretó fuertemente y observó su rostro exasperado.

-Te adoro, futura señora Darnley.

-Oliver… ¿Futura señora qué?

-Darnley.

-¿No te apellidas Darke?

-No. Cuando me embarqué por primera vez en mi loca carrera, me dijeron que Darnley no era fácil de recordar. Mi madre se opuso mucho, pero yo era tan joven -él suspiró-, tan impaciente…

-Oliver -reprobó ella-, deja de interpretar papelitos tontos.

-¡Pero es que yo era un poco tonto de joven! -la risa se intensificó en sus ojos y luego le sonrió desconsolado y suspiró de pronto-. Oh, Paris -exclamó con, suavidad-. ¿No sabes lo que siento por ti? ¿Nunca lo has sabido? Te adoro. Me haces reír, quiero abrazarte, protegerte, y cuando estuviste tan enferma, casi me rompiste el corazón. Tan determinada a luchar sola. Tan terca, tu carita tan pálida, parecías… Fue entonces cuando me enamoré de ti.

-¡Oliver! -protestó ella-. Tú me preguntaste qué clase de tonto eras…

-Shh. De cualquier manera ahora sé que no iba a dejarte escapar. Y no había tiempo de hablar, de explicar; tenía que ir a Estados Unidos; ver a tu hermana, aclarar todo. ¡Y entonces me enteré de la existencia del maldito Rupert! Me dije que no debía sacar conclusiones, pero

luego me enteré de lo del bebé… y no me lo habías dicho. ¡Ni siquiera sabía si era mío!

-Lo siento -susurró ella.

-Lo sé, lo sé -la tranquilizó-. De todos modos… Sigo pensando que si no hubiera recogido esa tarjeta, jamás me habría enterado. ¿Habrías permitido que siguiera pensando que era de Rupert?

-No lo sé -confesó ella, sintiéndose desdichada-. Me sentía tan angustiada, tan desgraciada… pensé que sería lo mejor.

-Así que fui a pasear; finalmente me calmé, pensé racionalmente y me di cuenta de que aunque aún estuvieras enamorada de Rupert, me daba igual… Yo sentía lo mismo por ti. Y entonces decidí que el hecho de que fueras a tener un bebé mejoraba las cosas.

-¿Mejoraba?

-Sí, porque ahora tenías que casarte conmigo… para proteger mi reputación -sonrió él.

-Oh, Oliver -suspiró ella.

Hubo un silencio y luego él preguntó en voz baja:

-¿Amaste mucho a Rupert?

-No, nunca sentí por él lo que siento por ti. Cuando me enteré de que tenía una aventura, pensé que lo odiaba. Me dijo que…

-¿Qué te dijo?

-Que las chicas simples como yo debían estar agradecidas de cualquier cosa que pudieran conseguir, como si él me hubiera honrado con sus atenciones -ella se sintió furiosa al recordarlo-. Y que yo no podía esperar que él me fuera fiel. Pero sí lo esperaba. Tal vez fue ingenuo por mi parte, pero…

-No -la interrumpió.

-¿No?

-Por Dios, mujer, ¿no crees que tienes los mismos derechos que los demás?

-Sí, por supuesto… ¿pero por qué pareces tan enfadado?

-¡Porque estoy enfadado! ¡Pero eso explica por qué tienes tan pobre opinión de ti!

-¡Yo no tengo una pobre opinión de mi misma! -exclamó ella-. Yo sólo…

-Creíste lo que él dijo.

-Medio lo creí -murmuró ella-. Pero eso no tiene nada que ver con lo que estábamos discutiendo.

-Sí, sí tiene que ver. Yo te amo, Paris. Te necesito. No son simples palabras, así que no me digas que no -suplicó él-. Di sí. Sí, por favor, sí, gracias; sí lo que sea, pero sí.

Ella lo miraba todavía escrutadoramente con lágrimas en sus

pestañas y susurró:

-No puedo.

-Sí puedes.

-Entonces no debería.

-No tendrás que asistir a fiestas, si eso es lo que te preocupa, no tendrás que conocer a gente egoísta. Sólo tendrás que estar en tu casa. Ahora estoy en la afortunada posición de escoger mis papeles, hacer sólo lo que quiero. Ni siquiera necesitaremos viajar, si no quieres. Tal vez podría cambiar mi trabajo por la dirección, o hacer teatro.

-Oh, Oliver, no sé…

-Di que sí. Anda, no es tan difícil. Tú me amas, ¿no?

-Sí -susurró ella con voz grave.

-¿Y confías en mí?

-Sí -ahora sí confiaba en él, y deseaba estar con él Siempre.

-Sí -susurró él al oído.

Ella suspiró, apenas había asentido, cuando él la tomó en sus brazos como si fuera tan frágil como la porcelana, subió las escaleras con ella hasta una habitación de luz tenue que obviamente había sido preparada para ella y la puso con delicadeza sobre la cama.

-Buena chica. Y ahora, ¿cómo se quita este elegante atuendo?

Con una trémula sonrisa, ella se lo mostró.

-¿Realmente me amas?

-Realmente -aceptó él mientras le quitaba con cuidado la blusa y continuaba con el pantalón sastre.

-¿No por el bebé?

-No por el bebé.

-¿Una boca sexy?

-Muy, muy sexy. Yo mismo me desvestiré. Parece que tienes dificultades.

-El famoso Oliver Darke… Yo soy tan… común.

-Mucho -aceptó él feliz.

-No nos conocemos muy bien…

-Siempre nos hemos conocido.

-No me importaría asistir al estreno de tu película.

-Perfecto.

-O aparecer en la portada de alguna revista.

-Magnífico.

-Incluso podría… Mmm, es agradable… oh, Oliver.

Él estalló en risas, abandonó las exploraciones que hacía con la boca, subió junto a ella, sobre ella, echó las mantas sobre sus cabezas, hizo una graciosa y cálida tienda, mezcló su aliento con el de ella…

-No puedo permitir que cojas frío.

-No.

Con un pequeño temblor, que no tenía nada que ver con las condiciones atmosféricas, ella se detuvo, respiró hondo y se acercó más a él. Se acomodó, suspiró y luego gimió de placer. Lo abrazó fuertemente cuando sus bocas se encontraron.

-¿Está todo bien? -preguntó con voz irregular y tarde-. ¿Es decir, el bebé y eso?

-Sí -dijo ella con un suspiro.

-Gracias a Dios.

Y luego no hubo nada que decir porque ninguno de ellos tenía aliento para hacerlo. Además, las palabras no eran necesarias porque sus cuerpos lo decían todo por ellos.